EL RINCÓN de Faith



NEREA MORTE

EL RINCÓN DE FAITH

NEREA MORTE

Copyright © 2025 Nerea Morte
Todos los derechos reservados.
Safe creative: 2504241566809

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.
Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Instagram: @nereamorte_libros

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Epílogo

Capítulo 1

El reloj marca las siete y media cuando Faith Conner introduce la llave en la cerradura de la librería. Lo hace cada mañana, con la misma precisión cronométrica que heredó de su padre, al que perdió demasiado pronto junto a su madre en un accidente de coche hace seis años, teniendo ella veintiocho. El aire frío de Boston se cuela tras ella mientras enciende las luces, revelando el interior de Conner Books, un tesoro familiar que lleva tres generaciones cobijando historias.

Sus tacones resuenan sobre el suelo de madera mientras avanza por el pasillo central. A ambos lados se alzan imponentes estanterías de roble oscuro que llegan hasta el techo, custodiando miles de volúmenes perfectamente ordenados. Las escaleras corredizas —también originales— permanecen ancladas en sus rieles, esperando ser utilizadas. Faith pasa una mano por el pasamanos pulido, un gesto inconsciente que repite cada mañana, como si saludara a una vieja amiga.

El mostrador principal, una pieza maciza de caoba que su abuelo instaló el día de la inauguración, preside el espacio. Faith deja su bolso en el pequeño hueco bajo la caja registradora —antigua pero impecablemente mantenida— y comienza su ritual matutino. Primero revisa el correo del día anterior, luego actualiza el registro de pedidos pendientes y, finalmente, examina los libros que necesitan ser recolocados.

Sus movimientos son precisos, medidos, como los de una bailarina ejecutando una coreografía que lleva años ensayando. Su pelo castaño, recogido en un moño impecable, no se mueve un milímetro mientras trabaja. El traje sastre gris que viste parece una armadura más que una prenda, y sus ojos verdes, mantienen una distancia profesional con todo lo que observan.

Al fondo de la librería se encuentra su mayor orgullo: el rincón de lectura que diseñó cuando heredó el negocio. Es un espacio acogedor, con tres sillones de cuero marrón gastado por el uso, una lámpara de pie art déco y una mesa baja sobre una alfombra persa. Las paredes están forradas de libros hasta el techo, creando un refugio íntimo para los lectores. Es el único lugar donde Faith permite que sus clientes se sienten a leer sin presión por comprar, aunque pocos se atreven a hacerlo debido a su presencia intimidante.

A las nueve menos cuarto, el tintineo de la campanilla anuncia la llegada de Melissa. La joven universitaria —sobrina de su mejor amiga Molly— con su energía matutina y su sonrisa permanente, contrasta violentamente con el ambiente solemne del lugar.

—Buenos días, Faith —saluda mientras se quita el abrigo.

Faith responde con un gesto de cabeza sin levantar la vista de los volúmenes que está revisando.

—Hay que reorganizar la sección de novela histórica, Melissa —indica sin emoción—. Y comprobar los pedidos que llegan esta tarde.

Melissa asiente, acostumbrada ya al estilo directo de su jefa. La observa un momento, preguntándose, igual que hace siempre su tía Molly, si alguna vez sonríe cuando está sola.

A las nueve en punto, Faith coge su abrigo.

—Vuelvo en una hora. Si llega algún pedido...

—Lo sé, lo sé —la interrumpe Melissa con un gesto de la mano—. Nada de firmar sin que lo revises primero.

La dueña de la librería entorna la mirada y asiente con satisfacción.

Faith sale a la calle y camina las tres manzanas que la separan de la cafetería de Molly Sanders. El local es pequeño, pero siempre está lleno y desprende un aroma a café recién hecho que se mezcla con el aire frío de la mañana. En cuanto Faith cruza la puerta, Molly ya le está sirviendo su café con leche descafeinado.

—Llegas tarde —bromea Molly mientras se sienta frente a su amiga en la mesa del rincón, la que todos los clientes habituales saben que está reservada para las dos amigas cada mañana.

—No es verdad, yo nunca me retraso —responde Faith, permitiéndose un pequeño suspiro de tranquilidad.

Molly observa a su amiga con la familiaridad que dan veinte años de amistad. Nota las pequeñas arrugas de preocupación que se han instalado alrededor de sus ojos y chasquea la lengua.

—¿Cómo van los números? —pregunta, aunque ya conoce la respuesta.

—Como siempre —responde Faith con desgana.

—Es decir, mal.

Faith levanta la vista de su café. Sus ojos verdes se parecen volverse de cristal cuando la miran.

—Es temporal, todo volverá a la normalidad en unos meses.

—Faith... —Molly duda, pero continúa—. Desde que Page & Brooks abrió a tres calles, tus ventas han caído un treinta por ciento. Eso no es temporal, esa librería forma parte de una gran cadena. No van a cerrar y a desaparecer de un día para otro.

—Es una cadena impersonal que vende bestsellers como si fueran hamburguesas —replica Faith con desdén.

—Pero tiene wifi gratis, zona de café y eventos semanales —contraataca Molly—. La gente ya no busca solo libros, Faith, busca experiencias nuevas.

—Conner Books lleva ochenta años ofreciendo la mejor experiencia literaria de Boston —asegura Faith, sin ocultar su indignación.

—Y si quieres que cumpla los cien, necesitas adaptarte —Molly extiende su mano sobre la mesa y toca la de su amiga, un gesto que pocas personas se atreverían a hacer dada su fama de mujer de hielo—. No te estoy pidiendo que revoluciones el negocio familiar, solo que consideres hacer algunos cambios. Tu abuelo adaptó la librería a su tiempo, tu padre hizo lo mismo. Ahora es tu turno.

Faith retira suavemente su mano y toma un sorbo de café. El líquido está demasiado caliente y le quema la lengua, pero no muestra ninguna reacción.

—No voy a convertir el legado de mi familia en un circo mediático —declara con voz firme.

Molly, que lleva divorciada cinco años y conoce demasiado bien el coste de aferrarse al pasado, sacude la cabeza.

—Si no haces algo pronto, no quedará ningún legado que proteger y lo sabes —dice con crudeza.

El silencio que sigue es denso, cargado de verdades a las que Faith se niega a enfrentarse.

—Tengo que volver —Faith se levanta, dejando el café a medio terminar—. Melissa me espera.

—Faith... —Molly la mira con la misma expresión que usa desde que se conocieron en el instituto, esa mezcla de exasperación y cariño—. No puedes seguir así. No puedes congelar el tiempo, por mucho que lo intentes.

—No es lo que pretendo.

Faith deja un billete sobre la mesa y sale sin responder. Sus tacones marcan un ritmo inflexible sobre la acera mientras su mente repasa, involuntariamente, los números del último mes. Números que, por primera vez en tres generaciones, están a punto de escribirse en rojo.

Capítulo 2

—¡Corta! —exclama Ruby, haciendo un gesto de frustración con las manos—. No me gusta cómo ha quedado.

James baja el móvil con el que está grabando y suspira exasperado. Es la quinta toma de la mañana y su hermana sigue sin estar satisfecha. La observa mientras se levanta del sillón rosa pastel que usa para sus grabaciones y camina descalza por la habitación, su vestido floreado revoloteando con cada paso.

—Ruby, era perfecta —asegura James, siguiéndola con la mirada mientras ella reorganiza algunos libros en la estantería que usa de fondo—. Como las otras cuatro tomas.

—No, no lo era —responde ella sin dejar de tocar libros—. No he transmitido bien la esencia del personaje principal. Es más complejo que eso.

La habitación que Ruby usa como estudio es un testimonio de su pasión por la literatura. Las paredes están completamente cubiertas de estanterías, todas rebosantes de libros organizados por un sistema que solo ella entiende. A la izquierda, los que ya ha reseñado; a la derecha, los que esperan su turno. En el centro, su espacio de grabación: un sillón rosa, una mesita auxiliar dorada donde coloca el libro del día, y un ring light profesional que James le regaló en Navidad.

El escritorio junto a la ventana está cubierto de post-its de colores con notas sobre futuros vídeos, ideas para contenido y citas de libros que le han impactado. En una esquina, una pizarra blanca muestra su calendario de publicaciones para el mes, todo meticulosamente planificado.

—Además —continúa, girándose hacia su hermano—, la luz no está bien. Necesito que se vea más...

—¿Mágico? —sugiere James, imitando el tono entusiasta que su hermana usa en sus vídeos.

Ruby le lanza un cojín que él esquiva con facilidad.

—Ríete, pero mis seguidores notan estas cosas. La atmósfera es importante cuando hablas de libros.

James observa a su hermana con una mezcla de admiración y preocupación. A sus veintiocho años, Ruby ha conseguido convertir su pasión en una carrera exitosa. Lo que empezó como un hobby hablando de lo que le gustaba, se transformó en un canal con un millón doscientos mil seguidores que penden de cada una de sus recomendaciones.

—¿Segura que no tiene nada que ver con Laura? —pregunta su hermano con cautela—. Últimamente eres más...

—¿Perfeccionista? —Ruby se detiene, pero mantiene su sonrisa característica—. No tiene nada que ver con ella. Solo quiero mejorar.

James conoce esa sonrisa. Es la misma que Ruby usó cuando eran niños y los demás chicos se burlaban de ella por preferir quedarse leyendo durante el recreo. La misma que mostró cuando sus padres se divorciaron, mientras les aseguraba que todo estaría bien. La sonrisa que dice "estoy bien" cuando no lo está.

—Vale, entonces explícame por qué llevamos aquí desde las siete de la mañana intentando grabar una reseña que normalmente te sale a la primera.

Ruby se deja caer en el sillón, abrazando el libro que va a reseñar contra su pecho.

—Es que... —duda un momento, pero mantiene su expresión alegre—. Puede que Laura tuviera razón en algunas cosas.

—Laura no tenía razón en nada —interrumpe James, sentándose en el brazo del sillón—. Era tu novia y tu ayudante, y mezcló las dos cosas de la peor manera posible.

—Pero tenía razón en que necesito renovarme —insiste Ruby, señalando a su alrededor—. Mira este espacio. La misma estantería de fondo, el mismo ángulo... Llevo tres años con el mismo formato.

Se levanta de nuevo, esta vez dirigiéndose a la ventana. La luz de la mañana juega con su melena castaña, iluminando los mechones rojizos que tanto les gustan a sus seguidores.

—¿Sabes qué es lo más gracioso? —continúa—. Que los libros siempre han sido mi vía escape. Desde pequeña, cuando todo iba mal, me sumergía en una historia y el mundo real desaparecía. Y ahora los libros son mi trabajo, mi pasión, mi vida entera... pero siento que necesito algo más, algo falla aquí.

James observa la habitación. Los libros se apilan en cada superficie disponible, formando torres precarias que amenazan con derrumbarse. En la mesa auxiliar, el libro que intentan reseñar —una novela histórica sobre una bibliotecaria en la Segunda Guerra Mundial— espera pacientemente su turno.

—Se te están acumulando —comenta, señalando la pila de libros pendientes.

—Lo sé —Ruby se ríe, y esta vez es una risa genuina—. Pero eso no me preocupa. Siempre he leído rápido, ya lo sabes. Lo que necesito es un cambio de escenario. Algo que inspire a la gente no solo a leer el libro, sino a sentirlo.

Se acerca a la estantería y acaricia los lomos de varios libros con cariño.

—Cada uno de estos libros es un mundo diferente, una aventura, una vida que podemos vivir. Cuando hago mis reseñas, quiero que la gente sienta esa magia, ¿entiendes? No solo que escuchen mi opinión sobre la trama para decidirse o no a comprarlo.

James mira su reloj y hace una mueca.

—Tengo que irme, Ruby —dice, mirando a su hermana pequeña, aunque solo es mayor que ella por tres minutos—. Tengo clase de spinning en media hora.

—Ve —responde Ruby, volviendo a su actitud alegre habitual—. Ya seguiré intentándolo sola.

—¿Estarás bien?

—¡Claro! —exclama con entusiasmo—. Quizás pruebe un ángulo diferente, o reorganice los libros del fondo por colores. ¡Ah! ¡O podría usar el proyector para crear sombras en la pared mientras leo! —duda pensativa.

James sonríe mientras recoge sus cosas. Este es el efecto Ruby: no importa lo preocupado que esté por ella, siempre consigue contagiarle su optimismo.

—No te obsesiones demasiado —advierte desde la puerta—. A tus seguidores les gustas tú, no el fondo. Recuérdalo.

—Lo sé —responde ella, ya perdida en sus ideas, garabateando en un post-it—. ¡Te quiero!

Cuando James se va, Ruby se queda sola en su santuario literario. Se sienta en el suelo, rodeada de libros y cierra los ojos un momento. Laura se fue hace tres meses, llevándose con ella no solo su ayuda profesional sino también dos años de relación y planes de futuro. "No valoras mi trabajo", le dijo. "Solo te importan los libros y tus seguidores".

Abre los ojos y sonríe al techo. Quizás sea cierto que los libros son su primer amor, pero eso nunca le ha parecido algo malo. En sus páginas ha encontrado consuelo, aventura, romance y sabiduría. Y ahora, mientras mira a su alrededor, sabe que necesita encontrar una manera nueva de compartir esa magia.

Capítulo 3

Faith ajusta la manga de su blusa azul marino mientras espera a Molly en la entrada del restaurante donde han quedado para comer. Es un local italiano de ambiente cálido, con paredes de ladrillo visto, manteles a cuadros rojos y blancos, y lámparas que cuelgan del techo proyectando una luz tenue y acogedora. No es un lugar pretencioso, pero la comida es excelente y el ruido moderado permite mantener conversaciones sin alzar demasiado la voz.

Cuando Molly aparece, con diez minutos de retraso —como siempre—, Faith ya ha revisado mentalmente el menú del cartel al menos tres veces.

—Perdón, perdón —dice Molly mientras se acerca, quitándose la chaqueta—. El tráfico estaba imposible.

Faith levanta una ceja.

—Vives a tres calles de aquí.

—¡Por eso mismo! —exclama Molly con una sonrisa descarada—. Si hubiera cogido el coche habría sido peor.

—Menuda cara tienes.

El camarero las conduce a una mesa en un rincón tranquilo. Faith agradece este pequeño detalle; prefiere los espacios donde puede observar todo lo que hay a su alrededor sin ser el centro de atención.

Una vez acomodadas, Molly despliega la carta como si fuera un mapa del tesoro.

—Me muero de hambre. Creo que pediré la lasaña, aunque los ravioli de espinacas también me tientan —dice relamiéndose.

—La lasaña tiene más calorías —señala Faith.

—Exactamente por eso la pediré —responde Molly con un guiño —. ¿Y tú?

—Risotto de setas.

—¿Con una copa de vino blanco?

—Para mí tinto —dice Faith.

Molly asiente. El camarero toma nota: una lasaña, un risotto de setas, una copa de vino blanco y una de tinto. Cuando se aleja, un silencio cómodo se instala entre las dos amigas, hasta que Faith lo rompe.

—He estado pensando en lo que dijiste.

Molly la mira expectante, sin saber exactamente a lo que se refiere porque ella habla tanto que podría ser cualquier cosa.

—¿Sobre qué?

—La librería —responde Faith con voz controlada, como si cada palabra le costara—. Creo que tienes razón. Si no hago algo, acabaré perdiéndola.

Faith aprieta la mandíbula porque le molesta admitir que esto es así, y mucho más tener que cambiar las cosas porque como están le gustan, pero es la librería de su familia, la que heredó de sus padres y ellos de sus abuelos. Faith no puede permitir que desaparezca.

La sonrisa de Molly se expande.

—¡Por fin! Ya era hora de que entraras en razón.

—No te emociones demasiado —Faith dobla meticulosamente la servilleta sobre su regazo—. Reconocer el problema no significa que tenga la solución.

El camarero sirve el vino y Molly espera a que se aleje para inclinarse hacia adelante, con los ojos brillantes.

—De hecho, he estado pensando en eso. ¿Has oído hablar de Ruby Carter?

—¿Ruby Carter? —Faith frunce el ceño—. ¿Te refieres a alguna piedra preciosa o a una persona?

Molly suelta una carcajada que hace que varios comensales giren la cabeza en su dirección.

—¡Dios mío, Faith! A veces me pregunto si vives en una cueva o si te quedaste estancada en los años 50.

Faith no se inmuta ante su comentario.

—Me refiero a Ruby Carter, la influencer. Tiene más de un millón de seguidores y es de aquí, de la ciudad de Boston.

Faith toma un sorbo de vino con expresión impasible. Molly se desespera y resopla.

—Perdona si no estoy al día con las celebridades de internet que coleccionan "likes" por ponerse delante de una cámara —dice Faith, tomando otro sorbo de vino.

—No seas tan pedante —replica Molly, aunque no se enfada porque sabe muy bien cómo es su amiga—. Ruby hace reseñas literarias, visita librerías independientes y las promociona. Es muy respetada en ese nicho.

Esto capta la atención de Faith, aunque intenta no demostrarlo.

—¿Reseñas literarias? ¿Y tanta gente ve eso?

—Miles de personas. Y no solo las ven, compran los libros que recomienda. Hace unos meses hizo un reportaje sobre Páginas olvidadas, esa pequeña librería en el distrito norte, y durante semanas tuvieron colas en la puerta.

El camarero llega con los platos. La lasaña de Molly huele a tomate y especias, mientras que el risotto de Faith despide un aroma a mantequilla y hongos silvestres. Faith observa su plato un momento, organizando mentalmente lo que va a decir.

—Suena interesante, pero no me imagino enviando un mensaje a una desconocida pidiéndole que venga a mi librería —dice rechazando la idea.

—¿Por qué no? ¿Qué tienes que perder?

—Mi dignidad, para empezar —responde Faith, pinchando un trozo de seta.

—Tu dignidad no paga las facturas. Además, Ruby es encantadora. Tiene ese rollo alternativo pero accesible. Y lleva unas mechas rojizas que le quedan divinas.

Faith arquea una ceja mientras mastica lentamente, saboreando el risotto.

—¿Es que acaso la conoces personalmente? —lanza con sarcasmo.

—No, pero la sigo desde hace tiempo. Todo el mundo la adora —Molly toma un bocado de lasaña y cierra los ojos de placer—. Dios, esto está buenísimo. En serio, Faith, piénsatelo. Podría ser exactamente lo que necesitas para darle visibilidad a la librería.

Faith no responde de inmediato. La idea le parece extraña, ajena a su forma de entender el negocio. La librería Conner Books ha sobrevivido décadas sin necesidad de influencers ni de redes sociales. Pero debe ser realista y admitir que, por mucho que le moleste, los tiempos cambian, y si no se adapta con ellos, se quedará por el camino.

—Lo pensaré —concede finalmente.

Molly sonríe satisfecha y decide cambiar de tema para que Faith no se agobie.

—Y hablando de cosas divertidas... ¿qué te parece si después nos vamos a tomar algo? Han abierto un local nuevo muy cerca de aquí. Ambiente lésbico, buena música, cócteles creativos…

La espalda de Faith se tensa visiblemente, igual que sus dedos alrededor del tenedor.

—No, gracias.

—¿Por qué no? —protesta Molly—. Es viernes por la noche, somos dos mujeres solteras, guapas...

—He dicho que no —el tono de Faith no admite réplica.

Molly suelta los cubiertos con un tintineo molesto.

—Faith, han pasado cuatro años. Cuatro años desde que Adriana te dejó. ¿No crees que ya es hora de...?

—No estamos hablando de esto —la interrumpe Faith, con la voz fría como hielo.

—Bien, no hablemos —Molly cruza los brazos—. Pero en algún momento tendrás que dejar de ser la Reina de las Nieves y permitir que alguien derrita ese muro que has construido.

Faith toma otro sorbo de vino, su rostro es una máscara perfecta de indiferencia.

—¿Has terminado? Porque si es así, preferiría que habláramos del postre. El tiramisú de aquí es excelente.

Molly suspira, derrotada por ahora.

—Al menos prométeme que contactarás con Ruby Carter.

Faith levanta las manos en señal de rendición.

—Lo pensaré, de verdad —asegura con un tono más suave.

—Eso es un avance —Molly sonríe, recuperando su buen humor —. Y sí, tomaré tiramisú. Una no puede quedarse a medias con los

placeres de la vida.

Faith arquea una ceja.

—Algunos placeres están sobrevalorados.

—Dice la mujer que no ha tenido sexo desde la administración anterior —responde Molly con una sonrisa traviesa.

—He tenido sexo —protesta Faith, curvando una sonrisa—. Solo que no me interesa hablar de ello en medio de un restaurante.

Molly abre la boca, dejando que su mandíbula se descuelgue de manera exagerada.

—¿Con quién? ¿Cuándo? ¡Faith Conner, has estado ocultándome información muy relevante que exijo saber ahora mismo!

—Te aseguro que no es relevante —dice arrancando una carcajada de su amiga—. Ahora, concéntrate en el tiramisú, Molly.

El apartamento de Faith está en silencio cuando regresa, poco después de las once. Se quita los zapatos en la entrada y enciende solo la lámpara del salón, dejando el resto en penumbra. Le gusta esta hora de la noche, cuando la ciudad comienza a calmarse y ella puede disfrutar de su soledad sin sentirse observada.

Se sirve una pequeña copa de brandy y se acomoda en el sofá con su Tablet con el pensamiento de que solo lo hace para satisfacer su curiosidad. Entonces abre el buscador y teclea el nombre de Ruby Carter reseñas libros.

Aparecen varios resultados, pero Faith se fija en el canal de TikTok con 1.2 millones de seguidores. La foto de perfil muestra a una joven sonriente, de menos de treinta años, con unas llamativas mechas rojizas en su pelo castaño. Tal como dijo Molly.

Faith pulsa sobre uno de los vídeos, preparándose para algo superficial y ruidoso que seguramente la pondrá de mal humor. En pantalla aparece Ruby, sentada en lo que parece una habitación luminosa con estanterías de libros al fondo. Viste una camiseta verde oliva con un estampado de libros y sus ojos están maquillados con un ligero toque dorado.

—¡Hola, amantes de los libros! —saluda Ruby con una energía contagiosa—. Hoy vamos a hablar de una novela que me ha dejado

sin palabras, literalmente. Estuve dos días procesando el final antes de poder articular una frase coherente...

Faith se sorprende. La chica habla con genuina pasión y conocimiento. Analiza tramas, personajes y estilo narrativo con una profundidad que no esperaba. Su entusiasmo le resulta... cautivador.

Antes de darse cuenta, Faith ha visto tres reseñas completas y está acabando la cuarta. Ruby está hablando sobre "Orgullo y Prejuicio", sus mechas rojizas captando la luz mientras gesticula con entusiasmo. Su energía resulta casi abrumadora, pero hay algo magnético en la forma en que sus ojos brillan cuando llega a sus partes favoritas del libro.

—Porque no es solo una historia de amor —dice Ruby en la pantalla—. Es un tratado sobre el orgullo, sobre cómo nuestras primeras impresiones pueden cegarnos ante la verdadera naturaleza de las personas...

Faith deja la tablet sobre la mesa, ligeramente perturbada. Son casi la una de la madrugada y ha pasado casi dos horas viendo vídeos de Ruby. Hay algo en su energía, en su forma de hablar sobre los libros, que le resulta hipnótico. Quizás sea su entusiasmo genuino, tan diferente a la reserva que Faith cultiva como una segunda piel.

Antes de acostarse, y en un impulso que mañana probablemente lamentará, Faith anota el correo electrónico que Ruby deja para contactos profesionales. No está comprometiéndose a nada, se dice. Solo está considerando opciones.

Ya en la cama, con la luz apagada, Faith no puede evitar pensar en las mechas rojizas y la sonrisa brillante de Ruby. En cómo sus ojos se iluminaban al hablar de una escena particularmente conmovedora. En lo diferentes que son ambas.

Solo es por la librería, se recuerda mientras el sueño la vence. Nada más.

Capítulo 4

El reloj de pared marca las diez y treinta y siete minutos cuando Faith recoloca por tercera vez la pila de libros recién llegados. Aunque su rostro mantiene la expresión de neutralidad habitual, sus movimientos delatan cierta agitación. Cada tanto, sus ojos se desvían hacia la puerta principal de la librería Conner Books, para regresar después a la organización meticulosa de las novedades editoriales.

—Todavía faltan más de veinte minutos para que llegue —comenta Melissa desde el mostrador mientras introduce datos en el sistema de inventario.

Faith se yergue, ajustándose las mangas de su blusa gris perla con su característica elegancia.

—No sé de qué hablas —miente de forma descarada, por supuesto que lo sabe.

Melissa levanta la vista de la pantalla y sonríe.

—De Ruby Carter. Has mirado la puerta cada dos minutos desde que abrimos.

—Estoy pendiente de los clientes, como siempre —responde Faith, pasando un dedo por el lomo de un libro para eliminar el polvo inexistente.

—Claro —Melissa asiente con exagerada solemnidad—. Por eso has reorganizado la sección de novedades tres veces en una hora —comenta en voz baja, pero no tanto como para que su jefa no la escuche.

Faith le lanza una mirada que habría congelado a cualquier otra persona, pero Melissa, acostumbrada a su actitud cortante, parece inmune a su frialdad.

—Dos días —murmura Faith explotando de indignación—. Tardó dos días en responder a mi correo, que por cierto fue

extremadamente profesional, y luego una semana entera en encontrar un hueco para venir. Como si estuviera haciéndome un favor.

—Técnicamente, sí te está haciendo un favor —señala Melissa con cautela.

—He cambiado de opinión —Faith se dirige hacia la sección de literatura clásica—. Fue un error contactarla. Una influencer no es lo que esta librería necesita.

—¡Pero si tiene un millón doscientos mil seguidores! —exclama Melissa con entusiasmo—. Y sus reseñas son increíbles. Leí Fronteras invisibles solo porque ella lo recomendó, y tenía razón, era brillante.

Faith arquea una ceja.

—¿Así que tú también eres una de sus admiradoras? Debí imaginarlo.

—¡Por supuesto! —Melissa abandona el mostrador para acercarse a Faith—. ¿Has visto el vídeo donde analiza la evolución de la narrativa feminista desde Virginia Woolf hasta Ottessa Moshfegh? Es fascinante.

Faith no responde. No va a admitir que ha visto ese vídeo. Ni ese ni los otros quince que devoró durante el fin de semana, estudiando a Ruby Carter como quien estudia a un adversario antes de un duelo.

—De hecho —continúa Melissa, cada vez más animada—, deberías dejarme hablar con ella sobre la campaña. Tengo algunas ideas que...

—Yo me encargaré —la corta Faith—. Es mi librería.

—Lo sé, pero...

El tintineo de la puerta interrumpe su conversación. Faith gira la cabeza, esperando ver a Ruby Carter, pero es solo un cliente habitual que se dirige directamente a la sección de historia.

—Me pregunto si vendrá con las mechas rojas o si se habrá cambiado el look —reflexiona Melissa en voz alta—. En su último vídeo mencionó algo sobre un cambio...

—No me interesa su aspecto —miente Faith—. Solo quiero que sea puntual y profesional.

Melissa abre la boca para responder, pero un movimiento en el exterior llama su atención. Ambas miran hacia el escaparate.

Allí está Ruby Carter, de pie frente a la fachada de la librería, con un teléfono en alto, tomándose selfies con el letrero de la librería de fondo. Viste unos vaqueros ajustados, una camiseta blanca bajo una chaqueta de cuero verde oliva y unas botas negras. Sus mechas rojizas brillan bajo el sol de la mañana, enmarcando un rostro expresivo iluminado por una sonrisa genuina.

—Dios, es ella —susurra Melissa—. Es aún más guapa en persona.

Faith no dice nada, pero una extraña sensación se instala en su estómago mientras observa a Ruby girarse hacia diferentes ángulos, claramente fascinada con la fachada de la librería.

—¿Pretende montar una sesión fotográfica completa antes de dignarse a entrar? —murmura Faith, sin ocultar su irritación.

—Está creando expectativa —explica Melissa—. Seguro que esas fotos irán a sus historias de Instagram anunciando que visitará la librería cuando lleguéis a un acuerdo.

—Maravilloso. Justo lo que necesitamos, adolescentes invadiendo el local para conseguir selfies con estanterías —farfulla Faith.

—Los adolescentes compran libros, ¿sabes? —responde Melissa divertida, sin apartar la vista de Ruby—. Especialmente si alguien como ella los recomienda.

Faith observa cómo Ruby se agacha para capturar el detalle del escaparate, donde una selección cuidadosa de clásicos renovados ocupa el espacio central.

—¿Crees que deberíamos salir a saludarla? —pregunta Melissa, pensativa.

—Dejemos que termine su sesión improvisada —responde Faith con acidez—. No quisiera interrumpir su momento artístico.

Finalmente, Ruby guarda su teléfono y se dirige a la entrada. El tintineo de la campanilla anuncia su llegada, y con ella, una energía que parece transformar el ambiente de la librería.

—¡Buenos días! —saluda con una voz melodiosa y cálida—. Vosotras debéis ser Faith y...

—Melissa —se presenta entusiasmada avanzando hacia ella con una sonrisa radiante—. Es un placer conocerte, Ruby. Soy una gran admiradora de tu trabajo.

Ruby le estrecha la mano con entusiasmo mientras Faith las mira horrorizada.

—¡Gracias! Siempre es genial conocer a lectores que siguen el canal.

Luego se gira hacia Faith, que se mantiene un paso atrás, con los brazos cruzados y la espalda recta.

—Y tú debes ser Faith Cooner —dice, extendiendo su mano—. Es un placer conocerte. Esta librería es una auténtica joya, no entiendo cómo no he venido aquí antes.

Faith acepta el saludo con un apretón breve y formal. Ella sí lo entiende, el entusiasmo de Ruby no encaja con la solemnidad de su librería.

—Gracias por venir, señorita Carter —responde lo más educada que puede.

Ahora la que se espanta es Ruby.

—Ruby, por favor —sonríe, aparentemente inmune a la frialdad de Faith—. Señorita Carter me hace sentir como si estuviera en la oficina del director.

Melissa suelta una risotada estridente y Faith asiente sin devolver la sonrisa.

—Te agradezco que hayas podido incluirnos en tu apretada agenda.

Ruby parece captar el sutil reproche, pero su expresión permanece amable.

—Lo siento por la demora. Ha sido una semana de locos, pero estaba deseando visitar este lugar. Tengo debilidad por las librerías independientes con historia.

Melissa decide intervenir ante el mutismo de su jefa.

—La Conner Books lleva abierta desde 1943. La familia de Faith la ha mantenido durante tres generaciones.

—Impresionante —Ruby aspira profundamente, cerrando los ojos un instante—. Ese olor... libros antiguos y madera. Es una

combinación perfecta que me fascina. Podría quedarme aquí respirando todo el día.

Faith siente un curioso nudo en la garganta. Ella misma ha pensado exactamente lo mismo infinidad de veces, ese aroma característico que la transporta a su infancia, cuando se escondía entre las estanterías mientras su padre atendía a los clientes. Pero en lugar de compartir ese pensamiento, se limita a señalar hacia el fondo del local.

—Tenemos un espacio de lectura donde podemos hablar con más tranquilidad.

—Por supuesto —asiente Ruby—. Melissa, un placer conocerte. Espero que podamos charlar más tarde.

—¡Claro! —responde Melissa entusiasmada—. Estaré por aquí.

Faith guía a Ruby entre las estanterías, consciente de que la influencer se detiene cada pocos pasos para admirar la disposición de los libros, la iluminación, las pequeñas tarjetas con recomendaciones manuscritas que Faith suele dejar cuando considera que un libro es demasiado bueno como para que pase desapercibido. Cuando llegan al rincón de lectura, Ruby se detiene en seco.

—Oh, Dios mío —exclama, girando sobre sí misma para absorber cada detalle—. Esto es... es como el escondite secreto con el que todo lector sueña. ¡Es perfecto!

Faith observa cómo Ruby recorre con los dedos el respaldo de uno de los sillones, cómo admira la lámpara de lectura antigua, cómo se acerca a la pequeña ventana redonda que permite que la luz natural ilumine el espacio.

—Lo diseñé yo misma —se sorprende a sí misma compartiendo ese dato—. Quería un lugar donde los libros abrazaran literalmente al lector.

—Pues lo has conseguido —responde Ruby con sinceridad—. Es como si el mundo exterior desapareciera y solo existieran las historias. Podrías pasarte horas aquí sin darte cuenta.

Por un momento, Faith siente una conexión inesperada con la influencer que la sorprende. Esta mujer, con su entusiasmo

desbordante y su estilo tan diferente al suyo, parece entender exactamente lo que hace especial a su librería.

—Podemos sentarnos —dice Faith, recuperando su distancia profesional.

Ambas toman asiento en los sillones enfrentados. Faith se sienta erguida, con las piernas cruzadas elegantemente, mientras que Ruby se acomoda con naturalidad, inclinándose ligeramente hacia adelante.

—Te agradezco que hayas respondido a mi correo —comienza Faith—. Como mencioné, estamos buscando formas de dar visibilidad a la librería. Los tiempos han cambiado y necesitamos adaptarnos —dice de corrido, después de haber memorizado la frase durante toda la noche.

Ruby asiente, atenta.

—Me encantaría ayudar. ¿Qué tenías en mente exactamente?

—Vi el reportaje que hiciste sobre la librería Páginas olvidadas —explica Faith, manteniendo un tono neutro—. El impacto fue considerable. Me gustaría que hicieras algo similar para mi librería.

La expresión de Ruby cambia sutilmente y una sombra de incomodidad cruza su rostro.

—Lo lamento —dice, enderezándose un poco—. Aquí es donde debo aclarar algo. Ese vídeo fue... bueno, un caso especial. El dueño de esa librería es el padre de una amiga de la universidad. Estaban a punto de cerrar, y quise ayudar.

Faith siente que algo frío se instala en su pecho.

—¿Estás diciendo que no haces ese tipo de contenido? —pregunta tensándose en el sillón.

—Me temo que no —confirma Ruby con una mueca de disculpa —. Mi canal se centra en reseñas literarias, análisis de tendencias editoriales, entrevistas a autores... No suelo hacer reportajes sobre establecimientos.

El silencio que sigue es denso. Faith mantiene su expresión impasible, pero por dentro hierve de frustración. Ha soportado este circo, la espera, el entusiasmo de Melissa, la energía desbordante de Ruby, y todo para descubrir que ha sido un error desde el principio.

—Entiendo —dice finalmente, su voz ahora más cortante—. Parece que ha habido un malentendido.

—Lo siento mucho —responde Ruby con genuina preocupación —. Debí ser más clara en mi respuesta al correo. Supuse que querías hablar sobre posibles colaboraciones literarias.

—¿Colaboraciones literarias? —repite Faith, con ganas de lanzarle un libro a la cabeza.

—Sí, como una selección mensual de libros recomendados por Cooner Books, lo he hecho con alguna librería y a los lectores les gusta. Además, he visto las notas que tienes por ahí. O quizás un club de lectura que podríamos promocionar en mi canal —explica Ruby deseando ayudarla de algún modo aunque la mujer que tiene en frente sea como un témpano de hielo—. Tengo muchas ideas que podrían funcionar para una librería con tanta personalidad como esta.

Faith procesa esta información y siente que la cabeza le estalla.

—Ni hablar, yo no hago recomendaciones y mucho menos un club de lectura, acaban siendo un caos si no se organizan bien, y requieren mucho tiempo. Estoy demasiado ocupada para eso —brama exasperada—. En fin —dice Faith, levantándose de la butaca —, supongo que esto es todo. Gracias por venir, y por tu tiempo —dispara con un toque de mordacidad.

Ruby también se pone de pie de manera repentina y, por un momento, están demasiado cerca en el espacio reducido entre los sillones. Faith puede percibir el ligero aroma a vainilla que emana de Ruby y ver las pequeñas motas doradas en sus ojos verdes, quedándose aturdida.

—Ha sido un placer conocerte, Faith —dice Ruby, extendiendo su mano—. Sé que no has obtenido lo que esperabas, pero te voy a pedir que te lo pienses —añade, ignorando la fiereza en la mirada de la dueña de la librería.

Faith aprieta la mandíbula al mismo tiempo que alarga su mano, y en el instante en que sus manos se tocan otra vez, siente una especie de corriente eléctrica que sube por su brazo y se extiende por todo su cuerpo. Por la forma en que Ruby parpadea sorprendida, parece que ella también lo ha sentido.

Ambas retiran la mano casi al mismo tiempo, como si el contacto quemara.

—Yo... —Ruby parece momentáneamente sin palabras, algo que Faith sospecha que no ocurre a menudo—. Supongo que ha sido electricidad estática.

—Supongo —responde Faith, aunque sabe perfectamente que no lo ha sido.

Se miran unos segundos más de lo necesario, ambas claramente descolocadas por la inexplicable conexión que acaban de experimentar.

—Buscaré a Melissa —dice finalmente Ruby, recuperando su sonrisa habitual, aunque con un matiz diferente.

Faith asiente, incapaz de articular una respuesta coherente. Observa a Ruby alejarse entre las estanterías, sus mechas rojizas captando la luz mientras se mueve con naturalidad por el espacio, como si perteneciera a él.

Cuando se queda sola en el rincón de lectura, Faith se permite un momento de debilidad. Se deja caer en el sillón y respira profundamente, intentando calmar los latidos acelerados de su corazón. Sea lo que sea lo que acaba de ocurrir, no puede permitirse sentirlo. No después de Adriana. No cuando ha construido tan cuidadosamente esta vida ordenada y predecible.

Y definitivamente no con alguien como Ruby Carter, tan opuesta a ella en todos los sentidos.

Faith se levanta, ajusta su ropa y recupera su expresión habitual de controlada indiferencia. La librería necesita promoción, eso es todo. Cualquier otra cosa que haya sentido al tocar la mano de Ruby Carter debe ser ignorada, archivada y olvidada.

Aunque algo le dice que eso será más difícil de lo que imagina.

Capítulo 5

La cafetería de Molly es un local acogedor con paredes de ladrillo visto, mesas de madera maciza y el aroma permanente a café recién molido y bollería casera. Faith empuja la puerta unos minutos después de las nueve como cada mañana.

Molly ya está tras el mostrador, con su melena castaña recogida en un moño desenfadado y las mangas de su camisa arremangadas. Levanta la vista al oír la campanilla y sonríe ampliamente al ver a su amiga.

—Buenos días, reina del hielo —la saluda con afecto—. Tu café está casi listo.

Faith arquea una ceja mientras cuelga su abrigo en el respaldo de la silla.

—Pensaba que ya lo tendría sobre la mesa… —dispara Faith en un murmullo.

—No seas tan egocéntrica —responde Molly, preparando su descafeinado.

Faith toma asiento en su mesa habitual y Molly se acerca con el café humeante y un cruasán recién horneado, sentándose frente a ella con su propia taza.

—Bueno, cuéntame, ¿de verdad fue tan mal la reunión con Ruby Carter? —pregunta Molly, que solo sabe lo que Faith le contó a través de un par de mensajes, tan enfadada que se negó a llamarla.

La librera toma un sorbo de café, ganando tiempo mientras organiza sus pensamientos.

—Un desastre completo.

—¿En serio? —Molly parece genuinamente sorprendida—. ¿Qué pasó?

—Resulta que la señorita Carter no hace vídeos sobre librerías —responde Faith con tono ácido—. El reportaje que vi sobre esa

librería fue un caso excepcional porque el dueño es el padre de una amiga suya.

—Vaya —Molly arruga la frente—. Eso es mala suerte.

—Mala planificación por mi parte —corrige Faith—. Debí investigar mejor antes de contactarla, era extraño que solo hubiera un vídeo de esos.

—¿Y no trataste de convencerla? No sé, utilizar tus encantos… —bromea tratando de quitar hierro al asunto.

Faith parte un trozo de cruasán y levanta una ceja.

—Por supuesto que no, yo no suplico. Ella me propuso algunas, como hacer un club de lectura o un listado de libros recomendados por la librería.

—¡Eso suena fantástico! —exclama Molly—. ¿Por qué lo dices como si te hubiera propuesto vender la librería para construir un centro comercial?

Faith le lanza una mirada que habría congelado el café.

—Un club de lectura significa gente, ruido y desorden, por no hablar del tiempo que tendría que invertir. Y grabarlo para sus redes significaría que la librería estaría llena de adolescentes tomándose fotos en vez de comprando libros.

—Los adolescentes también leen, Faith —señala Molly, rodando los ojos—. Y compran libros cuando alguien como Ruby los recomienda. ¿No era ese el objetivo? Aumentar las ventas, modernizar la librería...

—No a cualquier precio —Faith aprieta los labios—. Me gustan las cosas como están, no quiero que mi rincón se llene de gente desconocida hablando de un libro que probablemente no entienden.

Lo que no menciona es cómo el mero recuerdo de Ruby en ese espacio, admirando cada detalle con verdadera devoción, hace que algo se agite en su interior. Ni cómo pasó tres horas anoche viendo más vídeos de sus reseñas, fascinada por la forma en que Ruby disecciona libros complejos y los hace accesibles sin simplificarlos.

—¿Y la rechazaste? —pregunta Molly con incredulidad.

—Por supuesto —Faith toma otro sorbo de café.

Molly la mira fijamente durante unos segundos, como evaluándola.

—Faith Conner, a veces me pregunto cómo hemos seguido siendo amigas durante tantos años.

—Porque soy la única que soporta tu optimismo patológico —responde Faith con un asomo de sonrisa.

—Y yo soy la única que tolera tu alergia al cambio —contraataca Molly—. En serio, Faith, deberías reconsiderarlo. Lo que te propuso no es solo bueno, es exactamente lo que necesitas. Si Ruby se acerca a tu librería, da igual por qué motivo, tus ventas subirán, ese es el asunto.

Faith deja la taza sobre la mesa con un golpe sordo.

—¿Qué necesito? ¿Convertir mi librería en un espectáculo para las redes sociales?

—Necesitas visibilidad, clientes nuevos, relevancia —enumera Molly con los dedos—. Y sí, también necesitas algo de vida en ese mausoleo que llamas librería.

—No es un mausoleo —protesta Faith, sintiendo una punzada de dolor que oculta inmediatamente—. Es un espacio para lectores serios.

—Los lectores serios también tienen TikTok —Molly suaviza su tono—. Mira, entiendo tu resistencia. Pero piénsalo: si Ruby grabara algo allí, sus seguidores verían constantemente tu librería. Sería como tener un anuncio permanente, pero auténtico, y gratis.

Faith guarda silencio, dividida entre la lógica implacable de Molly y su propio instinto de proteger la integridad de su librería. Pero también hay algo más, algo que no puede explicar ni a su amiga ni a sí misma: el inquietante efecto que Ruby tiene sobre ella.

—No importa —dice finalmente—. Ya le dije que no y no pienso retractarme. Hemos de pensar en otra cosa.

Molly suspira con resignación.

—Como quieras. Pero al menos prométeme que si se me ocurre otro plan, no lo sabotearás antes de intentarlo.

—No saboteé nada —se defiende Faith—. Simplemente establecí límites.

—Tus límites son muros de tres metros, Faith —Molly le guiña un ojo—. Pero da igual, te quiero de todos modos.

Faith muestra un atisbo de sonrisa.

Terminan el desayuno hablando de otros temas: el nuevo proveedor de café de Molly, la última novela que Faith está leyendo, los planes para el próximo cumpleaños de Melissa. La normalidad de esta rutina tranquiliza a Faith, que por un momento había sentido que el suelo bajo sus pies era menos firme que de costumbre.

Cuando Faith regresa a la librería, poco después de las diez, encuentra a Melissa atendiendo a un par de clientes en la sección de ficción contemporánea. La joven levanta la mirada y le hace un gesto discreto, señalando hacia el fondo del local. Faith frunce el ceño, sin comprender, hasta que Melissa se le acerca con pasos rápidos.

—Ruby está esperándote en el rincón de lectura.

El corazón de Faith da un vuelco inesperado. ¿Ruby? ¿Aquí, de nuevo, sin avisar? La irritación inicial se mezcla con algo más, algo que se niega a nombrar pero que hace que sus pasos se vuelvan más rígidos mientras avanza entre las estanterías.

Conforme se acerca hacia el rincón de lectura, puede escuchar el suave tarareo de una melodía. Y entonces la ve: Ruby está sentada en uno de los sillones de cuero, hojeando un ejemplar —cuya portada Faith no consigue ver— con expresión absorta. La luz que se filtra por la ventana circular ilumina sus mechas rojizas, creando un halo cobrizo a su alrededor.

Faith se detiene en seco cuando Ruby levanta la vista y repara en su presencia. La sonrisa que se dibuja en el rostro de la influencer es tan genuina, tan cálida, que Faith siente un cosquilleo desconcertante extendiéndose por su pecho.

—¡Faith! —exclama Ruby, cerrando el libro y poniéndose de pie —. Espero no molestar. Melissa me dijo que podía esperarte aquí.

Faith recupera la compostura y avanza los últimos pasos con estudiada indiferencia.

—No esperaba verte hoy —dice, manteniendo un tono neutro—. Creí que ayer habíamos concluido nuestra conversación.

Ruby ladea ligeramente la cabeza, su expresión volviéndose más seria pero sin perder la calidez.

—Eso pensaba yo también, pero luego no podía dormir dándole vueltas al asunto. Seguía pensando en esta librería, en lo especial que es... —hace un gesto abarcando el espacio a su alrededor—. Y en que quizás fui demasiado rígida con mi respuesta.

Faith arquea una ceja y entorna la mirada.

—¿Puedo? —pregunta estúpidamente, señalando el sillón frente a Ruby.

—Por supuesto. Es tu librería —responde Ruby con una risa encantadora, observando cada línea del cuerpo de Faith sin ningún disimulo.

Faith toma asiento, cruzando las piernas y manteniendo la espalda perfectamente recta, como si la postura pudiera protegerla de la inexplicable corriente que siente cada vez que está cerca de esta mujer.

—¿Qué quieres decir con que fuiste demasiado rígida la respuesta? —pregunta, yendo directamente al grano.

Ruby se acomoda en su asiento, inclinándose ligeramente hacia adelante.

—Estuve revisando las fotos que hice ayer aquí. Me encantan, Faith. Hay algo en este espacio que transmite exactamente lo que amo de los libros —sus ojos brillan con entusiasmo genuino—. Y me di cuenta de que estaba siendo egoísta al no querer dedicarle un vídeo completo a tu librería.

Faith mantiene su expresión impasible, aunque una chispa de esperanza se enciende en su interior.

—¿Estás diciendo que reconsideras hacer un reportaje sobre la librería?

—Sí —asiente Ruby—. Pero con una condición.

—Por supuesto —murmura Faith, tensándose nuevamente—. Siempre hay condiciones.

Ruby sonríe, aparentemente inmune al sarcasmo de la librera, del que, por cierto, disfruta mucho sin entender el motivo.

—Me gustaría usar este rincón de lectura para grabar mis reseñas literarias durante los próximos tres meses.

Faith parpadea con perplejidad, procesando la propuesta.

—¿Quieres convertir mi espacio de lectura en tu estudio personal? —pregunta atónita.

—Sí, hace tiempo que necesito renovarme, cambiar el fondo de mis vídeos y este espacio es justo lo que busco. Haría todo el trabajo previo en casa y aquí solo grabaría. Tan solo pido dos horas a la semana —aclara Ruby rápidamente—. Podría ser por las mañanas antes de que abras, o después del cierre. No interrumpiría el funcionamiento normal de la librería.

Faith guarda silencio, evaluando la situación. Por un lado, la idea de tener a Ruby en su espacio de forma regular la inquieta profundamente. Por otro lado, un reportaje detallado sobre la librería podría marcar la diferencia entre la supervivencia y el cierre, y eso no puede pasarlo por alto.

—¿Y qué obtendría yo exactamente? —pregunta finalmente.

—Un vídeo completo dedicado a la librería para empezar —responde Ruby, contando con los dedos—. Además, en cada una de mis reseñas mencionaría que estoy en esta librería, la etiquetaría en todas las publicaciones, y compartiría constantemente imágenes del espacio. Tus estanterías aparecerían en el fondo de todos mis vídeos durante tres meses.

Faith debe admitir que la propuesta es tentadora desde un punto de vista comercial.

—¿Qué tipo de reseñas grabarías aquí?

—Principalmente literatura contemporánea y clásicos —responde Ruby—. Nada de autoayuda o géneros que no encajen con la esencia de Conner Books, te lo prometo.

Hay algo en la forma en que Ruby dice "te lo prometo", con tanta sinceridad, que desarma momentáneamente las defensas de Faith.

—Tendría que estar presente durante las grabaciones —establece Faith, sorprendiéndose a sí misma por estar considerando la propuesta.

—Por supuesto —asiente Ruby con entusiasmo—. De hecho, me encantaría que me aconsejaras sobre la selección de libros. Tu conocimiento literario es claramente excepcional —dice señalando las etiquetas de recomendaciones de las estanterías, que ha estado leyendo mientras esperaba.

Faith no puede evitar sentir un destello de placer y regocijo ante el reconocimiento. Pocas personas aprecian realmente su conocimiento.

—Y tendrías total libertad para modificar cualquier aspecto de mis reseñas que consideres que no respeta el espíritu de la librería —añade Ruby.

Faith la observa detenidamente, buscando cualquier señal de engaño, pero no encuentra ninguna. Solo ve a una mujer apasionada por los libros ofreciendo un compromiso razonable.

—Tres meses, dos horas a la semana, fuera del horario de apertura —recapitula Faith lentamente—. Y un reportaje completo sobre la librería.

—Exacto —confirma Ruby con una sonrisa esperanzada—. ¿Qué te parece?

Faith no está segura de lo que va a hacer, de hecho, intuye que es una idea pésima, pero necesita salvar su librería. Y hay otra razón, una que apenas se atreve a reconocer: una inexplicable curiosidad por conocer mejor a Ruby Carter.

—De acuerdo —dice finalmente—. Acepto tu propuesta.

La sonrisa de Ruby se expande, iluminando todo su rostro.

—¡Fantástico! No te arrepentirás, te lo prometo. Haremos algo increíble juntas.

Juntas. La palabra resuena en la mente de Faith, provocando una mezcla de alarma y algo parecido a la anticipación.

—Es un acuerdo estrictamente profesional —aclara, como si necesitara establecer esa línea tanto para Ruby como para sí misma.

—Por supuesto —asiente Ruby, aunque a ella le apetece conocer a Faith en otros aspectos—. ¿Te parece si comenzamos este viernes? Podría venir a las siete, antes de que abras.

—Viernes a las siete —confirma Faith—. Seré puntual.

—No lo dudo ni por un segundo —responde Ruby con una sonrisa divertida.

Se produce un momento de silencio, uno de esos silencios cargados de algo indefinible que parece hacer vibrar en el aire entre ellas. Faith se da cuenta de que ha estado sosteniendo la mirada de

Ruby durante demasiado tiempo y aparta la vista, fingiendo revisar la hora en su reloj de pulsera.

—Debo volver al trabajo —dice, poniéndose de pie con un movimiento fluido.

Ruby también se levanta y de nuevo quedan demasiado cerca, como si ambas lo hubieran hecho a propósito. Faith puede percibir el aroma a vainilla que ya asocia con Ruby, y nota que su pulso se acelera sin su permiso.

—Gracias por aceptar —dice Ruby en voz baja, casi íntima—. No te arrepentirás.

Faith no sabe qué responder a eso, así que simplemente asiente y da un paso atrás, recuperando su espacio personal.

—Te acompaño a la salida.

Caminan juntas entre las estanterías en un silencio que no resulta incómodo, como si ya existiera entre ellas un lenguaje que no necesita palabras. Faith observa de reojo cómo Ruby desliza los dedos por los lomos de los libros con reverencia, cómo se detiene brevemente ante una edición especial de Orgullo y prejuicio y cómo su expresión cambia sutilmente al reconocer títulos que evidentemente aprecia.

Al llegar a la entrada, Ruby se gira hacia ella.

—Nos vemos el viernes, entonces.

—Hasta el viernes —confirma Faith.

Ruby duda un momento, como si quisiera decir algo más, pero finalmente solo sonríe y se dirige hacia la puerta. Faith la observa marcharse, consciente de que está conteniendo la respiración sin saber por qué.

Cuando la puerta se cierra, exhala lentamente.

—¿Qué quería? —pregunta la voz de Melissa a su espalda.

Faith se gira para encontrar a su joven empleada mirándola con una expresión que mezcla curiosidad y algo parecido a la expectación.

—Digamos que hemos llegado a un acuerdo. Grabará la reseña de la librería a cambio de que la deje utilizar el rincón de lectura para grabar sus reseñas durante tres meses —responde Faith, recuperando su tono profesional.

Melissa contiene las ganas de gritar de alegría, no solo por tener a Ruby allí grabando, sino porque, le gusta su trabajo, y si Faith no hace algo para aumentar las ventas, al final tendrá que cerrar las puertas.

—Eso es genial —dice intentando contener su entusiasmo.

—Vuelve al trabajo, anda —dice la jefa, con un atisbo de sonrisa.

Faith se queda sola junto al mostrador, intentando procesar lo que acaba de suceder. Ha aceptado ver a Ruby regularmente durante los próximos tres meses. Ha permitido que una influencer use el rincón de lectura, el espacio más personal de toda la librería. Su espacio, su rincón, su librería.

Y lo más perturbador: una parte de ella está contando las horas hasta el viernes.

Sacude la cabeza, determinada a no darle más vueltas. Es un acuerdo profesional, se repite. Nada más. La librería necesita esta oportunidad, y ella necesita mantener el legado de su familia vivo. Cualquier otra sensación, cualquier cosquilleo inexplicable o mirada sostenida, es irrelevante.

Capítulo 6

Ruby agita las manos en el aire y repasa mentalmente, por tercera vez en diez minutos, todo lo que ha metido en la bolsa. Móvil, trípode, anillo de luz portátil, baterías externas, micrófono de solapa, libretas con anotaciones sobre el libro que va a reseñar, el propio libro con sus marcadores de página, maquillaje para retoques... Nada parece faltar, pero aun así, siente una inquietud bullendo en su estómago.

—¿Estás bien? —pregunta James al otro lado del teléfono mientras escucha los movimientos bruscos de su hermana, a la que acaba de llamar para desearle suerte en su primera grabación en la librería.

—Estoy nerviosa —admite Ruby, ajustándose las mechas rojizas frente al espejo—. Es la primera vez que grabo fuera de casa, y no tengo ayudante.

James sonríe divertido, a él no le importa ayudarla en sus ratos libres, pero tiene su propio trabajo como profesor de gimnasia.

—No es solo eso, ¿verdad? —dice con media sonrisa—. Tu nerviosismo tiene que ver con cierta librera.

Ruby deja de moverse y frunce el ceño, arrepintiéndose de inmediato de haberle hablado de Faith.

—No seas ridículo. Apenas la conozco —responde rápidamente, tal vez demasiado.

—Pero te gusta —afirma James, no como una pregunta sino como una constatación.

Ruby no responde, pero el ligero ardor que nota en las mejillas es suficiente confirmación para ella misma. Se siente atraída por Faith Conner de algún modo inexplicable.

—Me atrae un poco —admite finalmente, incapaz de ocultarle nada a su hermano gemelo—. Es guapísima, de una manera

elegante y sofisticada. Y cuando habla de libros, aunque intenta disimularlo, se le iluminan los ojos. Pero también es la persona más fría e inaccesible que he conocido jamás.

James sonríe y sacude la cabeza, divertido.

—Exactamente tu tipo de mujer: inaccesible y complicada.

—Eso no es verdad —protesta Ruby, aunque su risa delata lo contrario.

—Laura, la artista atormentada. Antes de ella, Sophia, la abogada que nunca tenía tiempo. Y no olvidemos a Amanda, la...

—Vale, vale —le interrumpe Ruby—. Lo he pillado. Pero esto es diferente, es un acuerdo profesional. Además, probablemente sea heterosexual.

James levanta una ceja con incredulidad.

—¿La mujer que, según tú misma, lleva trajes sastre impecables, tiene la librería más ordenada del universo y te miró como si fueras un bicho raro por hacerte fotos delante de su escaparate? Suena muy heterosexual, sí.

Ruby suelta una carcajada cristalina, sintiendo cómo parte de su tensión se disipa.

—De todas formas, no importa —dice, colgándose la bolsa al hombro—. Solo estaré allí para grabar, nada más.

—Claro —responde James con ironía—. Dime una cosa, ¿cuántas veces te has cambiado de ropa esta mañana?

Ruby se detiene en seco.

—Me voy ya, no quiero llegar tarde —dice ante la carcajada de su hermano.

Mira su reloj y un espasmo de pánico la recorre. Son las 6:50 y ha quedado con Faith a las siete. Necesita al menos veinte minutos para llegar.

—¡Mierda! —exclama, agarrando apresuradamente su chaqueta —. ¡Voy a llegar tarde!

—¿Ves? Ya estás empezando con el pie izquierdo —James se ríe mientras ella sale disparada hacia la puerta y le cuelga la llamada.

Ruby corre hacia la parada de metro más cercana, maldiciendo internamente. Si hay algo que cree sobre Faith Conner, es que la puntualidad para ella es casi una religión. Llegar tarde el primer día

de grabación no es precisamente la mejor manera de comenzar esta colaboración.

Capítulo 7

El reloj marca exactamente las 7:05 cuando Faith, de pie junto al mostrador principal de la librería, mira por tercera vez la hora en su elegante reloj de pulsera. Sus labios se tensan en una fina línea y comienza a tamborilear con los dedos sobre la superficie de madera pulida. Cinco minutos. Ruby Carter llega cinco minutos tarde.

No debería sorprenderme, piensa. La influencer, con su caótica energía y su entusiasmo desbordante, probablemente considere que cinco minutos no son nada. Para Faith, sin embargo, esos cinco minutos representan una falta de respeto hacia su tiempo y hacia el acuerdo que han establecido.

Decide que, si Ruby no aparece en los próximos dos minutos, dará la sesión por cancelada. Está a punto de sacar el móvil para enviarle un mensaje cuando el tintineo de la campanilla anuncia la llegada de alguien. Faith levanta la vista para encontrarse con Ruby, ligeramente jadeante, con las mejillas sonrosadas por la carrera y una expresión de contrición en el rostro.

—Lo siento muchísimo —se disculpa Ruby, casi sin aliento, dejando caer su abultada bolsa junto a la puerta—. El metro se retrasó y luego hubo un accidente en la calle principal que bloqueó el tráfico y tuve que dar un rodeo...

Faith la observa, manteniendo su expresión impasible, aunque nota cómo algo se agita en su interior ante la visión de Ruby con las mejillas encendidas y ese brillo de preocupación en la mirada.

—Cinco minutos —responde secamente—. Has llegado cinco minutos tarde.

Ruby parpadea, momentáneamente desconcertada, y luego una sonrisa de alivio se dibuja en su cara.

—¿Solo cinco? Pensé que eran al menos diez —dice con alivio ante el espanto de la librera—. De verdad que lo siento, Faith. Te

prometo que no volverá a ocurrir. Sé cuánto valoras la puntualidad.

Hay algo en la forma en que Ruby pronuncia su nombre que hace que Faith sienta un inexplicable calor en el pecho. Lo ignora deliberadamente y señala hacia el fondo de la librería.

—El rincón está listo. No he tocado nada.

Ruby asiente, recuperando rápidamente su entusiasmo habitual. Recoge su bolsa y sigue a Faith entre las estanterías. Faith camina con su elegancia característica, consciente de los pasos más ligeros de Ruby tras ella.

Al llegar al rincón de lectura, Ruby deja escapar un suspiro de admiración, como si lo viera por primera vez.

—Es perfecto, nunca me cansaré de verlo —murmura, girando sobre sí misma para absorber cada detalle—. La luz de la mañana crea exactamente el ambiente que buscaba.

Faith observa cómo Ruby comienza a desplegar su equipo con eficiencia sorprendente para alguien que parece tan caótica. La influencer coloca el anillo de luz, ajusta el trípode y estudia varios ángulos con ojo crítico.

—¿Te importa si muevo ligeramente este sillón? —pregunta, señalando la butaca principal—. Quiero capturar la luz natural de la ventana y ese estante de fondo con las ediciones clásicas.

Faith asiente, intentando no mostrar lo incómoda que se siente al ver cómo Ruby reorganiza su espacio sagrado. Cada vez que Ruby toca algo, ella siente el impulso de intervenir o de gritarle, de asegurarse de que todo vuelva exactamente a su lugar original. Se cruza de brazos, apretando los dedos contra sus bíceps para mantenerse quieta y se muerde la lengua.

Ruby parece ajena a su incomodidad mientras continúa preparando el escenario. Coloca el libro que va a reseñar sobre la mesita auxiliar, ajusta el micrófono de solapa a su chaqueta y comprueba la iluminación en su móvil.

—Casi listo —murmura más para sí misma que para Faith.

Faith la observa moverse con la creciente sensación de que su ordenado mundo está siendo invadido. Y lo peor es que no puede decidir si le molesta o le fascina.

Ruby intenta colocar el móvil en el trípode, buscando el ángulo perfecto, pero por más que lo intenta, el trípode se tambalea ligeramente.

—Mierda —murmura frustrada, reajustando las patas del trípode —. Necesito que esté completamente estable.

Después de varios intentos fallidos, Ruby se gira hacia Faith con expresión suplicante.

—Faith, sé que esto no estaba planeado, pero ¿te importaría sujetar el móvil durante la grabación? Solo serán unos diez minutos.

Faith arquea una ceja, sintiendo una mezcla de irritación y algo parecido a la curiosidad.

—¿Ahora soy tu ayudante? —pregunta fríamente.

—Lo siento —Ruby junta las manos en un gesto de súplica—. Pero el trípode no se mantiene estable en este ángulo, y es crucial para capturar la magia de este rincón. Te prometo que solo será esta vez, hasta que consiga un trípode mejor o alguien que me ayude.

Faith suspira, sintiendo cómo su resolución flaquea ante la mirada desesperada de Ruby.

—Está bien —acepta finalmente—. Pero solo esta vez.

La sonrisa que ilumina el rostro de Ruby es tan radiante que Faith tiene que apartar la mirada para no quedar deslumbrada.

—¡Gracias! Eres la mejor —exclama Ruby, entregándole el móvil —. Solo tienes que mantenerlo así, enfocado hacia mí y el fondo de libros.

Faith coge el dispositivo, colocándose donde Ruby le indica. Sus dedos rodean el móvil con firmeza, intentando mantenerlo perfectamente estable. Ruby se sienta en el sillón, acomoda el libro en su regazo y respira profundamente, como preparándose.

—¿Lista? —pregunta, mirando directamente a Faith.

Faith asiente secamente, sintiendo una inexplicable tensión en el estómago.

Ruby pulsa un botón en su reloj y de repente todo cambia. La mujer que Faith tiene frente a ella se transforma. Su postura se vuelve más erguida, su sonrisa gana una luminosidad casi mágica y sus ojos brillan con una intensidad que resulta magnética.

—¡Hola, amantes de los libros! —saluda Ruby directamente a la cámara, su voz es melodiosa y cautivadora—. Hoy estoy en un lugar realmente especial. Me encuentro en el rincón de lectura de Conner Books, una joya literaria de Boston que lleva tres generaciones alimentando el alma de los lectores más exigentes.

Faith observa fascinada cómo Ruby habla sobre el libro que sostiene, analizando su trama, los personajes y el estilo narrativo con una profundidad sorprendente. No es solo la pasión en su voz, sino la forma en que sus ojos se iluminan al hablar de pasajes que evidentemente la han conmovido, la manera en que sus manos gesticulan delicadamente para enfatizar un punto clave.

—Este libro nos recuerda que, a veces, las aguas más profundas y oscuras esconden las verdades más luminosas —dice Ruby, su voz bajando a un tono casi íntimo—. Es como navegar entre tormentas para encontrar una costa que siempre estuvo ahí, esperándonos.

Faith está tan absorta por la forma en que Ruby disecciona el simbolismo de la novela que casi olvida que está grabando. La Ruby que tiene frente a ella no es la mujer ligeramente caótica y nerviosa de hace unos minutos, sino una narradora hipnótica, capaz de convertir una simple reseña en una experiencia casi poética.

Cuando Ruby al fin termina su análisis y se despide de su audiencia con una sonrisa radiante, Faith sigue sosteniendo el móvil, inmóvil, como si hubiera quedado hechizada. No es hasta que Ruby se aclara suavemente la garganta que Faith parpadea, volviendo a la realidad.

—¿Faith? —dice Ruby con voz suave—. Ya puedes cortar la grabación.

Faith parpadea, desconcertada, y luego pulsa apresuradamente el botón para detener la grabación. Sus mejillas se tiñen ligeramente de rosa mientras le devuelve el móvil a Ruby. Sus dedos se rozan en el intercambio y ambas sienten una corriente eléctrica que las recorre de pies a cabeza.

Ruby contiene la respiración ante el contacto. Los dedos de Faith son sorprendentemente cálidos para alguien que proyecta tanta frialdad, y ese breve instante de conexión física parece extenderse infinitamente en el tiempo. Observa el rostro de Faith, notando cómo

un leve rubor colorea sus mejillas habitualmente pálidas y cómo sus pupilas se dilatan de forma casi imperceptible.

Es jodidamente atractiva, piensa Ruby, perdiéndose por un momento en los rasgos elegantes de la librera. El modo en que sus ojos verdes contrastan con su melena oscura perfectamente recogida, la línea aristocrática de su mandíbula, la curva suave de sus labios que rara vez sonríen pero que, incluso así, resultan fascinantes. Hay algo en su distante frialdad que Ruby encuentra irresistiblemente atrayente, como un desafío, como un misterio esperando ser desvelado.

Faith rompe el momento apartando la mirada y dando un paso atrás, como si necesitara restablecer el espacio personal que por un momento se ha difuminado entre ellas.

—Has estado impresionante —reconoce Faith, y la sorpresa en su propio tono revela que no pretendía expresar esa admiración en voz alta.

Ruby sonríe, complacida por el cumplido inesperado.

—Gracias —responde, mientras recoge su equipo y comienza a guardarlo en la bolsa—. Me he dejado llevar un poco. Este espacio tiene algo especial que inspira.

Faith observa cómo Ruby desmonta cuidadosamente el anillo de luz y guarda el micrófono. Hay una gracia natural en sus movimientos que contrasta con su aparente caos, como si, bajo la superficie de energía desbordante, existiera un núcleo de precisión y cuidado.

—Este martes... —comienza Ruby, mirando a Faith mientras cierra su bolsa—. ¿Te parece bien que venga a grabar el reportaje sobre la librería? Sería durante el horario de apertura, para captar el ambiente real. Te haría algunas preguntas, mostraría los diferentes espacios...

Faith asiente, aunque la idea de ser grabada le resulta incómoda.

—También necesito que elijas un libro —continúa Ruby—. Uno que te guste mucho porque voy a pedirte que lo recomiendes personalmente a mis seguidores y debe ser algo real, algo que hayas leído y te haya conquistado.

La expresión de Faith se tensa visiblemente.

—¿Yo? ¿En cámara?

Ruby asiente, su sonrisa se vuelve tranquilizadora.

—Solo será un momento. Y te aseguro que tendrás un impacto enorme. Te recomendaría que te asegures de tener existencias suficientes, porque cuando lo menciones, la gente vendrá a comprarlo específicamente.

Faith parece escéptica, pero no discute.

—De acuerdo, lo pensaré este fin de semana —dice un poco inquieta.

—No te agobies —responde Ruby con una suave risa—. Cualquier libro que recomiendes será especial porque significa algo para ti.

Faith asiente, sintiendo una cálida sensación ante la comprensión en los ojos de Ruby. Es extraño cómo esta mujer, tan diferente a ella en todos los aspectos, parece entender instintivamente la profunda conexión que Faith siente con los libros.

Ambas se dirigen hacia la salida de la librería. Ruby camina delante, hablando sobre ideas para el reportaje mientras Faith la sigue, encontrándose extrañamente cautivada por la melodía de su voz y el modo en que sus mechas rojizas reflejan la luz.

Al llegar a la puerta principal, Ruby se gira con brusquedad para hacer una última pregunta justo cuando Faith da un paso más hacia ella. El movimiento repentino hace que Ruby pierda el equilibrio, tropezando con su propia bolsa.

Faith reacciona por instinto, extendiendo los brazos para atraparla. Sus manos se cierran con firmeza alrededor de la cintura de Ruby, atrayéndola contra su cuerpo para estabilizarla. Por un instante, quedan tan cerca que Faith puede contar las pecas doradas bajo los ojos de Ruby y puede sentir su respiración entrecortada contra su propia mejilla.

El tiempo parece detenerse mientras se miran, atrapadas en un momento de intimidad accidental. Faith es dolorosamente consciente del calor del cuerpo de Ruby contra el suyo, de la suavidad de su cintura bajo sus manos y del aroma a vainilla que emana de su cabello.

Ruby, por su parte, siente que su corazón late con tanta fuerza que teme que Faith pueda escucharlo. La proximidad es electrizante

y, por un instante, se pregunta cómo sería inclinarse esos pocos centímetros que separan sus labios y besarla. El pensamiento le lanza un cosquilleo por el vientre.

Faith es la primera en romper el hechizo, soltando a Ruby y dando un paso atrás, aunque sus manos parecen resistirse a abandonar su cintura.

—Deberías tener más cuidado —dice, con la voz más ronca de lo habitual.

Ruby asiente, incapaz de articular una respuesta coherente en ese momento. Respira profundamente, intentando recuperar la compostura.

—Gracias por evitar que me estrellara contra el suelo —dice finalmente, con una sonrisa un poco temblorosa—. No habría sido una buena manera de terminar la mañana.

Faith asiente, recuperando su expresión habitual de controlada indiferencia, aunque un observador atento podría notar un leve temblor en sus manos.

—Entonces, nos vemos el martes —dice Ruby, ajustando la correa de su bolsa sobre el hombro—. Gracias por toda la ayuda de hoy.

—No hay de qué —responde Faith y, por un instante, algo parecido a una sonrisa suaviza su expresión—. Hasta el martes.

Ruby sale a la calle, sintiendo el aire fresco de la mañana como un bálsamo para sus mejillas encendidas. Se gira brevemente para despedirse con la mano y ve a Faith todavía en el umbral, observándola con una expresión indescifrable.

Mientras se aleja, Ruby no puede evitar sonreír. La reina del hielo quizás no sea tan fría como aparenta.

Capítulo 8

Faith remueve el café en círculos perfectos mientras Molly la observa con una sonrisa divertida. La cafetería bulle con la actividad habitual de la mañana, pero Faith apenas registra el ruido a su alrededor. Su mente está completamente enfocada en lo que sucederá en un rato: Ruby grabará el reportaje sobre la librería.

—Estás nerviosa —afirma Molly, recostándose en la silla—. Nunca te había visto remover el café durante tanto tiempo. Vas a disolver la cuchara.

Faith levanta la mirada y arquea una ceja con desdén.

—No estoy nerviosa —responde, aunque sus dedos se tensan alrededor de la taza—. Simplemente estoy preparándome mentalmente.

—Ya, claro —Molly sonríe, mordiendo un trozo de su pastel de zanahoria—. ¿Y qué libro has elegido para recomendar? ¿Algo romántico y apasionado que refleje tus sentimientos por cierta influencer de mechas rojizas?

Faith le lanza una mirada gélida que haría retroceder a cualquier otra persona, pero Molly solo amplía su sonrisa.

—No he elegido ninguno —responde Faith secamente.

—¿Qué? ¿Cómo que no has elegido ninguno? —Molly deja caer su tenedor con un tintineo escandaloso—. Faith, es tu oportunidad de oro. Ruby dijo que la gente comprará el libro que recomiendes.

Faith suspira y deja la cuchara junto a la taza con delicadeza.

—Exactamente por eso. Si lo que dice Ruby es cierto, no me siento cómoda favoreciendo a un autor por encima de otros solo porque yo lo diga —explica con calma estudiada—. Pienso llevarla a la sección de ficción histórica, esos son los que más me gustan, y dejar que los lectores decidan por sí mismos.

Molly pone los ojos en blanco de manera tan dramática que Faith teme que se queden atascados mirando al techo.

—Solo tú podrías convertir una oportunidad de hacer dinero en un dilema ético —se queja Molly—. Es como si te ofrecieran un tesoro y tú dijeras: No, gracias, prefiero seguir siendo pobre pero moralmente superior.

—No se trata de superioridad moral —protesta Faith, aunque una parte de ella sabe que Molly tiene razón—. Se trata de integridad literaria.

—¿Integridad literaria? —Molly suelta una carcajada que hace que varios clientes giren la cabeza—. Por Dios, Faith, solo te están pidiendo que recomiendes un libro que te guste, no que jures lealtad eterna a un autor.

Faith mantiene su expresión impasible, pero un leve rubor colorea sus mejillas. Nunca admitirá que la verdadera razón es que en lugar de pensar en un libro, ha pasado todo el fin de semana obsesionada con el recuerdo de Ruby entre sus brazos, con el perfume a vainilla que emanaba de su pelo y con la forma en que sus ojos brillaban al hablar de libros. El pensamiento de estar frente a una cámara intentando articular palabras coherentes mientras Ruby la mira le resulta aterrador.

—La decisión está tomada —sentencia Faith, dando un último sorbo a su café—. Ahora debo irme. Tengo que revisar que todo esté en orden antes de que llegue.

—Claro, no querrás que la reina del TikTok encuentre un libro fuera de lugar —bromea Molly, pero su sonrisa se suaviza—. En serio, Faith, relájate un poco. Lo harás bien.

Faith asiente brevemente y se levanta, ajustando las mangas de su blusa azul marino.

—Te llamaré después —promete, y Molly sabe que lo hará, puntual como siempre.

A las once en punto, el tintineo de la campanilla anuncia la llegada de Ruby. Faith, que lleva quince minutos dirigiendo a Melissa para asegurarse de que cada rincón de la librería está impecable, levanta la vista desde detrás del mostrador.

Ruby avanza entre las estanterías como si flotara, con una sonrisa radiante que parece iluminarlo todo a su paso. Viste unos vaqueros oscuros, botas negras y una blusa verde esmeralda que acentúa el tono rojizo de sus mechas. Faith nota cómo su pulso se acelera involuntariamente.

—Buenos días —saluda Ruby, acercándose al mostrador.

—Buenos días —responde Faith, manteniendo un tono neutral a pesar del cosquilleo en su estómago—. Veo que hoy has sido puntual.

Ruby sonríe, aparentemente inmune a la frialdad de Faith.

—Te prometí que no volvería a llegar tarde, ¿no? —sus ojos recorren a Faith de arriba abajo, apreciando el traje sastre gris perla que lleva hoy—. Estás muy elegante. Perfecta para la cámara.

Faith siente un calor inesperado extendiéndose por su cuello y desvía la mirada, fingiendo revisar algo en el ordenador.

—¿Has traído todo lo necesario? —pregunta, intentando mantener la conversación en terreno seguro.

—Todo listo —confirma Ruby, levantando su bolsa—. ¿Te importa si te robo a Melissa para que grabe?

Faith le dedica una mirada fulminante, pero Ruby no se inmuta, le encanta que la mire así.

—Como no —responde Faith—. Podemos empezar cuando quieras —dice, saliendo de detrás del mostrador.

Ruby la mira directamente, y por un instante, Faith siente como si pudiera ver a través de todas sus defensas.

—Estás nerviosa —observa Ruby con voz suave—. No lo estés. Lo harás bien.

La seguridad en su tono y la calidez en su mirada, hacen que Faith se relaje un poco.

—No estoy nerviosa —miente, aunque sabe que Ruby no la cree.

Cuarenta minutos después, Faith observa fascinada cómo Ruby recorre la librería, describiendo con pasión cada sección, cada detalle arquitectónico, cada pequeña peculiaridad que hace de Conner Books un lugar único. La cámara la sigue —Melissa sostiene el móvil con sorprendente estabilidad— mientras Ruby explica la historia del

lugar, revelando detalles que Faith ni siquiera recuerda haber mencionado.

—Esta escalera —dice Ruby, acariciando el pasamanos de madera pulida— no es solo una herramienta para alcanzar los libros más altos. Es un puente entre diferentes mundos, entre historias que esperan a ser descubiertas.

Faith contiene la respiración, sorprendida por la poesía en las palabras de Ruby, por cómo ha captado exactamente lo que ella misma siente cada vez que sube por esa escalera.

Ruby se gira hacia ella con una sonrisa que ilumina toda su cara y a Faith el corazón le da un vuelco.

—Y ahora, Faith Conner, la guardiana de estas historias, nos guiará hacia su sección favorita —dice, extendiendo una mano hacia ella—. Nos revelará por qué los libros son más que palabras impresas, son puertas a otros universos.

Faith siente todas las miradas sobre ella: la de Melissa tras la cámara, la de los pocos clientes que se han quedado observando la grabación y, sobre todo, la de Ruby. Respirando profundamente, se acerca y guía a Ruby hacia el fondo de la librería, donde se encuentra la sección de ficción histórica.

—¿Por qué deberíamos elegir una de estas novelas? —pregunta Ruby, mirándola con curiosidad—. ¿Qué tienen de especial para ti?

Faith se detiene frente a la estantería, pasando los dedos por los lomos de los libros como quien acaricia a viejos amigos. Cuando habla, su voz tiene una profundidad que la sorprende incluso a ella misma.

—La ficción histórica nos permite vivir dos vidas a la vez —explica, olvidando por un momento la cámara—. Una en nuestro presente, con todas sus certezas y comodidades, y otra en el pasado, donde todo era diferente pero las emociones humanas seguían siendo las mismas. Nos recuerda que, a lo largo de la historia, las personas han amado, sufrido, luchado y soñado igual que nosotros. Eso me parece extraordinario.

Ruby la mira con los ojos como platos, claramente conmovida por sus palabras. Por un momento, el mundo parece reducirse solo a

ellas dos, conectadas por algo que trasciende el mero intercambio de palabras.

—Déjame mostrarte uno de mis favoritos —dice Ruby, sacando un libro de la estantería. Faith reconoce la portada de inmediato, una novela que ella misma ha recomendado muchas veces—. Lo leí hace unos meses y me dejó sin aliento.

Ruby abre el libro y comienza a leer en voz alta, su voz clara y melodiosa llenando el espacio entre las estanterías.

Faith se deshace por dentro. La forma en que Ruby lee, con esa pasión contenida, dando a cada palabra el peso exacto que merece, es casi hipnótica. Siente un escalofrío recorrer su espalda y, por un instante, se imagina a Ruby leyendo solo para ella, quizás en la intimidad del rincón de lectura, o incluso —y este pensamiento la sobresalta por su atrevimiento— en su dormitorio, con la luz tenue de una lámpara iluminando sus mechas rojizas.

Cuando Ruby termina de leer, sus miradas se encuentran y algo invisible pero poderoso vibra entre ellas.

—Creo que ha quedado fantástico —dice Melissa entusiasmada, devolviendo el móvil a Ruby antes de volver a su puesto cuando termina de grabar.

Ruby sonríe mientras guarda su equipo, ahora solas Faith y ella en el rincón de lectura.

—Lo has hecho genial, Faith —dice sinceramente—, y gracias por prestarme a Melissa.

Faith, todavía perturbada por la intensidad de sus emociones durante la lectura, busca refugio en su habitual frialdad.

—Supongo que estás acostumbrada a que la gente te ayude —comenta, con un tono más mordaz de lo que pretendía—. ¿Siempre utilizas a otros para que te sujeten el móvil?

En lugar de ofenderse, Ruby suelta una risita.

—Antes lo hacía mi novia —responde con naturalidad—. Pero me dejó hace unos meses, así que ahora estoy sin ayudante oficial.

Faith se queda sin aliento. Novia. Ruby ha dicho "novia", no "novio". La confirmación de lo que sospechaba hace que su corazón se acelere de forma descontrolada.

Ruby nota su reacción y se detiene, estudiando el rostro de Faith con interés renovado. Una sonrisa lenta, casi depredadora, se dibuja en sus labios.

—¿Te sorprende que tenga novia? —pregunta con voz suave, dando un paso hacia Faith—. ¿O que ya no la tenga?

Faith siente que el aire entre ellas se vuelve denso, cargado de una electricidad que amenaza con estallar en cualquier momento. Están tan cerca que podría contar las pecas casi invisibles bajo los ojos de Ruby si quisiera.

—Yo... —comienza, pero las palabras se evaporan en su garganta y el aliento se le congela cuando Ruby se le acerca de manera peligrosa.

El sonido de la campanilla seguido de una voz masculina que llama a Ruby rompe el momento.

—¡Ruby! Lo siento, ¿llego tarde?

Ruby parpadea, como saliendo de un trance, y se gira hacia la entrada del rincón de lectura. Un hombre joven, de hombros anchos y el mismo tono exacto de ojos que Ruby, las observa con curiosidad.

—James —dice Ruby, recuperando rápidamente su sonrisa habitual—. Llegas justo a tiempo. Faith, te presento a mi hermano gemelo, James. James, ella es Faith Conner, la dueña de esta maravillosa librería.

—Un placer conocerte por fin —sonríe James, extendiendo la mano hacia Faith—. Ruby no ha parado de hablar de ti y de este lugar.

Faith estrecha su mano, sorprendida por la calidez inmediata que siente hacia él. Hay algo refrescante en su franqueza, una cualidad que comparte con Ruby pero sin esa intensidad que la desestabiliza.

—El placer es mío —responde con una ligera sonrisa—. ¿Has venido a buscar a tu hermana?

—Sí, tengo un hueco libre y hemos quedado para comer —explica James—. Y si no la rescato ahora, seguro que se pone a hablar de libros y perdemos la reserva.

Ruby le da un codazo juguetón a su hermano mientras recoge su bolsa.

—Como si tú no te pasaras horas hablando de tus rutinas de ejercicio —protesta, aunque su tono es cariñoso—. Faith, gracias de nuevo. Te enviaré el vídeo en cuanto esté editado.

—Estoy deseando verlo —responde Faith, sorprendiéndose cuando su respuesta suena sincera y no mordaz.

Faith los acompaña hasta la puerta, intercambiando algunas palabras más con James, que resulta ser tan encantador como su hermana pero de una manera menos intimidante para ella. Cuando finalmente se despiden y los ve alejarse por la calle, Faith no puede evitar que su mirada se detenga un momento en Ruby, específicamente en cómo sus vaqueros se ajustan perfectamente a sus caderas y en el balanceo natural de su andar.

Cierra la puerta y respira profundamente, intentando calmar el torbellino de emociones que la invade.

Novia. Ruby tuvo novia. Y ahora está soltera.

El pensamiento la acompaña durante el resto del día, como una melodía persistente que no puede —o quizás no quiere— sacarse de la cabeza.

Capítulo 9

El reloj marca las seis y cincuenta cuando Faith abre la puerta de la librería. El cielo de Boston apenas empieza a clarear, y las calles permanecen desiertas a esta hora tan temprana. Faith ha madrugado más de lo habitual, llegando incluso antes de su horario acostumbrado. Si alguien le preguntara, diría que quiere preparar el espacio de lectura para la grabación de Ruby, pero la verdad es que lleva toda la noche con un cosquilleo en el estómago ante la perspectiva de volver a verla.

Ha pasado una semana desde que grabaron el reportaje sobre la librería. Tres días desde que Ruby lo subió a sus redes. Tres días en los que la campana de la puerta no ha dejado de sonar, trayendo consigo a más clientes de los que Faith ha visto en meses. Pero también a jóvenes que solo buscan hacerse selfies en el rincón de Ruby, como han empezado a llamarlo, y no es el rincón de Ruby, es el rincón de Faith.

Faith recorre las estanterías, asegurándose de que cada libro está perfectamente alineado. Sus dedos se detienen en el libro que Ruby leyó en voz alta. Se han vendido doce ejemplares en tres días, cuando antes pasaban semanas sin que nadie lo mirara.

El sonido de unos pasos acelerados en la acera la alerta. A través del escaparate ve a Ruby aproximándose, con el pelo ligeramente despeinado y las mejillas sonrosadas por la carrera. Faith siente que su pulso se acelera y se obliga a mantener la compostura.

La puerta se abre y Ruby entra exactamente a las siete en punto.

—Buenos días —saluda, con esa sonrisa que parece iluminar todo el espacio—. No llego tarde, ¿verdad?

Faith arquea una ceja, aunque sus labios se curvan en lo que casi podría considerarse una sonrisa.

—Justo a tiempo —responde, y algo en su tono suena casi divertido.

Ruby deja escapar un suspiro de alivio teatral y apoya su bolsa en el suelo.

—Menos mal. Me he despertado tarde y pensaba que no llegaría —confiesa, quitándose la chaqueta—. Mi hermano dice que debería comprarme tres despertadores.

Faith observa a Ruby sacar su equipo y sus movimientos son más fluidos que la semana anterior, como si ya se sintiera cómoda en el espacio.

—¿Hacia el rincón? —pregunta Ruby, levantando la mirada.

Faith asiente, y ambas caminan en silencio entre las estanterías. Faith nota cómo el cuerpo de Ruby irradia calor a su lado y su perfume a vainilla la envuelve sutilmente. Hay algo íntimo en estar a solas en la librería, como si el mundo exterior no existiera.

—¿Te gustó el vídeo? —pregunta Ruby mientras despliega su anillo de luz.

—Sí —responde Faith, recordando que lo vio cinco veces la primera noche—. Es impresionante. Captaste perfectamente la esencia de la librería.

Ruby sonríe, complacida por el cumplido.

—¿Te importaría sujetar el móvil de nuevo? —pregunta, sacando el dispositivo de su bolsillo—. El trípode sigue comportándose mal en este ángulo.

—No hay problema —responde Faith, sorprendiéndose a sí misma con la rapidez de su respuesta.

Ruby la mira con curiosidad y esboza una sonrisa.

—¿En serio? Pensaba que me costaría más convencerte— bromea, pasándole el móvil.

—No me provoques —responde Faith con frialdad, aunque algo en su mirada revela que está disfrutando de este pequeño juego entre ellas.

Faith sostiene el móvil mientras Ruby se coloca en el sillón. La luz de la mañana, más cálida que la semana anterior, crea un halo dorado alrededor de sus mechas rojizas. Cuando Ruby comienza a hablar sobre el libro de la semana, Faith se pierde en la cadencia de

su voz, en la pasión con la que describe cada personaje, cada conflicto, cada giro narrativo.

Media hora después, la grabación ha terminado. Ruby suspira, liberando toda la tensión, y se deja caer en el sillón con una sonrisa satisfecha.

—Creo que ha sido la mejor reseña que he grabado en meses —dice, estirando los brazos sobre su cabeza.

Faith le devuelve el móvil y sus dedos se rozan brevemente en el proceso, haciendo que esa chispa de electricidad que ya conocen recorre sus cuerpos.

—Todavía tenemos unos minutos antes de abrir —comenta Faith, mirando su reloj—. ¿Qué tal va todo con el vídeo de la librería? ¿Ha tenido buena respuesta? —pregunta con curiosidad.

Ruby sonríe ampliamente.

—¿Estás bromeando? Es uno de los vídeos con más interacciones que he tenido este año. A la gente le encantó, especialmente cuando hablaste sobre la ficción histórica —sus ojos brillan con algo parecido al orgullo—. Tu pasión es contagiosa, Faith.

Faith siente un calor inesperado extenderse por sus mejillas.

—He notado el aumento de ventas —admite, sentándose en el sillón frente a Ruby—. Pero también ha habido otras complicaciones.

Ruby ladea la cabeza, curiosa.

—¿Complicaciones?

—Tus fans —responde Faith con un toque de desdén—. Vienen en grupos, preguntan por ti, se hacen fotos en este rincón y se van sin comprar ni un marcapáginas.

Para su sorpresa, Ruby suelta una carcajada profunda.

—Lo siento —dice, sin parecer sentirlo en absoluto—. Pero eso es bueno, Faith. Significa que están interesados. Quizás hoy no compren, pero volverán. La primera vez es curiosidad, la segunda podría ser una compra.

Faith entorna los ojos, no del todo convencida.

—Una camarilla de adolescentes con teléfonos ruidosos no es exactamente mi público ideal.

Ruby se inclina hacia delante de manera abrupta, acortando la distancia entre ellas. Sus rodillas casi se tocan y Faith contiene la

respiración ante la proximidad.

—Los lectores se hacen, no nacen —dice Ruby con voz suave—. Yo era una de esas adolescentes escandalosas antes de descubrir a Jane Austen, y mírame ahora.

—Te miro —responde Faith sin pensar, y su tono revela más de lo que pretendía.

Algo cambia en el ambiente. La mirada de Ruby se intensifica y Faith siente que el aire entre ellas se vuelve denso. Ruby se inclina un poco más, tan cerca que Faith puede distinguir el ligero brillo dorado en sus ojos verdes.

—Faith... —comienza Ruby, pero el sonido de la puerta trasera interrumpe el momento.

—¡Faith! ¡He llegado! —la voz de Melissa resuena desde la entrada.

Faith se aparta, recuperando su espacio personal, aunque una parte de ella lamenta profundamente la interrupción.

—En el rincón —responde, y su voz suena más ronca de lo habitual.

Melissa aparece segundos después, con su energía matutina habitual.

—¡Ruby! No sabía que seguías aquí —exclama sorprendida—. ¿Has terminado de grabar?

Ruby asiente, aunque su sonrisa no llega completamente a sus ojos.

—Sí, justo ahora —responde, levantándose del sillón—. De hecho, estaba pensando en quedarme un rato cuando abráis. Quiero ver con mis propios ojos el efecto del vídeo.

Faith arquea una ceja, sorprendida por esta declaración.

—¿No tienes otros compromisos?

—Nada que no pueda esperar —responde Ruby, y hay algo en su mirada que hace que Faith sienta un cosquilleo en el estómago.

La primera hora avanza con un flujo constante de clientes. Faith observa desde el mostrador cómo Ruby deambula entre las estanterías, mezclándose con los visitantes, recomendando libros a

quien se lo pide, siempre con esa energía contagiosa que parece ser su sello distintivo.

En un momento dado, Ruby se acerca a la sección de novela rusa, donde Faith está reorganizando algunos volúmenes.

—Anna Karenina —comenta Ruby, acariciando el lomo de la edición especial que Faith acaba de colocar—. Uno de mis favoritos. Aunque siempre me rompe el corazón.

Faith la mira.

—Es fascinante cómo Tolstói consigue que empatices con una mujer que está destruyendo su vida por amor —dice, permitiéndose bajar la guardia por un momento.

—Porque todos tenemos algo de Anna en nosotros —responde Ruby, y su voz adquiere una seriedad poco habitual—. Esa capacidad para arruinarlo todo por perseguir lo que creemos que nos hará felices.

Faith está a punto de responder cuando escuchan una voz excitada al otro lado de la estantería.

—¡Te digo que es ella! ¡He visto su chaqueta! ¡Ruby Carter está aquí!

El instinto de Faith actúa antes que su razón. Sin pensar, da un paso adelante, ocultando a Ruby con su cuerpo, presionándola suavemente contra la estantería. Están en el pasillo más estrecho de la librería, parcialmente ocultas por los altos estantes.

Ruby contiene una risotada ante la reacción protectora, pero el sonido muere en su garganta cuando registra la cercanía de Faith. Su cuerpo esbelto presionado contra el suyo, el calor que emana de ella, el ligero aroma a jazmín de su perfume. Sin pensarlo, Ruby desliza sus brazos alrededor de la cintura de Faith, acercándola aún más.

Faith contiene la respiración al sentir las manos de Ruby en su cintura. Están tan cerca que puede sentir el latido acelerado del corazón de Ruby contra su pecho, ver cada pequeña peca en sus mejillas, cada destello dorado en sus ojos verdes.

—Creo que nos estamos escondiendo de tus admiradores —susurra Faith en un susurro.

—Gracias por protegerme —responde Ruby en el mismo tono bajo, con una sonrisa traviesa mientras se la come con la mirada.

La broma debería romper la tensión, pero en cambio, la intensifica. Los ojos de Ruby bajan hacia los labios de Faith y, por un instante, el mundo parece detenerse. Ruby hace girar suavemente a Faith, invirtiendo sus posiciones, presionándola ahora a ella contra la estantería.

—Faith... —murmura, inclinándose imperceptiblemente hacia ella.

Faith siente que su corazón va a estallar. Nunca ha deseado tanto algo como desea que Ruby elimine esos últimos centímetros entre ellas.

El sonido de un libro cayendo y un carraspeo intencionado las sobresalta. Un cliente está al final del pasillo, evidentemente incómodo por haber interrumpido el momento. Faith y Ruby se separan como si hubieran recibido una descarga eléctrica.

—Lo siento —murmura el cliente, recogiendo el libro caído—. No quería interrumpir.

Ruby se pasa una mano por el pelo, intentando recuperar la compostura. Faith, por su parte, se alisa la blusa con movimientos precisos, como si pudiera borrar así la sensación de las manos de Ruby en su cintura.

—Debo irme —dice Ruby finalmente.

Faith asiente, sin confiar en su propia voz para responder.

—Te veré el próximo viernes —añade Ruby, y hay una promesa implícita en esas palabras que hace que Faith sienta un escalofrío.

Por primera vez en años, Faith entra en la cafetería de Molly con dos horas de retraso —previo aviso— por supuesto. Molly la ve desde detrás del mostrador y le hace un gesto para que se siente en su mesa habitual mientras prepara su café.

Cuando Molly se acerca con las bebidas, su expresión cambia al ver el rostro de Faith.

—¿Qué ha pasado? —pregunta, sentándose frente a ella—. Pareces descompuesta.

—Estoy perfectamente —responde Faith de forma automática.

Molly la mira con escepticismo.

—Faith Conner, te conozco desde que los balcones eran de madera. Sé cuándo algo te perturba, y ahora mismo estás tan perturbada como un gato en una piscina.

Faith suspira, sabiendo que es inútil intentar engañar a Molly.

—Ruby y yo hemos estado a punto de besarnos —confiesa en voz baja—. Dos veces.

Molly abre los ojos con una mezcla de sorpresa y deleite.

—¿Dos veces? ¿Y qué ha pasado para que no haya concluido ese hecho?

—Nos interrumpieron —responde Faith, tomando un sorbo de café para ocultar su turbación—. Primero Melissa, luego un cliente.

—El universo tiene un sentido del humor retorcido —comenta Molly con una sonrisa—. ¿Y cómo te sientes al respecto?

Faith guarda silencio un momento, organizando sus pensamientos.

—Aterrada —admite finalmente—. No debería sentir esto, Molly. No por alguien como ella. Somos completamente incompatibles.

Molly extiende su mano sobre la mesa, cubriendo la de Faith en un gesto de apoyo.

—Mira, entiendo que tengas miedo después de lo que pasó con Adriana —dice con voz suave—. Pero Ruby no es Adriana. Y quizás esas diferencias que tanto te asustan sean exactamente lo que necesitas.

Faith retira su mano bruscamente.

—No quiero hablar de Adriana —dice con frialdad—. Y tampoco de Ruby. Fue un momento de debilidad. No volverá a ocurrir.

—Faith... —comienza Molly, pero su amiga ya se está levantando.

—Debo volver a la librería —dice Faith, dejando un billete sobre la mesa—. Gracias por el café.

Mientras se dirige hacia la puerta, Faith intenta convencerse de que realmente cree en sus propias palabras. Que puede controlar lo que siente por Ruby. Que puede protegerse de otro desastre emocional.

Pero la sensación de los brazos de Ruby alrededor de su cintura persiste como un fantasma cálido que se niega a desvanecerse.

Capítulo 10

El sol matutino se filtra por la ventana circular del rincón de lectura, proyectando un halo dorado sobre Ruby mientras recoge sus notas. Faith permanece de pie, con la espalda apoyada contra una estantería, observándola en silencio. La grabación de hoy ha sido particularmente intensa; Ruby ha reseñado una novela sobre dos mujeres que se enamoran en la Italia de la posguerra, y su voz temblaba ligeramente al leer los pasajes más emotivos.

La tensión entre ellas es casi palpable, como electricidad estática cargando el aire. Ninguna menciona lo que casi sucedió la semana pasada entre las estanterías. Ninguna se atreve.

Ruby guarda el libro en su bolsa con movimientos deliberadamente lentos. Faith se pregunta si está ganando tiempo, igual que ella.

—Ha quedado bien —comenta Faith, rompiendo el silencio con su voz controlada—. Tu análisis sobre el contraste entre el mundo exterior devastado y el refugio interior que construyen las protagonistas ha sido muy acertado.

Ruby levanta la mirada y sonríe.

—Gracias —responde—. Siempre me han fascinado las historias de personas que encuentran belleza en medio del caos.

Sus miradas se cruzan por un instante más largo de lo necesario, y Faith siente que su pulso se acelera. Desvía la vista hacia el reloj de pared.

—Melissa llegará en veinte minutos —comenta, como si ese dato fuera relevante para ambas.

Ruby asiente mientras cierra su bolsa.

—Entonces debería irme —dice, levantándose del sillón—. Nos vemos el viernes que viene.

Faith se aparta de la estantería.

—Te acompaño a la puerta —se ofrece, con esa cortesía formal que utiliza como escudo.

Caminan en silencio entre las estanterías y Faith es dolorosamente consciente de la presencia de Ruby a su lado, de su perfume a vainilla, del modo en que sus dedos casi se rozan al caminar tan cerca.

Están a pocos metros de la puerta cuando Ruby se detiene abruptamente. Faith se gira hacia ella para preguntarle qué hace, pero antes de que pueda articular una palabra, Ruby le coge la mano y el contacto envía una corriente eléctrica por todo su cuerpo. En un movimiento fluido, Ruby tira de ella hacia el mostrador principal. Faith siente el borde de madera contra su espalda baja, atrapada entre el mueble y el cuerpo de Ruby. Por un instante, el tiempo parece detenerse mientras sus miradas se entrelazan.

Faith no responde con palabras. Es su respiración entrecortada, el ligero temblor de sus manos, el modo en que sus ojos se desvían hacia los labios de Ruby lo que otorga el permiso.

Ruby no necesita más invitación. Se inclina hacia adelante, eliminando la distancia entre ellas, y sus labios se encuentran en un beso suave, casi reverente. Faith contiene la respiración ante el primer contacto, sorprendida por la suavidad de los labios de Ruby, por el calor que irradia su cuerpo tan cerca del suyo.

El beso comienza como una exploración cuidadosa, casi tímida. Ruby acaricia los labios de Faith con los suyos, descubriendo su textura, su sabor, como si estuviera leyendo un libro especialmente valioso. Faith responde con igual delicadeza, sus manos encontrando apoyo en los hombros de Ruby.

Pero la contención dura poco. Algo se desata en Faith, una necesidad que ha mantenido encadenada durante demasiado tiempo. Sus manos suben hasta enredarse en la melena de Ruby, atrayéndola más cerca, profundizando el beso con un gemido apenas audible. Ruby responde con la misma ferocidad. Sus manos recorren la espalda de Faith, presionándola contra su cuerpo mientras el beso se vuelve más intenso, más urgente. Sus lenguas se encuentran, explorando, saboreando, en una danza que acelera sus pulsos y nubla sus pensamientos.

Sin romper el beso, se mueven a trompicones entre las estanterías, chocando con una pila de libros que cae al suelo con un ruido sordo que ninguna registra. Faith guía a Ruby hacia su pequeño despacho en la parte trasera, un espacio íntimo que rara vez comparte con nadie.

La puerta apenas se cierra tras ellas cuando Ruby levanta a Faith por la cintura y la sienta sobre el escritorio. Los papeles perfectamente organizados se desparraman, pero a Faith no le importa. Separa las piernas instintivamente, permitiendo que Ruby se coloque entre ellas, acercándola aún más.

Ruby abandona sus labios para trazar un sendero de besos por su mandíbula, descendiendo por su cuello con una lentitud que hace que Faith se estremezca de anticipación. Sus manos exploradoras encuentran el borde de la blusa de Faith, deslizándose por debajo para tocar la piel cálida de su cintura.

El contacto directo arranca un gemido de los labios de Faith, que echa la cabeza hacia atrás, ofreciendo más acceso a su cuello. Ruby acepta la invitación, sus labios explorando la piel sensible mientras sus manos ascienden lentamente bajo la blusa.

—Ruby... —suspira Faith.

El sonido de su nombre en los labios de Faith parece encender algo nuevo en Ruby. Sus besos se vuelven más intensos, más posesivos, mientras sus manos continúan su exploración ascendente, rozando el encaje del sujetador de Faith.

De repente, Faith se tensa. Un destello de lucidez atraviesa la neblina de deseo cuando recuerda dónde están y qué hora es.

—Melissa —jadea, separándose ligeramente—. Llegará en cualquier momento.

Ruby se detiene y su respiración acelerada calienta la piel del cuello de Faith. Por un momento, parece a punto de ignorar la advertencia y continuar, pero finalmente se aparta, aunque sus manos permanecen en la cintura de Faith.

—Tienes razón —admite, con voz ronca por el deseo.

Se miran, ambas jadeantes, con los labios hinchados por los besos y el deseo todavía ardiendo en sus ojos. Faith nunca ha visto a Ruby así: con el pelo despeinado por sus propias manos, las

mejillas encendidas y los ojos brillantes de pasión contenida. La visión hace que su estómago dé un vuelco.

—Desayuna conmigo —propone Ruby de manera repentina, sus manos acariciando los muslos de Faith por encima de la ropa—. No quiero, no puedo irme así.

Faith duda. Su rutina cuidadosamente establecida incluye desayunar con Molly a las nueve, como siempre. Ya alteró eso el otro día y hacerlo de nuevo significa admitir que algo está cambiando en su vida ordenada. Pero la idea de separarse de Ruby ahora, con el sabor de sus besos todavía en sus labios, le resulta imposible.

—De acuerdo —acepta finalmente—. Conozco un sitio.

Ruby sonríe, esa sonrisa radiante que parece iluminar todo a su alrededor, y Faith siente que algo se derrite en su interior.

La cafetería que Faith elige no es la de Molly. Es un local pequeño y tranquilo a unas calles de la librería, con mesas de madera oscura y un ambiente discreto. Se sientan en un rincón, lejos de la ventana, como si ambas necesitaran ese momento de privacidad para procesar lo que acaba de ocurrir.

El beso flota entre ellas como un tema no mencionado pero imposible de ignorar. Faith se concentra en remover su café con movimientos precisos, mientras Ruby mordisquea distraídamente una tostada.

—¿Siempre has sido librera? —pregunta Ruby, rompiendo el silencio con una pregunta aparentemente inocua.

Faith levanta la mirada de su taza.

—Desde que tengo memoria —responde—. Crecí entre esas estanterías. Mi padre me enseñó a catalogar libros antes de que aprendiera a multiplicar.

Ruby sonríe, imaginando a una pequeña Faith organizando meticulosamente libros por orden alfabético.

—¿Y tú? —contraataca Faith—. ¿Cómo pasaste de ser una adolescente escandalosa, según tus propias palabras, a hacer reseñas literarias?

Ruby suelta una risita.

—Fue casi por hobby —admite—. Empecé grabando vídeos porque necesitaba compartir mi opinión sobre los libros que más me gustaban. La gente empezó a verlos, a pedirme más opiniones sobre otros libros, y simplemente siguió creciendo.

—Supongo que tener carisma ayuda —comenta Faith, sorprendiéndose a sí misma con el cumplido.

Ruby baja la mirada, tímida ante el elogio.

—Laura, mi ex, siempre decía que hablaba demasiado —dice, con una sonrisa que no llega a sus ojos—. Que mis vídeos serían mejores si fuera más concisa.

Faith siente una punzada de irritación hacia esta mujer desconocida.

—Habla, ¿por qué te dejó? —pregunta directamente, sin rodeos.

Ruby suspira, dejando su taza sobre la mesa.

—Dijo que no la valoraba, que solo me importaban los libros y mis seguidores —explica, con un deje de tristeza—. Que nunca tendría tiempo real para ella o para nuestra relación.

Faith observa cómo Ruby juega distraídamente con la servilleta, doblándola y desdoblándola.

—¿Era cierto? —pregunta en voz baja.

Ruby levanta la mirada.

—Parcialmente —admite—. Me apasiona lo que hago y le dedico mucho tiempo. Pero creo que el verdadero problema era que no estaba enamorada de ella —hace una pausa—. Al principio me dolió que me dejara, pero después me di cuenta de que me había hecho un favor. No era justo para ninguna de las dos seguir juntas.

Faith asiente, absorbiendo la información. Hay algo en la honestidad de Ruby que encuentra refrescante y aterrador a partes iguales.

—¿Y tú? —pregunta Ruby—. ¿Has tenido relaciones serias?

La pregunta hace que Faith se tense visiblemente. Imágenes de Adriana destellan en su mente: su sonrisa, sus promesas, la devastación que dejó a su paso.

—Mira la hora —dice abruptamente, consultando su reloj—. Debería volver a la librería.

Ruby parece momentáneamente desconcertada por el cambio brusco, pero asiente.

—Te acompaño —se ofrece, levantándose para pagar la cuenta antes de que Faith pueda protestar.

Caminan por las calles de Boston y un silencio incómodo se instala entre ellas. Faith sabe que ha levantado una barrera con su evasiva, pero no puede hablar de Adriana. No ahora, cuando todo es tan frágil y nuevo.

—La librería sigue teniendo buenos resultados con las reseñas, ¿verdad? —comenta Ruby, intentando retomar una conversación cómoda.

Faith asiente, agradecida por el cambio de tema.

—Las ventas han aumentado un veinticinco por ciento —reconoce—. Aunque sigo teniendo reservas sobre algunos de tus métodos.

Ruby arquea una ceja, intrigada.

—¿Mis métodos?

—Toda esa..., exposición —explica Faith, con un gesto vago de la mano—. La idea de convertir la librería en un espectáculo para las redes sociales me resulta vulgar.

Ruby se detiene, cruzándose de brazos con expresión divertida.

—¿Vulgar? —repite—. Faith, no estamos en el siglo XIX. Las redes sociales son simplemente una forma moderna de comunicación, de compartir lo que amamos.

—Son superficiales —insiste Faith—. Promueven la inmediatez, la gratificación instantánea. Los libros merecen tiempo, reflexión y profundidad.

—Y pueden tener todo eso —contraargumenta Ruby con pasión —. Pero primero la gente tiene que descubrirlos, y ahí es donde entro yo. No estoy diluyendo la literatura, estoy construyendo puentes hacia ella.

Se miran, y el debate enciende un brillo especial en los ojos de ambas. Faith se sorprende disfrutando de esta discusión, de la forma en que Ruby defiende sus convicciones sin amedrentarse ante su frialdad.

—La tradición tiene valor —insiste Faith—. Hay algo en la experiencia de entrar a una librería, tocar los libros, oler el papel, que ninguna pantalla puede replicar.

Ruby sonríe, y su irritación inicial se transforma en algo parecido a la admiración.

—Estoy completamente de acuerdo —dice, sorprendiendo a Faith —. Por eso quiero que más personas conozcan lugares como el tuyo. La modernidad y la tradición no tienen que ser enemigas, Faith. Pueden complementarse.

Llegan a la librería sin darse cuenta de lo rápido que ha pasado el tiempo. Faith ve a Melissa a través del escaparate, atendiendo a un cliente. La realidad la golpea: tiene que volver a su rutina, a su vida estructurada, aunque ahora siente que algo fundamental ha cambiado en ella.

—Debo entrar —dice, deteniéndose frente a la puerta.

Ruby asiente, estudiando su rostro como si quisiera memorizar cada detalle.

—Gracias por el desayuno —dice suavemente—. Y por el debate. Ha sido estimulante.

Antes de que Faith pueda responder, Ruby se inclina y deposita un beso suave en su mejilla, tan cerca de la comisura de sus labios que Faith siente un escalofrío recorrer su espalda.

—Hasta el viernes —murmura Ruby contra su piel antes de apartarse.

Faith se queda inmóvil, sintiendo el fantasma cálido de los labios de Ruby en su mejilla mientras la ve alejarse calle abajo. Su mano sube involuntariamente para tocar el lugar donde los labios de Ruby han estado, preguntándose qué demonios está pasando entre ellas y, más inquietante todavía, por qué no puede —o no quiere— detenerlo.

Capítulo 11

Ruby se mira en el espejo por tercera vez, evaluando críticamente su reflejo. Ha cambiado de blusa dos veces ya, y sigue sin estar segura de su elección. La verde resalta sus ojos, pero la azul combina mejor con sus mechas rojizas. Un detalle absurdo en el que nunca se fijaría normalmente, pero hoy no es un día normal. Hoy volverá a ver a Faith después de una semana completa.

Una semana desde que la besó contra el mostrador de la librería. Una semana desde que sintió cómo Faith respondía con un fervor que contradecía su apariencia fría y controlada. Una semana de preguntarse si debería haber llamado, si debería haber pasado por la librería, si debería haber hecho cualquier cosa menos esperar.

—Es solo otra grabación —se dice a sí misma, optando finalmente por la blusa verde—. Sé profesional, Ruby.

Pero su reflejo le devuelve una mirada escéptica. No hay nada de profesional en la forma en que su corazón se acelera al pensar en Faith, en cómo sus manos temblaron al sentir la suave piel de su cintura bajo la blusa, en cómo su sabor permanece como un fantasma en sus labios.

Ruby suspira y se aparta del espejo. En circunstancias normales, llamaría a James para pedirle consejo, pero su hermano tiene clase de spinning a esta hora. Lo verá más tarde, quizás entonces pueda contarle todo lo que siente, toda esta confusión que la invade cuando piensa en Faith Conner.

Se sienta en el borde de la cama para ponerse las botas y siente un escalofrío recorrer su espalda. Es una sensación extraña, como un presentimiento oscuro que no puede identificar. Sacude la cabeza, intentando deshacerse de esa inquietud que la acompaña desde que despertó.

—Solo son nervios —murmura, pero la sensación ronda sobre ella como una sombra en la periferia de su consciencia.

Recoge su bolsa con el equipo de grabación y sale del apartamento. El cielo de Boston está cubierto por nubes grises que amenazan lluvia, un reflejo perfecto de su estado de ánimo. Mientras camina hacia el metro, Ruby intenta analizar la situación objetivamente.

Si Faith quisiera fingir que nada pasó, no habría aceptado desayunar con ella piensa mientras recuerda ese debate posterior sobre tradición y modernidad, consciente de la conexión que había entre ambas.

Pero la duda persiste. Faith es un enigma, una mujer contenida que parece tener muros altos y gruesos alrededor de su corazón. El modo en que evitó hablar de sus relaciones pasadas, cómo se tensó ante la mera pregunta, hay algo ahí, una herida que Ruby apenas puede intuir.

El vagón del metro se sacude y Ruby se tambalea ligeramente. La sensación de inquietud se intensifica, como si algo dentro de ella supiera que algo va mal, aunque su mente racional no pueda identificarlo. Es una aprensión visceral que se asienta en su estómago, un nudo que se aprieta con cada minuto que pasa.

A las siete en punto, Ruby empuja la puerta de la librería. Faith ya está allí, como siempre, revisando algo tras el mostrador. Cuando levanta la mirada y sus ojos se encuentran, Ruby siente una oleada de calor que recorre todo su cuerpo, eclipsando la inquietud que la ha acompañado toda la mañana.

—Buenos días —saluda, intentando mantener un tono ligero, aunque su sonrisa no tiene la luminosidad habitual.

Faith lo nota de inmediato. Ha pasado la semana obsesionada con cada detalle de Ruby: su risa cristalina, el modo en que sus ojos brillan cuando habla de algo que ama, cómo gesticula con las manos para enfatizar un punto. Esta Ruby parece apagada de algún modo, como una bombilla a punto de fundirse.

—Hola —responde Faith, saliendo de detrás del mostrador.

Ruby se acerca y, sin darle tiempo a Faith para retroceder, deposita un beso suave en su mejilla. El gesto es breve pero íntimo, un reconocimiento silencioso de que algo ha cambiado entre ellas.

Faith siente que su piel arde donde los labios de Ruby la han tocado. Un cosquilleo se extiende desde ese punto hasta alcanzar cada extremo de su cuerpo, y tiene que hacer un esfuerzo consciente para no llevar su mano a la mejilla, para no atrapar esa sensación fantasma.

—¿Vamos al rincón? —sugiere, y su voz suena un poco más ronca de lo habitual.

Ruby asiente, siguiéndola entre esas estanterías que tanto le gustan. Faith es dolorosamente consciente de la presencia de Ruby tras ella, de cómo el aire parece vibrar con una energía que no existía antes de ese primer beso.

Una vez en el rincón de lectura, Ruby comienza a desplegar su equipo con movimientos mecánicos, carentes de su entusiasmo habitual. Coloca el anillo de luz, ajusta el trípode y saca sus notas, pero hay algo ausente en cada gesto, como si estuviera operando en piloto automático.

Faith la observa, sintiendo cómo la preocupación se mezcla con su propio nerviosismo. Durante toda la semana ha ensayado mentalmente cómo abordar lo que pasó entre ellas, cómo preguntar si ese beso significó para Ruby lo mismo que para ella. Pero ante esta versión apagada de Ruby, todas sus preguntas parecen inapropiadas y fuera de lugar.

—Ruby —dice finalmente, rompiendo el silencio con un tono suave y sorprendentemente cálido—. ¿Estás bien?

Ruby levanta la mirada de sus notas, y hay una vulnerabilidad en sus ojos que Faith no ha visto antes.

—Sí, claro —responde, pero su sonrisa es solo una línea tensa—. Solo estoy un poco distraída hoy.

Faith se acerca, sentándose en el sillón frente a ella. Es una posición similar a la que adoptaron aquel primer día, pero ahora todo es diferente entre ellas, cargado de un significado nuevo.

—No pareces tú misma —insiste Faith, sorprendiéndose con su propia franqueza—. Si es por lo que pasó la semana pasada...

Ruby parpadea, desconcertada por la mención directa del beso.

—No, no es eso —asegura con rapidez—. Es solo que tengo una sensación extraña desde que me he despertado. Como un presentimiento de que algo no va bien, aunque no puedo identificar qué es.

Faith frunce el ceño, poco acostumbrada a considerar presentimientos o intuiciones. Su mundo es ordenado, lógico, basado en hechos concretos. Pero hay algo en la expresión de Ruby que le impide descartar su inquietud.

—Quizás simplemente estés cansada —sugiere, buscando una explicación racional—. O nerviosa por la grabación.

Ruby sacude la cabeza y deja sus notas sobre la mesa auxiliar. Con un suspiro profundo, se deja caer en el sillón y cierra los ojos un momento.

—No lo sé —admite finalmente—. Es como un nudo en la boca del estómago, una angustia que no puedo explicar. Siento que algo va mal, pero no sé qué es.

Faith observa cómo Ruby se frota las sienes, claramente perturbada. Sin pensarlo demasiado, extiende su mano y la coloca sobre la de Ruby en un gesto reconfortante que resulta sorprendentemente natural.

—Sea lo que sea, estoy segura de que todo estará bien —dice, su voz suena más suave de lo habitual—. Quizás cuando termines de grabar, te sientas mejor.

Ruby mira sus manos unidas y una pequeña sonrisa, la primera de la mañana, asoma a sus labios. Está a punto de responder cuando su teléfono suena con una estridencia que las sobresalta a ambas.

Ruby mira la pantalla y frunce el ceño al no reconocer el número.

—¿Hola? —contesta, y Faith observa cómo su expresión cambia rápidamente de confusión a alarma—. Sí, soy su hermana. ¿Qué ha ocurrido?

El color abandona el rostro de Ruby mientras escucha. Sus dedos se tensan alrededor del teléfono con tanta fuerza que los nudillos se le ponen blancos. Faith siente una punzada de preocupación al ver el miedo reflejado en sus ojos.

—¿En qué hospital? —pregunta Ruby con un ligero temblor en la voz—. Sí, voy para allá ahora mismo.

Cuando cuelga, sus manos tiemblan visiblemente.

—James ha tenido un accidente de moto —dice de forma atropellada—. Está en el Hospital General. No me han dicho mucho, solo que está en urgencias.

Faith siente cómo su propio corazón se acelera ante la angustia evidente de Ruby. La ve intentar guardar sus cosas apresuradamente, con manos torpes por el nerviosismo, dejando caer el libro que iba a reseñar.

—Tengo que ir —murmura Ruby, recogiendo el libro del suelo—. Tengo que...

Sin pensarlo dos veces, Faith se levanta y toma las manos de Ruby entre las suyas, deteniendo sus movimientos frenéticos.

—Respira —le dice con firmeza pero con suavidad—. Respira, Ruby.

Ruby obedece, inhalando profundamente, sus ojos fijos en los de Faith como si buscara un ancla en medio de la tormenta.

—Voy a llevarte —decide Faith, y su tono no admite discusión—. Tengo el coche aparcado cerca. Llegaremos en diez minutos.

—Pero la librería... —comienza Ruby.

—Melissa puede encargarse —responde Faith—. Esto es más importante.

Ruby la mira con una mezcla de gratitud y sorpresa, como si no esperara este lado protector de la siempre distante Faith Conner. La librera suelta sus manos solo para rodearla con sus brazos, atrayéndola en un abrazo firme y reconfortante.

Ruby se deja envolver, hundiendo el rostro en el hombro de Faith mientras intenta controlar el temblor que recorre su cuerpo. El perfume de Faith, sutil y elegante como ella misma, la envuelve como un manto protector. Por un instante, en medio de su angustia, siente una extraña seguridad en esos brazos que nunca esperó que la sostuvieran así.

—Va a estar bien —murmura Faith contra su pelo, sorprendiéndose a sí misma con la ternura en su voz—. Vamos, te llevaré con él.

Se separan lentamente y, Faith mantiene un brazo protector alrededor de la cintura de Ruby mientras recogen lo esencial y salen del rincón de lectura. Ruby se apoya ligeramente en ella, agradecida por ese soporte físico y emocional que nunca habría esperado de la reservada librería.

Mientras atraviesan la librería hacia la salida, Faith siente una certeza absoluta de que haría cualquier cosa por borrar el miedo de los ojos de Ruby, por devolverle esa luz que parece haberse apagado temporalmente. La intensidad de ese sentimiento la asusta casi tanto como la reconforta.

Capítulo 12

El Hospital General de Boston es un edificio imponente de cristal y acero que se alza como un centinela en medio de la ciudad. Faith estaciona su Audi A4 gris perla en el aparcamiento subterráneo con la misma precisión con la que hace todo, aunque su mente está dividida entre el volante y la mujer silenciosa que se sienta a su lado.

Ruby ha permanecido callada durante todo el trayecto. Faith le ha lanzado miradas de reojo, deseando encontrar las palabras adecuadas para tranquilizarla, pero el consuelo verbal nunca ha sido su fuerte.

—Hemos llegado —anuncia Faith con suavidad mientras apaga el motor.

Ruby asiente, volviendo de algún rincón lejano de su mente donde se había refugiado. Sus movimientos son mecánicos cuando se desabrocha el cinturón y sale del coche.

El vestíbulo del hospital está iluminado con una luz fluorescente que acentúa la palidez del rostro de Ruby. Faith la guía con una mano suavemente apoyada en la parte baja de su espalda mientras se dirigen al mostrador de información. El contacto es ligero pero constante, una promesa silenciosa de que no está sola.

—Mi hermano, James Carter —dice Ruby a la recepcionista, con voz temblorosa—. Me llamaron porque tuvo un accidente de moto.

La mujer tras el mostrador teclea el nombre en su ordenador.

—Está en urgencias, segunda planta, sala de espera B —dice con eficiencia—. El médico saldrá a informarles cuando tenga noticias.

Ruby murmura un agradecimiento mientras Faith la conduce hacia los ascensores. Dentro de la cabina, el silencio se vuelve más denso, agobiante. Faith siente cómo Ruby se acerca de forma lenta, buscando proximidad y consuelo sin pedirlo abiertamente. Sin

pensarlo, Faith entrelaza sus dedos con los de Ruby, ofreciéndole un ancla en medio de su ansiedad.

La sala de espera B es un espacio rectangular con paredes de un verde claro que pretende ser relajante pero logra el efecto contrario. Filas de sillas de plástico acomodan a otras personas con rostros preocupados, todas esperando noticias de sus seres queridos. Una televisión en la esquina emite un programa de cocina con el volumen bajo, un intento inútil de distracción que nadie parece estar viendo.

Faith guía a Ruby hacia dos asientos libres en un rincón, ligeramente apartados del resto. Se sientan en silencio, aún con las manos entrelazadas. Ruby mira fijamente hacia la puerta por donde aparecerán los médicos, como si pudiera conjurar noticias a través de la fuerza de su voluntad.

—Tendría que haberle llamado esta mañana —murmura finalmente—. Sabía que pasaba algo, lo presentía.

—No hagas eso —responde Faith con firmeza—. No te culpes por algo que no podrías haber prevenido.

Ruby suspira, y su sonido está cargado de una angustia que hace que algo se apriete en el pecho de Faith.

—Siempre ha sido un temerario —continúa Ruby, como si necesitara llenar el silencio con palabras—. Desde niños. Pero también es fuerte, el más fuerte que conozco.

Sin advertencia, Ruby cambia de posición y apoya su cabeza en el hombro de Faith, buscando consuelo en la proximidad física. Faith se tensa durante un segundo, poco acostumbrada a este tipo de intimidad, especialmente en un lugar público. Pero la vulnerabilidad en el rostro de Ruby desarma sus defensas.

Con cuidado, Faith coloca su brazo alrededor de los hombros de Ruby, atrayéndola más cerca. Sus dedos, por voluntad propia, comienzan a trazar pequeños círculos en el brazo de la influencer con un gesto rítmico y reconfortante que su madre solía hacer cuando ella era pequeña y tenía miedo. Es un recuerdo tan lejano que casi había olvidado, pero su cuerpo parece recordar el consuelo que proporciona.

Ruby cierra los ojos, dejándose arrullar por esas caricias suaves. Su respiración, antes agitada, comienza a normalizarse bajo el toque

metódico de Faith.

El tiempo parece estirarse mientras esperan. Faith mantiene sus caricias constantes, centrada en el calor del cuerpo de Ruby contra el suyo, en la confianza implícita de ese abandono. Es un momento extrañamente íntimo en medio del caos hospitalario, un oasis de calma en la tormenta de preocupación.

Después de lo que parecen horas, un médico con bata blanca y expresión cansada entra en la sala.

—¿Familiares de James Carter?

Ruby se levanta de un salto con Faith siguiéndola de cerca, su mano colocada en la parte baja de su espalda en un gesto protector.

—Soy su hermana —responde Ruby—. ¿Cómo está?

—Su hermano está siendo operado en este momento —explica con tono profesional pero amable—. Tiene una fractura abierta en la tibia que necesita fijación quirúrgica. Por lo demás, está estable. Ha tenido mucha suerte; llevaba un buen casco que lo protegió de lesiones en la cabeza.

Ruby exhala un suspiro tembloroso.

—¿Cuándo podré verlo? —pregunta ansiosa.

—La operación durará al menos un par de horas más —responde el médico—. Después pasará a recuperación. Les avisaremos cuando puedan entrar a verlo.

Con un asentimiento profesional, el médico se retira, dejando a Ruby y a Faith de nuevo solas en medio de la sala de espera. Ruby se gira hacia la librera, y hay un alivio tan palpable en su rostro que Faith siente una oleada de ternura que la sorprende por su intensidad.

—Está bien —murmura Ruby, como si necesitara decirlo en voz alta para creerlo—. Va a estar bien.

Faith asiente, permitiéndose una pequeña sonrisa.

—Por supuesto.

Ruby suelta una risita y Faith observa cómo el color regresa lentamente a sus mejillas, la luz vuelve a sus ojos, y siente una satisfacción profunda al saber que el peligro ha pasado.

—¿Por qué no nos sentamos de nuevo? —sugiere la librera—. Quizás podría buscar algo de café para ambas. Parece que vamos a

estar aquí un rato.

Ruby asiente agradecida y Faith se dirige hacia la máquina expendedora que ha visto en el pasillo. Mientras espera a que el líquido oscuro llene los vasos de plástico, Faith reflexiona sobre lo rápido que ha cambiado su día. De prepararse para otra sesión de grabación a estar en un hospital, sosteniendo a Ruby a través de su miedo. Lo extraño es que no se siente fuera de lugar, como cabría esperar. Se siente como si este fuera exactamente el lugar donde debe estar.

Regresa con dos vasos humeantes y encuentra a Ruby de pie, mirando por una ventana que da al jardín interior del hospital.

—He conseguido café, aunque utilizar esa palabra para describir este brebaje es un insulto a los cafeteros de todo el mundo —comenta Faith, entregándole uno de los vasos—. Hace que el café de la máquina de la librería parezca de alta gama.

Ruby sonríe, una sonrisa pequeña pero genuina que ilumina sus ojos.

—Gracias —dice, tomando un sorbo y haciendo una mueca—. Tienes razón, esto debería ser ilegal.

Se quedan de pie junto a la ventana, en un pasillo relativamente tranquilo donde solo pasa personal médico de vez en cuando.

—Gracias por estar aquí —dice Ruby, con la voz cargada de una emoción que no intenta ocultar—. No sé qué habría hecho sin ti.

Faith aparta la mirada, poco acostumbrada a la intensidad de esos ojos que parecen ver a través de todas sus defensas.

—No tienes que agradecerme nada.

—Sí, tengo que hacerlo —insiste Ruby—. No todo el mundo habría dejado su negocio para traer a una casi desconocida al hospital.

Faith la mira entonces, sorprendida por sus palabras.

—No eres una desconocida, Ruby.

Hay algo en la forma en que Faith pronuncia su nombre, una calidez que contradice su habitual reserva, que hace que Ruby sienta un hormigueo en todo el cuerpo. Sin pensarlo, movida por la gratitud, el alivio y algo más profundo que no se atreve a nombrar,

Ruby se inclina y captura los labios de Faith en un beso suave pero intenso.

Es un beso diferente al primero que compartieron en la librería. No hay urgencia ni pasión desenfrenada, sino una ternura casi reverente, un agradecimiento silencioso, una conexión que trasciende las palabras.

Cuando se separan, ambas parecen momentáneamente aturdidas, como si hubieran olvidado dónde están y por qué. Faith parpadea con los ojos más brillantes de lo habitual, mientras Ruby se muerde ligeramente el labio inferior.

—Lo siento, yo... —comienza Ruby, pero se detiene, porque en realidad no lo siente en absoluto.

—No pasa nada —responde Faith, y hay una vulnerabilidad en su voz que Ruby rara vez ha escuchado—. No es el momento ni el lugar para hablar de esto.

Ruby asiente, comprendiendo. Hay demasiadas emociones en juego, demasiada ansiedad flotando en el aire del hospital para desentrañar lo que está sucediendo entre ellas.

—Faith —dice finalmente, cambiando de tema pero no de intensidad—. ¿Puedo preguntarte algo personal?

Faith tensa ligeramente la mandíbula, pero asiente.

—Háblame de tus relaciones anteriores —pide Ruby con suavidad —. La última vez evitaste el tema.

Faith mira su café, como si en ese líquido oscuro pudiera encontrar las palabras adecuadas. Por un instante, Ruby piensa que va a evadirse de nuevo, pero entonces Faith suspira y levanta la mirada.

—Hubo una mujer, Adriana —comienza, y levanta la mirada—. Estuvimos juntas cinco años.

Ruby escucha atentamente, dándole espacio para continuar a su propio ritmo. Faith toma un sorbo de café, ganando tiempo.

—Todo iba bien entre nosotras, o al menos eso creía yo —continúa—. Vivíamos juntas, compartíamos la rutina diaria, planeábamos vacaciones. Era feliz.

Hay algo en la forma en que dice "feliz", como si fuera un concepto lejano, un recuerdo brumoso, que hace que Ruby sienta

una punzada en el pecho.

—Decidí dar el siguiente paso —Faith habla ahora más rápido, como si quisiera terminar con esta parte de la historia lo antes posible—. Le pedí que se casara conmigo. Lo tenía todo preparado: cena en su restaurante favorito, el anillo perfecto...

Se detiene, y Ruby puede ver cómo se esfuerza por mantener su expresión impasible, aunque sus ojos revelan la herida que aún no ha cicatrizado completamente.

—Ella dijo que lo nuestro estaba bien, pero no lo suficiente como para casarnos —continúa Faith con voz plana—. Que esperaba algo diferente, algo más.

Ruby siente una oleada de indignación hacia esta mujer desconocida.

—¿Más? —repite, incapaz de contener su incredulidad—. ¿Qué podía ser más que cinco años juntas?

Faith esboza una sonrisa triste, casi imperceptible.

—Esa fue exactamente mi pregunta —responde—. Y entonces lo entendí: yo no era suficiente. Nunca lo había sido.

—Faith... —Ruby extiende su mano, cubriendo la de Faith, que descansa sobre el alféizar de la ventana.

—Terminé la relación esa misma noche —concluye Faith, su tono indicando que ha llegado al final de lo que está dispuesta a compartir—. Y desde entonces no he estado con nadie.

Ruby guarda silencio, procesando lo que ha escuchado. Ahora entiende tantas cosas: la frialdad de Faith, sus muros, su resistencia a cualquier forma de vulnerabilidad. No es solo una cuestión de personalidad; es una armadura construida a partir del dolor, un escudo para proteger un corazón que ya ha sido dañado.

—Para que lo sepas —dice Ruby—, esa mujer estaba equivocada.

Faith la mira con una mezcla de sorpresa y algo que podría ser esperanza, aunque desaparece tan rápido que Ruby no está segura de haberlo visto realmente.

—No hablemos más de esto —pide Faith, y Ruby asiente, respetando su deseo de cerrar el tema.

Las horas pasan lentamente. Vuelven a la sala de espera, intercambiando comentarios ocasionales sobre temas seguros: libros

que ambas han leído, películas que han visto, lugares de Boston que les gustan. Es una conversación superficial pero cómoda, un respiro necesario de la intensidad emocional de las últimas horas.

Finalmente, casi cuatro horas después de su llegada, el mismo médico aparece nuevamente en la sala.

—Señorita Carter —llama, y Ruby se levanta de inmediato—. Su hermano ha salido de la operación. Todo ha ido bien. Pueden pasar a verlo en la habitación 215, aunque aún está bajo los efectos de la anestesia.

Ruby suelta un suspiro de alivio tan profundo que parece venir de lo más hondo de su ser.

—Gracias, doctor —dice, estrechando su mano con fervor—. Muchas gracias.

Cuando el médico se retira, Ruby se gira hacia Faith.

—¿Quieres venir conmigo? —pregunta.

Faith niega suavemente con la cabeza.

—Creo que debería volver a la librería —responde—. Melissa debe estar preguntándose qué ha pasado. Además, este es un momento para ti y tu hermano.

—Por supuesto —dice—. Faith, no sé cómo agradecerte todo lo que has hecho hoy.

Faith hace un gesto con la mano.

—No tienes que agradecer nada.

—Sí, sí tengo que hacerlo —insiste Ruby, acercándose un paso más—. Has sido mi roca hoy.

Antes de que Faith pueda responder, Ruby se inclina y la besa de nuevo. Es un beso breve pero cargado de algo que ninguna de las dos se atreve aún a nombrar.

Cuando se separan, Faith nota que su corazón late con fuerza contra sus costillas, como si quisiera escapar de su pecho.

—Ve con tu hermano —dice suavemente—. Llámame si necesitas cualquier cosa.

Ruby asiente.

—Lo haré —promete.

Faith observa cómo Ruby se aleja por el pasillo hacia la habitación de su hermano. Solo cuando dobla la esquina y

desaparece de su vista, Faith permite que una pequeña sonrisa curve sus labios. Una sonrisa que contiene confusión y miedo, pero también, por primera vez en mucho tiempo, una chispa de esperanza.

Capítulo 13

Sentada en un sillón al lado de la cama de su hermano, Ruby revisa su teléfono por quinta vez en los últimos veinte minutos: las 10:42. Faith había dicho que llegaría sobre las once, lo que significa que podría aparecer en cualquier momento.

Con un gesto nervioso, Ruby se levanta del sillón y se acerca a la ventana, fingiendo interés en el paisaje urbano que se extiende más allá del cristal. Su reflejo le devuelve la imagen de una mujer claramente inquieta.

—Si sigues mirando tu teléfono así, va a explotar —comenta James desde la cama, su voz teñida de diversión a pesar del dolor que debe estar sintiendo—. ¿Esperas una llamada importante?

Ruby se gira hacia su hermano, intentando componer una expresión despreocupada que no logra en absoluto.

—No, solo comprobaba la hora —responde, volviendo a sentarse junto a él.

James la estudia con la intensidad que solo un gemelo puede tener, esa capacidad para leer más allá de las palabras.

—Has estado rara toda la mañana —insiste—. Más nerviosa que yo, y eso que soy el que tiene una barra de titanio en la pierna.

Ruby suspira, sabiendo que es inútil intentar ocultarle algo a James.

—Faith va a venir a visitarnos —confiesa finalmente.

—¿La librera? —pregunta James, arqueando una ceja con interés.

Ruby asiente, sintiendo un inexplicable calor ascender por sus mejillas.

—Me trajo ayer al hospital cuando recibí la llamada. Se quedó conmigo durante toda la espera.

James silba suavemente, una sonrisa formándose en su rostro pálido.

—Eso explica por qué has estado revisando tu aspecto en cada superficie reflectante de la habitación —comenta divertido—. Hay algo más que no me estás contando, ¿verdad?

Ruby se muerde el labio inferior, debatiéndose entre la reserva y las ganas de compartir lo que siente con la persona que mejor la conoce en el mundo.

—Nos hemos besado —admite finalmente—. Tres veces.

James abre los ojos con sorpresa.

—¿Tú y la reina de hielo? —pregunta, aunque no hay malicia en su tono, solo incredulidad—. Caramba, Ruby, eso sí que no me lo esperaba.

—No la llames así —protesta Ruby—. No es tan fría cuando la conoces.

James la mira con una mezcla de curiosidad y afecto fraternal.

—Te gusta de verdad, ¿no? No es solo un capricho pasajero.

Ruby suspira, rindiéndose ante la evidencia.

—Me gusta mucho —confiesa, sorprendida por la intensidad de su propia emoción—. Hay algo en ella, James... Bajo esa fachada controlada y distante hay tanta pasión, tanta profundidad. Es como un libro que solo deja leer su contraportada, pero sabes que las páginas contienen una historia fascinante.

—Vaya, ahora hablas con metáforas literarias —bromea James, pero su sonrisa es comprensiva—. Debe ser grave.

Ruby está a punto de responder cuando unos suaves golpes en la puerta la interrumpen. Su corazón da un vuelco cuando la puerta se abre y Faith aparece en el umbral, tan elegante como siempre, con un vestido de punto gris perla y un abrigo negro ligero colgado del brazo.

—Buenos días —saluda Faith, su tono es cortés pero con un matiz de calidez que Ruby ha aprendido a detectar.

Ruby se levanta tan rápido que casi tropieza con la silla, generando una mirada divertida de James. Por un instante, se queda paralizada, insegura de cómo saludar a Faith. ¿Un beso en la mejilla

sería demasiado familiar? ¿Un apretón de manos demasiado formal? ¿Un abrazo demasiado íntimo?

Faith parece igualmente indecisa, algo raro en ella. Se detiene a medio camino entre la puerta y la cama.

—Hola —responde Ruby finalmente, optando por un término medio: acercarse y darle un breve apretón en el brazo, un gesto que resulta tan torpe como suena.

James observa el intercambio con una sonrisa.

—Hola, Faith —interviene, salvando la situación—. Mi hermana me ha dicho que fuiste tú quien la trajo ayer al hospital. Gracias por cuidar de ella.

Faith se acerca a la cama, visiblemente más cómoda ahora que la conversación toma un rumbo claro.

—No hay nada que agradecer —responde con naturalidad—. ¿Cómo te encuentras?

—Como si hubiera bailado con una moto y hubiera perdido —bromea James—. Pero sobreviviré.

Faith sonríe levemente, apreciando su actitud positiva.

—Te he traído algo —dice, abriendo su bolso y sacando dos libros cuidadosamente envueltos en papel kraft con un cordel de yute—. Para que la recuperación sea más llevadera.

Ruby observa con ternura cómo Faith le entrega los libros a James. Es un gesto tan propio de ella: práctico, considerado, relacionado con su pasión por la literatura.

James mira a Ruby con una sonrisa radiante antes de volver a dirigirse a Faith.

—Has dado en el clavo. Gracias, es un detalle muy acertado.

Un silencio cómodo se instala en la habitación hasta que Ruby, incapaz de contener su deseo de estar a solas con Faith, se levanta nuevamente.

—James necesita descansar —dice, aunque su hermano parece perfectamente despierto—. ¿Te apetece ir a desayunar algo, Faith?

—Por supuesto —acepta ella, y Ruby detecta un alivio sutil en su voz—. Si a tu hermano no le importa.

James hace un gesto de desdén con la mano.

—Id tranquilas. Mi enfermera favorita está a punto de traerme el desayuno y mi dosis de calmantes. No querréis verme babear mientras duermo.

Ruby se acerca para darle un beso en la frente.

—Volveré más tarde —promete—. Intenta no coquetear demasiado con las enfermeras.

—No prometo nada —responde James con una sonrisa pícara.

La cafetería del hospital es acogedora, con amplios ventanales que dan a un pequeño jardín interior. Faith y Ruby se sientan en una mesa apartada, cada una con un café y un croissant que Faith mira con escepticismo.

—Parece que la comida es mejor que el café de las máquinas —comenta Faith, probando cautelosamente su croissant.

Ruby sonríe, sintiendo cómo la tensión del día anterior se disipa gradualmente en la familiaridad de este intercambio ligero.

—Todo es mejor que ese brebaje oscuro que apenas calificaba como líquido —concuerda, recordando los cafés que compartieron durante la espera.

Faith la observa con atención por encima del borde de su taza.

—¿Cómo estás? —pregunta con una suavidad que contradice su habitual reserva—. De verdad, ¿necesitas algo?

La pregunta coge a Ruby por sorpresa. No está acostumbrada a que la gente se preocupe así por ella; y menos alguien tan cortante como Faith Conner.

—Estoy bien —responde con sinceridad—. Mucho mejor sabiendo que James se recuperará completamente. Gracias por preguntar. Y gracias, sobre todo, por lo de ayer. No sé cómo habría afrontado todo eso sola.

—Cualquiera habría hecho lo mismo.

—No, Faith —insiste Ruby, extendiendo su mano sobre la mesa hasta rozar ligeramente los dedos de Faith—. Cualquiera no habría abandonado su negocio para llevar a una colaboradora al hospital. Cualquiera no se habría quedado durante horas en una sala de espera incómoda, ofreciendo consuelo sin palabras.

Un ligero rubor tiñe las mejillas de Faith y aparta la mirada, aunque no retira sus dedos del contacto con los de Ruby.

—Eres mucho más que una colaboradora —admite en voz baja, casi para sí misma.

El corazón de Ruby da un vuelco ante esas palabras simples pero profundamente significativas viniendo de alguien tan contenida como Faith.

Terminan de desayunar hablando de temas más ligeros: los libros que Faith le ha regalado a James, la última reseña que Ruby planea grabar cuando todo vuelva a la normalidad, los cambios sutiles en la clientela de la librería desde que comenzaron su colaboración.

Cuando sus tazas están vacías, Ruby se resiste a la idea de despedirse tan pronto.

—¿Te apetece dar un paseo? —sugiere de manera repentina—. Llevo horas encerrada en el hospital y me vendría bien estirar las piernas. Hay un parque justo enfrente.

Faith consulta su reloj, un gesto que Ruby ha aprendido a interpretar como parte de su ritual de control sobre su tiempo cuidadosamente organizado.

—Tengo tiempo —responde, y su tono sugiere que ha tomado una decisión que rompe con su rutina habitual—. Un paseo suena bien.

El parque es un pequeño oasis de verdor en medio del paisaje urbano, con senderos sinuosos que serpentean entre árboles bien cuidados y parterres de flores otoñales. Caminan una al lado de la otra dejando que sus manos se rocen de vez en cuando, enviando pequeñas descargas con cada contacto a través de la piel de Ruby.

La conversación fluye con una facilidad sorprendente. Ruby descubre que Faith tiene un conocimiento enciclopédico no solo de literatura, sino también de historia del arte, y la escucha fascinada mientras describe una exposición de pinturas que visitó en Londres años atrás.

—Deberías ver cómo capturaban la luz —explica Faith—. Es como si hubieran atrapado el sol en sus pinceles.

Ruby la observa, cautivada no tanto por el tema como por la transformación que se produce en Faith cuando habla de algo que la

apasiona. Sus gestos se vuelven más fluidos, su voz adquiere matices que normalmente mantiene controlados, y toda su postura se relaja.

—Me encantaría verlo algún día —comenta Ruby—. Quizás podríamos ir juntas a la próxima exposición interesante que llegue a Boston.

Las palabras salen antes de que pueda filtrarlas, una invitación que implica un futuro compartido más allá de sus encuentros profesionales. Faith la mira, sorprendida, pero no rechaza la idea.

—El MFA tendrá una exhibición de impresionistas franceses el mes que viene —responde después de un momento—. Podría ser interesante.

Ruby sonríe, sintiendo una burbuja de felicidad expandirse en su pecho. No es un sí definitivo, pero es una puerta abierta.

Se detienen junto a un pequeño estanque donde un par de patos nadan perezosamente. Faith se apoya en la parte trasera de un banco y Ruby se coloca frente a ella, consciente de la intimidad de su posición, de cómo están lo suficientemente cerca para que sus respiraciones se mezclen en el aire fresco de la mañana.

—Me gustas mucho, Faith —susurra—. Más de lo que esperaba.

Faith se tensa y, por un instante, Ruby teme haber ido demasiado lejos, demasiado rápido. Pero entonces Faith levanta una mano y, con delicadeza, acomoda un mechón de pelo detrás de la oreja de Ruby.

—Y tú a mí —admite en un susurro—. Y eso me asusta.

Ruby se acerca un poco más, hasta que sus cuerpos casi se tocan.

—¿Por qué? —pregunta con suavidad.

—Porque eres todo lo opuesto a mí —responde Faith con una honestidad que parece sorprenderla incluso a ella misma—. Eres caótica, espontánea y te expones al mundo sin filtros.

—Quizás por eso mismo funcionamos bien juntas —sugiere Ruby con el corazón latiendo tan fuerte que teme que Faith pueda oírlo.

Sin esperar respuesta, Ruby elimina la distancia entre ellas y atrapa los labios de Faith en un beso suave pero intenso. Por un momento, Faith permanece inmóvil, pero luego sus manos

encuentran la cintura de Ruby, atrayéndola más cerca mientras responde al beso con una pasión que desmiente su aparente frialdad.

Cuando se separan, ambas sin aliento, Faith mantiene sus manos en la cintura de Ruby, como si no quisiera romper el contacto.

—No estoy segura de estar lista para empezar algo —confiesa—. Necesito ir despacio.

Ruby asiente, comprendiendo perfectamente. Después de lo que Faith le contó sobre su relación anterior, entiende sus reservas, su necesidad de cautela.

—No hay prisa —asegura, acariciando la mejilla de Faith—. Podemos ir al ritmo que necesites. Mientras tanto...

—¿Mientras tanto? —pregunta Faith, arqueando una ceja.

Ruby sonríe, una sonrisa traviesa que ilumina sus ojos.

—Mientras tanto, me conformo con tus besos —responde divertida—. Son bastante adictivos.

Para sorpresa de Ruby, Faith suelta una carcajada, un sonido cristalino y libre que Ruby nunca había escuchado. Es una risa que transforma completamente su rostro, suavizando sus rasgos y haciendo que sus ojos brillen con una luz completamente nueva. Ruby se queda sin palabras, fascinada por esta versión de Faith que pocas personas deben haber tenido el privilegio de conocer.

—Eres obstinada —dice Faith.

—Es parte de mi encanto —responde Ruby.—. Admítelo, te gusta.

Faith no lo niega, simplemente sacude la cabeza con una sonrisa residual que hace que Ruby sienta que ha ganado algo precioso.

Cuando el teléfono de Faith suena, anunciando que es hora de volver a la librería, Ruby siente una punzada de decepción que intenta disimular.

—Te acompaño de vuelta al hospital —dice Faith mientras caminan hacia la salida del parque.

El trayecto de regreso transcurre en un silencio cómodo. Cuando llegan a la entrada del hospital, se detienen, conscientes de que deben despedirse.

—Gracias por el paseo —dice Faith.

Ruby sonríe.

—¿Te veré el viernes para la grabación? —pregunta la influencer.

—Por supuesto —responde Faith sin dudar.

Ruby se inclina y deposita un beso suave en la mejilla de Faith, muy cerca de la comisura de sus labios.

—Hasta el viernes, entonces —murmura contra su piel.

Cuando se separa, encuentra los ojos de Faith fijos en los suyos, con una intensidad que hace que su respiración se entrecorte.

—Hasta el viernes —confirma Faith.

Ruby la observa alejarse. Solo cuando Faith dobla la esquina y desaparece de su vista, Ruby se permite tocar sus propios labios, donde aún puede sentir el eco del beso de antes y sonreír como una adolescente enamorada.

Capítulo 14

Faith desliza los libros por el escáner con movimientos precisos y eficientes. La cliente frente a ella, una mujer mayor con gafas de montura gruesa, observa el proceso con interés mientras busca su tarjeta de crédito en el monedero.

—Son treinta y siete dólares con noventa y cinco centavos —informa Faith.

En el fondo de la librería, Melissa acompaña a un joven ejecutivo hacia la sección de biografías, señalando un estante específico con entusiasmo.

El vídeo que Ruby subió sobre la librería ha multiplicado la clientela; ya no son solo los habituales académicos y amantes de la literatura clásica, sino también jóvenes estudiantes, profesionales de mediana edad y, sí, adolescentes que ocasionalmente entran solo para hacerse selfies en el famoso "rincón de Ruby".

Estos últimos siguen provocándole cierta irritación —especialmente cuando se marchan sin comprar nada más que un marcapáginas—, pero incluso Faith debe admitir que la mayoría acaba hojeando algún libro, y a veces, para su sorpresa, hasta lo compran.

La clienta termina de pagar y Faith coloca cuidadosamente los libros en una de las elegantes bolsas de papel con el logo de la librería.

—Que disfrute de su lectura —se despide, entregándole la compra.

Mientras la mujer se aleja, Faith permite que su mirada se deslice hacia el reloj de pared: 16:45. Quince minutos. Su estómago se contrae con una mezcla de anticipación y nerviosismo que se ha vuelto familiar cada viernes.

Pero hoy es diferente. Ruby vendrá por la tarde, no en la madrugada silenciosa como de costumbre. Lo acordaron así para que ella pudiera pasar la mañana con James, cuya recuperación progresa adecuadamente aunque sigue hospitalizado. Faith accedió a pesar de sus reservas sobre grabar con la librería abierta y llena de clientes.

Lo que no le dijo a Ruby es cuánto echa de menos esos momentos matutinos, la intimidad de la librería vacía, esa burbuja que parecía contener solo a las dos mientras el resto del mundo aún dormía. Ahora tendrán que compartir el espacio con curiosos y clientes, y algo dentro de Faith se rebela ante la idea.

Un grupo de clientes entra, haciendo sonar la campanilla de la puerta. Faith se tensa instintivamente, pero no es Ruby. Respira hondo, ordenando a su corazón que se calme. Es ridículo, este estado de alerta constante, esta anticipación que la mantiene al borde del infarto desde que se despidieron en el hospital.

No han hablado desde entonces, solo unos breves mensajes para coordinar la hora de la grabación de hoy. Faith ha ensayado mentalmente decenas de formas de saludarla. ¿Debería fingir normalidad, como si nada hubiera cambiado entre ellas?

La campanilla vuelve a sonar y esta vez, Faith lo sabe antes de mirar. Hay algo en la forma en que el aire de la librería parece vibrar con una energía diferente cuando Ruby entra, como si incluso las partículas de polvo suspendidas en la luz de la tarde reaccionaran a su presencia. Ruby avanza entre los clientes con esa gracia natural que posee, sonriendo y saludando a alguien que la reconoce de sus vídeos. Lleva unos vaqueros negros y una blusa color burdeos que hace que su piel parezca resplandecer. Su bolsa de equipo cuelga del hombro, y su mirada recorre la librería hasta encontrar a Faith detrás del mostrador.

Faith sale de su refugio, sintiendo que abandona un territorio seguro para adentrarse en aguas desconocidas. Su cuerpo se pone rígido, incómodo en su propia piel mientras avanza hacia Ruby. Todos los saludos que ha planeado se evaporan de su mente, dejándola en blanco. Pero Ruby, como siempre, salva la situación con su naturalidad desbordante. Se acerca con paso decidido y, sin

la menor vacilación, deposita un beso suave en la comisura de los labios de Faith. Es un gesto que podría parecer casual para cualquier observador, pero que envía una corriente eléctrica por todo el cuerpo de la dueña de la librería.

—Hola —susurra Ruby, y su aliento cálido acaricia la mejilla de Faith—. Te he echado de menos.

Faith siente que el rubor le trepa por el cuello, consciente de que Melissa las observa desde un estante cercano con una sonrisa mal disimulada.

—Hola —responde con la voz más ronca de lo que pretendía—. ¿Cómo está James?

—Mucho mejor —sonríe Ruby—. Ya está amenazando con escaparse del hospital en muletas si no lo dan de alta pronto.

Faith asiente, agradecida por este tema seguro que le permite recuperar algo de su compostura habitual.

—¿Vamos al rincón? —sugiere, señalando hacia el espacio familiar donde siempre graban.

Ruby la sigue, saludando con la mano a Melissa al pasar. El rincón de lectura está parcialmente ocupado por un par de adolescentes que inmediatamente reconocen a Ruby y comienzan a susurrar entre ellas. Faith siente una punzada de irritación —su rincón, sus momentos con Ruby, invadidos por extraños— pero la suprime rápidamente.

—Chicas, ¿os importaría si utilizamos este espacio durante un rato? —pregunta Ruby con amabilidad—. Necesitamos grabar una reseña.

Las jóvenes recogen sus cosas con entusiasmo, lanzando miradas de admiración a Ruby y pidiendo tímidamente una selfie que ella concede con naturalidad. Faith observa la escena con una mezcla de fascinación y extrañeza, aún sorprendida por la facilidad con la que Ruby maneja estas interacciones sociales que a ella le resultarían tan incómodas.

Cuando finalmente se quedan solas en el rincón, Ruby comienza a desplegar su equipo con la eficiencia de la práctica. Faith se sienta en el sillón de cuero, observando el familiar ritual.

La grabación transcurre con la fluidez habitual, aunque Faith es consciente de las miradas curiosas de los clientes que pasan cerca y de los murmullos de reconocimiento. Ruby, como siempre, se transforma frente a la cámara, su energía y pasión por la literatura iluminan su rostro mientras describe la prosa evocadora del autor y los temas de búsqueda y pertenencia que recorren la novela.

Faith la observa, cautivada. Hay algo hipnótico en la forma en que Ruby habla sobre los libros, cómo encuentra belleza y significado incluso en pasajes que Faith había pasado por alto. Es como si viera la literatura a través de un prisma diferente, uno que descompone la luz en colores que Faith nunca había percibido.

Cuando terminan, Ruby revisa la grabación con expresión satisfecha.

—Ha quedado bien —declara—. Aunque echo de menos la luz de la mañana, tiene un efecto completamente diferente.

—Y la tranquilidad —añade Faith.

Ruby asiente, comprendiendo lo que Faith no dice: que echa de menos su intimidad, ese espacio que era solo de ellas.

—La próxima semana volveremos al horario habitual —promete —. James estará en casa para entonces, y ya no necesitaré pasar las mañanas en el hospital.

Faith siente un alivio irracional ante esta promesa, como si su rutina alterada pudiera volver a su eje correcto.

—¿Cómo va todo por aquí? —pregunta Ruby, sentándose en el sillón y cruzando las piernas con gracilidad—. ¿Siguen viniendo mis "fans"?

Faith no puede evitar una mueca ante la palabra, lo que hace que Ruby suelte una risita.

—Siguen viniendo —admite—. Y algunos incluso compran libros, para mi sorpresa. Las ventas han aumentado un veinticinco por ciento desde tu vídeo.

—Te lo dije —responde Ruby con una sonrisa satisfecha—. La modernidad y la tradición pueden ser buenas amigas.

Faith asiente, recordando su debate en el camino de vuelta a la librería aquel día. Parece que hubiera pasado una eternidad, aunque apenas han sido un par de semanas.

—Tenías razón —concede—. Y eso me recuerda que debo darle las gracias a mi amiga Molly por sugerirme que contactara contigo.

Un silencio cómodo se establece entre ellas, Ruby se come a Faith con la mirada mientras esta piensa que a lo mejor sí que está preparada para algo más.

—Debería irme —dice Ruby.

Faith asiente, sintiendo una punzada de decepción por no poder pasar más tiempo con ella ni atreverse a decirle que quiere verla fuera de la librería.

—Te acompaño a la puerta —se ofrece, poniéndose de pie.

Ruby la imita y recoge su bolsa. Mientras caminan hacia la puerta, Faith piensa si estaría bien invitarla a cenar a su casa. Por supuesto que sí, piensa irritada. Son dos mujeres adultas y Ruby le gusta lo suficiente como para bajar sus barreras.

—Faith —dice Ruby de repente—. ¿Te gustaría cenar conmigo mañana por la noche?

A Faith el corazón comienza a latirle muy deprisa y sonríe, sorprendida por la casualidad, y está a punto de responder cuando una voz a su espalda la congela en el sitio.

—Hola, Faith.

La sangre abandona su rostro mientras se gira lentamente. Ahí, justo detrás, está Adriana. Cinco años juntas y otros tantos separadas no han cambiado su aspecto: el mismo pelo castaño oscuro recogido en un moño elegante, los mismos ojos color ámbar, la misma postura segura y ligeramente dominante.

Por un momento, Faith es incapaz de hablar. Es como si el tiempo se hubiera detenido, como si todos los sonidos de la librería se hubieran amortiguado. Siente que está en una pesadilla, una de esas donde intentas gritar pero de tu garganta no sale ningún sonido.

—Hola, Adriana —logra articular finalmente, desprovista de toda emoción—. ¿Qué haces aquí?

Adriana sonríe, ese gesto que siempre hacía que el estómago de Faith diera un vuelco. Ahora solo siente náuseas.

—Pasaba por aquí y quería verte —responde con naturalidad, como si solo hubieran pasado unos días desde la última vez que se

vieron—. Ha pasado mucho tiempo.

Ruby observa el intercambio aturdida. No necesita que le expliquen quién es esta mujer; la reacción de Faith, esa tensión repentina en sus hombros, la forma en que su voz se ha vuelto completamente inexpresiva, lo dice todo. Esta es la mujer que rechazó su propuesta de matrimonio, la que consideró que Faith no era suficiente.

Un instinto territorial, primitivo y sorprendente, surge del interior de Ruby. Quiere interponerse entre Faith y la mujer, protegerla de cualquier daño que pueda causarle de nuevo. Pero al mismo tiempo, un miedo visceral se apodera de sus entrañas. ¿Y si Faith todavía siente algo por ella? ¿Y si la presencia de Adriana reaviva sentimientos que nunca se extinguieron completamente?

Ruby se siente de repente como una intrusa en una escena que no le pertenece, en una historia en la que no pinta nada. Observa el rostro de Faith buscando alguna señal, alguna pista sobre lo que está sintiendo. Pero la librería ha adoptado su máscara más impenetrable, esa fachada fría e inexpresiva que Ruby creía haber conseguido derribar.

—Debería irme —dice Ruby, intentando mantener un tono ligero que no revele la tormenta de emociones que la atraviesa—. Mi hermano me está esperando.

Se acerca a Faith y deposita un beso suave en su mejilla, un gesto deliberadamente íntimo que no pasa desapercibido para Adriana, cuyos ojos se entrecierran ligeramente.

—Nos vemos el viernes que viene —añade Ruby en un susurro que solo va dirigido a la librera.

Espera durante un segundo que se estira demasiado alguna reacción por parte de Faith. Una palabra, una mirada, un gesto que indique que no quiere que se vaya, que Adriana no significa nada, que quiere cenar con ella mañana por la noche, pero Faith permanece petrificada, con la mirada fija en algún punto indefinido, como si estuviera en shock.

El corazón de Ruby se contrae con una punzada de dolor mientras se aleja. No mira atrás cuando empuja la puerta y sale a la calle, aunque desea hacerlo.

Dentro de la librería, Faith sigue paralizada, atrapada entre un pasado que creía haber superado y un presente que, hasta hace cinco minutos, parecía perfecto. La pregunta de Ruby queda sin responder, suspendida en el aire porque ella no es capaz de reaccionar a tiempo.

Capítulo 15

El tiempo parece detenerse mientras Faith observa a Adriana, su mente procesa la absurda realidad de que su ex está allí, en su librería, sonriendo como si tuviera todo el derecho del mundo a aparecer después de todo este tiempo. El eco de la puerta cerrándose tras Ruby resuena en sus oídos, devolviéndola bruscamente al presente.

—Deberías marcharte —dice Faith, con la voz tan afilada que podría cortar cristal—. No entiendo qué haces aquí.

Adriana parece un poco desconcertada por la frialdad de su recibimiento, como si hubiera esperado una reacción diferente. Con rapidez recompone su expresión, ofreciendo una sonrisa conciliadora que en otro tiempo habría derretido las defensas de Faith.

—Vamos, Faith —responde, avanzando un paso—. Ha pasado mucho tiempo. ¿Por qué no nos tomamos un café y charlamos un rato? Te he echado de menos.

Esas tres últimas palabras encienden algo en Faith, una indignación que surge desde lo más profundo de su ser. La audacia, la absoluta desfachatez de decir que la ha echado de menos, como si tuviera derecho a ese sentimiento después de haberla desechado cuando le propuso matrimonio.

Sin pensar en lo que hace, Faith recorre la distancia que las separa y coge a Adriana por el brazo con firmeza. La sorpresa en el rostro de su ex es casi satisfactoria.

—Te acompaño a la salida —dice con una calma gélida mientras la guía hacia la puerta, ignorando las miradas curiosas de los clientes y la expresión atónita de Melissa desde el mostrador.

Una vez fuera, Faith suelta el brazo de Adriana y se cruza de brazos, creando una barrera física entre ellas.

—No quiero volver a verte —declara con una claridad que la sorprende incluso a ella misma—. Ni ahora, ni nunca.

Adriana parpadea, sorprendida por esta versión de Faith. La recuerda dócil, comprensiva, siempre dispuesta a ceder para evitar conflictos.

—Faith, sé que las cosas terminaron mal entre nosotras —dice condescendiente—. Pero hemos madurado, podríamos al menos...

—No —interrumpe Faith—. Te eché de menos durante meses, Adriana. Me pregunté qué había hecho mal, en qué había fallado para no ser suficiente para ti. Pero eso ya pasó.

Algo cambia en la expresión de Adriana.

—¿Tiene algo que ver con esa chica? —pregunta, inclinando la cabeza hacia la librería, refiriéndose claramente a Ruby—. La que acaba de irse.

Faith siente un impulso protector, un deseo feroz de mantener a Ruby fuera de esta conversación, lejos del juicio de Adriana.

—Esto tiene que ver con mi cordura —responde secamente—. Con respetarme lo suficiente como para no permitir que vuelvas a mi vida como si tuvieras algún derecho después de lo que dijiste, de cómo me hiciste sentir.

Hay una dureza en su tono que nunca utilizó durante su relación, una firmeza que ha desarrollado precisamente a raíz del dolor que Adriana le causó.

—No te quiero cerca —añade Faith—. No hay nada más que hablar, no vuelvas por aquí.

Adriana la mira fijamente, como evaluando si vale la pena insistir. Algo en la postura de Faith, en la determinación pétrea de su expresión, debe convencerla de que no lo es.

—De acuerdo —cede finalmente, retrocediendo un paso.

Faith no responde, simplemente mantiene su mirada firme hasta que Adriana se da la vuelta y se aleja calle abajo. Solo cuando su figura desaparece entre la multitud, Faith permite que sus hombros se relajen.

Regresa al interior de la librería, sintiendo una extraña mezcla de emociones: alivio por haberse enfrentado a Adriana, orgullo por haber mantenido su postura, pero también una angustia creciente al

recordar que Ruby se ha marchada, que ella misma ha sido incapaz de reaccionar, de detenerla.

—¿Todo bien? —pregunta Melissa.

Faith asiente.

—¿Puedes encargarte de cerrar hoy? —pregunta, dirigiéndose ya hacia su despacho—. Hay algo que debo hacer.

Sin esperar respuesta, recoge su bolso y su abrigo y sale nuevamente a la calle. Sus pasos la llevan automáticamente hacia la cafetería de Molly, como si su subconsciente hubiera decidido el destino antes que su mente.

El Café de Molly está en su habitual bullicio de media tarde, con casi todas las mesas ocupadas. Faith escanea el local y encuentra a su amiga entregando un par de cafés en una mesa cercana a la ventana.

Molly levanta la vista y su expresión cambia de la concentración a la sorpresa al ver a Faith parada en la entrada. Termina de servir y se acerca con el ceño fruncido.

—Faith, ¿qué haces aquí a esta hora? —pregunta, secándose las manos en el delantal—. ¿Ha pasado algo?

La pregunta, tan directa y cargada preocupación, casi quiebra la compostura de Faith.

—¿Podemos hablar? —le pide, y algo en su voz debe alertar a Molly sobre la gravedad de la situación.

—Claro —responde—. Deja que le diga a Kevin que cubra la barra un momento.

Minutos después, están sentadas en una pequeña mesa en el rincón más tranquilo de la cafetería con dos tazas de té humeante entre ellas. Molly observa a Faith con paciencia, dándole tiempo para organizar sus pensamientos.

—Adriana ha venido a la librería —dice finalmente—. Después de todo este tiempo, se ha presentado como si no hubiera pasado nada.

Molly inhala bruscamente. Conoce bien la historia, fue testigo del dolor que Adriana le causó, de cómo Faith se sumió en una depresión silenciosa tras la ruptura.

—¿Qué quería?

—Dijo que me echaba de menos —responde Faith con una risa seca—. Quería tomar un café.

—¿Y tú qué hiciste? —Molly se inclina hacia adelante.

—La saqué de la librería —dice Faith—. Le dije que no quería volver a verla nunca.

Una sonrisa orgullosa se dibuja en el rostro de Molly, que extiende su mano sobre la mesa para dar un apretón a la de Faith.

—Estoy tan orgullosa de ti.

—Habría cedido, lo sé —explica Faith—. Pero ya no siento nada por ella, Molly. Ni amor, ni odio, ni siquiera resentimiento. Es como si fuera una extraña.

Molly estudia a su amiga con atención, notando algo más en sus ojos, una inquietud que no corresponde con la resolución de sus palabras.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —pregunta descolocada.

Faith suspira profundamente, bajando la mirada hacia su taza.

—Ruby estaba allí cuando Adriana ha llegado —confiesa—. Me había invitado a cenar mañana por la noche, y yo...

Se detiene, luchando por encontrar las palabras.

—¿Tú qué? —presiona Molly.

—Me quedé paralizada —admite Faith con frustración—. No pude ni responderle. Se fue pensando que la estaba rechazando, o peor, que todavía siento algo por Adriana.

Molly toma un sorbo de su té, observando a Faith por encima del borde de la taza.

—Así que Ruby y tú... —deja la frase inacabada.

Faith siente un ligero calor ascender por sus mejillas, algo que hace que Molly arquee las cejas con diversión.

—Nos hemos besado algunas veces —reconoce Faith—. Y hemos hablado de intentarlo. Ir despacio.

—¿Besado? —repite Molly, claramente sorprendida—. ¿Tú y Ruby? Vaya, parece que mi pequeña idea de colaboración ha tenido resultados inesperados.

Faith no puede evitar una pequeña sonrisa ante el tono satisfecho de su amiga.

—Creo que he metido la pata, Molly —continúa, volviendo a la seriedad—. No solo me mostré insegura cuando Ruby se abrió conmigo el otro día en el parque, diciéndole que necesitaba ir despacio, sino que ahora... —sacude la cabeza—. Debí haberle dicho algo cuando se marchó, haberle echado a Adriana antes y decirle que sí quería cenar con ella.

Molly observa a su amiga con una mezcla de ternura y comprensión. En los años que llevan de amistad, nunca ha visto a Faith tan afectada por alguien, ni siquiera por Adriana.

—Faith Conner —dice con suavidad—. ¿Te estás enamorando de Ruby?

La pregunta queda suspendida entre ellas cuando la librera casi se atraganta. Faith levanta la mirada, y hay una vulnerabilidad en sus ojos que rara vez permite que otros vean.

—Creo que sí —admite un susurro—. Y me aterroriza.

La sonrisa que ilumina el rostro de Molly está llena de afecto.

—Venga… —dice, apretando otra vez la mano de Faith—. El miedo es normal. Después de lo que pasaste con Adriana, es comprensible que te asuste abrirte de nuevo.

Faith asiente, aturdida, sintiendo que sus muros se van cayendo poco a poco.

—Pero también siento que estoy saboteando algo que podría ser importante —confiesa—. Ruby es tan diferente a cualquier persona que haya conocido. Es luminosa, impulsiva, tan libre. A veces pienso que somos demasiado diferentes, que nunca funcionaría.

—O quizás es exactamente lo que necesitas —sugiere Molly—. Alguien que complemente esas partes de ti que mantienes tan controladas, que te ayude a ver el mundo de otra manera.

Faith considera las palabras de su amiga, recordando cómo se siente cuando está con Ruby: más ligera, más presente, más viva de lo que se ha sentido en años.

—¿Qué hago? —pregunta, aunque, en el fondo, conoce la respuesta.

Molly suelta una risita suave.

—Para empezar, deja de pensar tanto —la aconseja—. Llámala. Invítala a cenar. Sé sincera sobre lo que sientes, sobre tus miedos,

pero también sobre lo que quieres.

—¿Y si es tarde? —murmura Faith—. La forma en que se ha marchado hoy...

—Ruby no parece el tipo de persona que se rinde fácilmente —señala Molly—. Pero no lo sabrás si no lo intentas.

La determinación aparece en los ojos de Faith.

—Tienes razón —reconoce—. Tengo que hablar con ella.

Molly sonríe, satisfecha de ver a su amiga recuperar su resolución.

—Ahora, si me disculpas —dice, levantándose al notar a un grupo de clientes esperando para ser atendidos—. El deber me llama. Pero mantenme informada, ¿de acuerdo?

Faith asiente, agradecida por este momento de claridad que su amiga le ha proporcionado.

—Gracias, Molly —dice con sinceridad—. No sé qué haría sin ti.

—Probablemente aburrirte mucho —bromea Molly antes de alejarse hacia la barra.

Faith se queda sola en la mesa, observando el té que se enfría frente a ella. La conversación con Molly ha despejado la bruma de confusión, dejando un camino claro, aunque intimidante, frente a ella.

Saca su teléfono del bolso y busca el contacto de Ruby. Su dedo se cierne sobre el botón de llamada mientras ensaya mentalmente lo que dirá. No será fácil; las palabras nunca han sido su fuerte cuando se trata de emociones. Pero por Ruby, por la posibilidad de lo que podrían ser juntas, está dispuesta a intentarlo.

Capítulo 16

Faith abandona la cafetería de Molly con paso decidido. Sin darle tiempo a sus dudas para reagruparse, saca su teléfono y marca el número de Ruby antes incluso de llegar a la esquina.

El corazón le late con fuerza mientras escucha los tonos de llamada y, cuando está a punto de rendirse, la voz de Ruby responde al otro lado.

—¿Faith? —pregunta sorprendida.

—Ruby —Faith se detiene en medio de la acera, ignorando a los peatones que la rodean—. Me gustaría hablar contigo.

Se produce un breve silencio al otro lado de la línea.

—Te escucho —responde Ruby con voz neutra, sin rastro de su habitual alegría.

Faith respira hondo.

—Por teléfono no —aclara—. ¿Qué te parece si en lugar de cenar mañana, cenamos esta noche? En mi casa. Yo cocinaré.

La propuesta queda suspendida entre ellas, atravesando el espacio digital que las separa. Faith puede prácticamente visualizar la expresión perpleja de Ruby.

—¿Esta noche? —repite Ruby, descolocada—. Faith, ¿de qué va esto? Hace unas horas ni siquiera pudiste responderme cuando te invité a cenar.

Hay un tono herido en su voz que hace que Faith se encoja internamente.

—Lo sé, y lo siento —responde con sinceridad—. La aparición de Adriana me dejó descolocada.

—Me di cuenta. ¿Qué pasa con ella? —pregunta Ruby.

Faith cierra los ojos, consciente de lo mal que debe haberse visto todo desde la perspectiva de Ruby.

—Ven a cenar conmigo —insiste—. Y te lo explicaré todo. Te lo prometo.

Otro silencio, más prolongado esta vez. Faith puede sentir la indecisión de Ruby, su desconfianza comprensible después de lo sucedido.

—De acuerdo —accede finalmente—. ¿A qué hora?

El alivio que inunda a Faith es tan intenso que casi la marea.

—¿A las ocho? —sugiere—. Te envío mi dirección por mensaje.

—Está bien —responde Ruby, y aunque hay reserva en su voz, también hay un deje de curiosidad que Faith considera una buena señal.

La llamada termina y Faith se queda mirando su teléfono con una mezcla de anticipación y nerviosismo arremolinándose en su estómago.

A las ocho en punto, el timbre de la puerta resuena por el apartamento de Faith. Respira hondo, se alisa la blusa de seda color burdeos que ha elegido y avanza hacia la entrada.

Ruby está en el umbral, preciosa con unos pantalones negros y una camiseta verde oliva que resalta el tono cobrizo de su pelo. Sostiene una botella de vino tinto y una pequeña bolsa de papel que Faith supone que contiene algún postre. Su expresión es reservada, una cautela inusual en alguien normalmente tan abierto como ella.

—Hola —saluda Faith, intentando controlar el temblor ligero de su voz—. Pasa, por favor.

Ruby entra y Faith observa cómo su mirada se detiene en los detalles: las estanterías repletas de libros que cubren prácticamente una pared entera, organizados no por autor o género sino por color, creando un degradado que va del blanco al negro pasando por todos los tonos del arcoíris; los cojines de terciopelo en tonos joya que contrastan con el sofá de lino gris; las lámparas de latón con pantallas de colores cálidos o las fotografías enmarcadas de paisajes que Faith ha capturado en sus viajes.

—Tu casa es preciosa —comenta Ruby sorprendida—. No es lo que esperaba.

Faith arquea una ceja, intrigada.

—¿Y qué esperabas?

Ruby se encoge de hombros y sonríe con timidez.

—No lo sé. Algo más minimalista, supongo. Más frío.

—Como yo —completa Faith, sin ofenderse.

—No quería decir eso —se apresura a aclarar Ruby.

—Lo sé —Faith sonríe—. Y no te culpo. Mi fachada exterior no suele invitar a descubrir lo que hay debajo.

Se produce un momento de silencio, la tensión entre ellas es palpable. Faith da un paso adelante y coge la botella y la bolsa de las manos de Ruby, rozando intencionadamente sus dedos.

—He traído vino —dice Ruby, señalando lo obvio—. Y galletas de mantequilla de una panadería cerca de mi apartamento.

—Gracias —responde Faith—. Las galletas serán perfectas con el tiramisú casero que he preparado.

Ruby parpadea, sorprendida de nuevo.

—¿Haces repostería?

Faith suelta una risa suave.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, Ruby —responde misteriosa.

Se saludan formalmente, un beso breve en la mejilla que está lejos de los encuentros apasionados que han compartido últimamente. El contacto es como una corriente eléctrica bajo la piel de Faith, un recordatorio de lo que desea recuperar esta noche.

—La cena estará lista en unos minutos —dice, dirigiéndose hacia la cocina abierta—. ¿Te apetece una copa de vino mientras tanto?

Ruby asiente, siguiéndola hasta la isla de la cocina, donde toma asiento en un taburete alto. Faith saca dos copas de cristal de un armario y descorcha la botella que Ruby ha traído, un Malbec argentino.

—Huele delicioso —comenta Ruby, observando la cacerola que burbujea sobre el fuego—. ¿Qué has preparado?

—Risotto de champiñones silvestres —responde Faith, sirviendo el vino—. Espero que te guste.

—Me encanta el risotto —dice Ruby, aceptando la copa que Faith le ofrece.

Sus dedos se rozan de nuevo durante el intercambio, y ambas retiran la mano, quizás demasiado rápido. Faith toma su propia copa y se apoya contra la encimera, frente a Ruby.

—Quiero disculparme por mi reacción de esta tarde —comienza algo nerviosa—. La aparición de Adriana me cogió completamente por sorpresa.

Ruby la mira por encima del borde de su copa, expectante.

—Lo entiendo —responde—. Debe haber sido impactante verla después de tanto tiempo.

Faith asiente, agradecida por su comprensión.

—Lo fue —admite—. Desde que lo dejamos he temido ese momento, preguntándome cómo reaccionaría, si todavía sentiría algo por ella.

Se detiene, tomando un sorbo de vino para darse valor.

—¿Y? —presiona Ruby—. ¿Descubriste lo que sentías?

Faith levanta la mirada, encontrando los ojos atemorizados de Ruby.

—Descubrí que no siento absolutamente nada por ella —declara con certeza—. Ni amor, ni odio, ni siquiera resentimiento. Es como si fuera una completa extraña.

Ruby suelta el aliento que parece haber estado conteniendo.

—¿De verdad?

—De verdad —confirma Faith—. Le pedí que se marchara y que no volviera.

Se acerca un paso hacia Ruby, dejando su copa sobre la isla.

—En cambio —continúa, bajando la voz—. Hacia ti siento de todo.

Ruby casi se atraganta con el vino y sus ojos se abren con sorpresa ante la franqueza de Faith.

—¿Todo? —repite en un susurro.

Faith rodea la isla con pasos lentos, deliberados, sin dejar de mirar a Ruby. Hay una intensidad en su expresión que hace que la influencer se enderece en el asiento.

—Todo —confirma Faith, deteniéndose justo frente a ella—. Fascinación. Admiración. Deseo.

Extiende una mano y la coloca suavemente sobre la de Ruby que descansa en la superficie de mármol.

—Me estoy enamorando de ti, Ruby —confiesa, sorprendiéndose ella misma—. Y ya no quiero ir tan despacio como te dije.

Por un instante, Ruby parece completamente paralizada, como si no pudiera procesar lo que está escuchando. Luego, muy despacio, una sonrisa comienza a formarse en sus labios, iluminando todo su rostro.

—Faith —dice, con una mezcla de asombro y diversión—. ¿Acabas de decirme que estás enamorada de mí?

Faith siente el calor ascender por sus mejillas, pero sostiene la mirada de Ruby sin vacilar.

—Eso parece —confirma, con una pizca de su habitual sequedad.

La risa de Ruby es como música, brillante y libre, disipando la última tensión que quedaba entre ellas.

—Yo también me estoy enamorando de ti —admite, girando su mano para entrelazar sus dedos con los de Faith—. A pesar de tu frialdad aparente. O quizás debido a ella.

Faith tira suavemente de su mano, instándola a ponerse de pie. Cuando Ruby lo hace, quedan a centímetros de distancia.

—Entonces, ¿me perdonas por lo de esta tarde? —pregunta Faith, con un tono de voz más vulnerable de lo que nunca ha permitido que otros escuchen.

Ruby responde acercándose aún más, eliminando el espacio entre ellas. Todo comienza con un roce accidental, o no tanto, porque Ruby se inclina y la besa. No hay duda ni titubeo. Es un beso que arde. A trompicones llegan hasta el sofá y Ruby intensifica el beso. Faith responde al instante, aferrándose a su cintura hasta sentarla sobre sus piernas cuando se deja caer sobre el cojín. El peso de Ruby sobre su cuerpo hace que Faith gima, un sonido que la hace temblar. Las bocas se buscan sin control, abiertas y desesperadas, como si no pudieran saciarse.

Las manos de Ruby recorren la espalda de Faith con prisa, con hambre. Faith desliza sus dedos bajo la camiseta de Ruby, explorando su piel como si necesitara memorizarla. El sofá cruje bajo ellas mientras sus cuerpos se retuercen para encajar mejor.

Ruby separa los labios de Faith solo lo justo para jadear su nombre, para mirarla como si no pudiera creer que esto está pasando por fin, pero no dice nada más. En cambio, se quita la camiseta de un tirón, exponiéndose sin vergüenza. Faith la mira con el pecho agitado, los ojos oscuros y un deseo evidente. Le acaricia la cintura y sube lentamente, como si cada centímetro fuera sagrado. La toca como si temiera que Ruby fuera a desaparecer. Cuando Ruby se inclina otra vez sobre ella y sus caderas empiezan a moverse, todo cambia. El ritmo crece, se vuelve insistente y crudo. Faith le responde con las uñas hundiéndose en su piel, con la boca en su cuello, en sus pechos, murmurando palabras que se pierden entre suspiros.

Los sonidos en el salón cambian. Se hacen más intensos, más reales. Jadeos, respiraciones que se aceleran, los gemidos de Ruby mientras se curva sobre ella, cada vez más cerca del abismo. Faith la guía moviendo sus dedos dentro de ella a un ritmo constante. Cuando Ruby llega al orgasmo, es como una tormenta. Su cuerpo se tensa y se arquea, se agarra con fuerza a los hombros de Faith y se deja llevar. Minutos después, en una explosión de calor y alivio, de vértigo y placer, Faith la sigue mientras los labios de Ruby se mantienen adheridos a su sexo. Cierra los ojos y exhala, con el cuerpo temblando y el corazón desbordado.

—Creo que la cena puede esperar un poco más —murmura Ruby, tan relajada que no puede moverse.

Faith asiente, consciente de que, si intenta levantarse, le fallarán las piernas.

—Háblame más sobre esos sentimientos —pide Ruby con una sonrisa traviesa, acariciando el rostro de Faith con dedos ligeros como plumas.

Faith captura su mano y deposita un beso en su palma, un gesto sorprendentemente tierno.

—Prefiero mostrártelos otra vez, por si no te ha quedado claro hace un momento —responde con una seguridad que contradice el tumulto de emociones en su interior.

El tiempo parece dilatarse mientras se exploran de nuevo, cada caricia más osada que la anterior. Cuando Faith finalmente se aleja

lo suficiente para mirar a Ruby a los ojos, hay una vulnerabilidad en su expresión que conmueve profundamente a la joven booktuber.

—Nunca había sentido esto —confiesa Faith en un susurro—. Esta intensidad, esta conexión.

Ruby acaricia su mejilla con infinita ternura.

—Yo tampoco —admite—. Es como si siempre hubiera estado buscándote sin saberlo.

Faith sonríe, una sonrisa que transforma completamente su expresión, suavizando las líneas que normalmente mantiene tan controladas.

—Ven aquí —murmura, atrayendo a Ruby para otro beso.

Una hora más tarde, Faith se levanta del sofá envuelta en una camisa blanca que le llega a mitad del muslo y se dirige a la cocina para rescatar el risotto que milagrosamente no se ha quemado. Ruby la observa desde el sofá, vistiendo únicamente su ropa interior y su camiseta.

—Estás muy sexy haciendo de chef —bromea, ajustándose los botones de la camisa.

Faith le lanza una mirada por encima del hombro, una ceja perfectamente arqueada en un gesto característico.

—Si sigues mirándome así, la cena volverá a retrasarse —advierte divertida.

Ruby se ríe, levantándose para unirse a Faith en la cocina. Se coloca detrás de ella, rodeando su cintura con los brazos y apoyando la barbilla en su hombro.

—Huele exquisito —comenta, depositando un beso ligero en el cuello de Faith—. Y no me refiero solo al risotto.

Faith gira la cabeza lo suficiente para capturar los labios de Ruby en un otro beso.

—Ayúdame a servir —le pide—. Estoy muriéndome de hambre.

Preparan la mesa juntas, moviéndose en una sincronía sorprendente para dos personas que acaban de compartir su primera intimidad. Ruby encuentra los platos sin necesidad de preguntar, Faith sabe exactamente cómo le gusta el vino a Ruby.

Se sientan una frente a la otra, sus piernas desnudas ocasionalmente rozándose bajo la mesa. La conversación fluye con facilidad, salpicada de risas y miradas cómplices.

—Esto está increíble —elogia Ruby tras el primer bocado—. En serio, ¿hay algo que no hagas bien?

Faith sonríe.

—Muchas cosas —responde con honestidad—. Pero la cocina siempre ha sido un refugio para mí.

—Un refugio —repite Ruby, reflexiva—. Como los libros.

Faith asiente, sorprendida por la perspicacia de Ruby.

—Exactamente como los libros —confirma—. Lugares donde puedo controlar las variables, donde sé exactamente qué esperar si sigo las reglas.

—¿Y yo? —pregunta Ruby con una sonrisa juguetona—. ¿Soy un refugio o una tempestad?

Faith la mira largamente, tomándose su tiempo para responder.

—Eres ambas cosas —dice finalmente—. Y eso es lo que te hace tan especial.

Ruby extiende su mano sobre la mesa, palma hacia arriba, una invitación. Faith coloca la suya encima sin dudar.

—Me alegra que me llamaras hoy —confiesa Ruby—. Estaba convencida de que... bueno, de que Adriana había cambiado las cosas entre nosotras.

—Lo hizo —responde Faith—. Me ayudó a darme cuenta de lo que realmente quiero. De a quién realmente quiero.

—¿Sabes qué estoy pensando? —pregunta Ruby, una chispa traviesa en sus ojos.

—¿Qué? —responde Faith, aunque la sonrisa que se dibuja en sus labios sugiere que quizás ya lo sabe.

—Que el tiramisú puede esperar hasta mañana junto a las galletas.

Capítulo 17

Faith recorre la librería con la mirada, asegurándose de que todo esté en orden antes de marcharse. Los libros perfectamente alineados, el mostrador impecable, las luces reguladas para crear ese ambiente acogedor que tanto aprecia.

Sus dedos juguetean inconscientemente con el collar que ha elegido para esta noche, un gesto que delata su inquietud. Ha quedado con Ruby a las siete en un pequeño bistró italiano en Beacon Hill, uno de sus lugares favoritos en la ciudad. La reserva la hizo hace tres días, justo después de aquella noche en su apartamento, cuando Ruby se marchó al amanecer con una sonrisa que iluminaba toda su cara y la promesa de verse pronto.

Desde entonces, han intercambiado mensajes constantemente. Es una sensación extraña para ella, este cosquilleo constante, esta anticipación que la mantiene distraída incluso durante sus tareas más rutinarias. Ha elegido un vestido azul oscuro que realza sus ojos, un poco más atrevido de lo que suele usar, con un escote discreto pero sugerente. Su melena, normalmente recogida en un moño, cae suelta sobre sus hombros en suaves ondas.

Faith recoge su bolso del cajón inferior del escritorio, donde lo ha guardado para que no estorbe. Dentro lleva un pequeño neceser con lo esencial para pasar la noche fuera de casa. Aunque no han hablado explícitamente de ello, Faith espera pasar la noche con ella, lo que no sabe es dónde. La idea la hace sonrojar ligeramente. En su mente ha ensayado docenas de frases, desde las más directas hasta las más elaboradas. Todas suenan artificiales o demasiado atrevidas en su cabeza, y sabe que probablemente terminará diciendo algo completamente diferente cuando llegue el momento.

—Parezco una colegiala —se reprende, ajustándose el abrigo negro que completa su atuendo—. Ridículo.

Pero lo cierto es que no puede evitarlo. Desde aquella noche con Ruby, algo ha cambiado en ella. Es como si una puerta que llevaba años cerrada hubiera sido abierta de golpe, dejando entrar una luz cegadora. Una luz que ilumina rincones de sí misma que había olvidado que existían: su capacidad para la espontaneidad, para la risa sincera, para el deseo sin reservas.

Cada vez que piensa en los momentos íntimos que compartieron, en la forma en que sus cuerpos encajaban perfectamente, en cómo Ruby la miraba como si fuera lo más precioso del mundo, siente una oleada de calor que recorre todo su cuerpo. Nunca, ni siquiera con Adriana, había experimentado esa sensación de entrega total, de conexión que trascendía lo físico.

Se dirige hacia la puerta principal, donde Melissa está atendiendo a un cliente indeciso que examina la contraportada de varios ejemplares de romance contemporáneo. La joven asistente levanta la vista al notar su presencia y le dedica una sonrisa cómplice. Faith se pregunta, no por primera vez, si su estado de ánimo es tan evidente para todos.

—¿Todo listo para irme? —pregunta a Melissa, intentando mantener un tono profesional a pesar de la excitación que siente.

—Todo bajo control —responde Melissa, levantando un pulgar discretamente—. Disfruta de tu cita.

Faith asiente, permitiéndose una pequeña sonrisa.

—Cerrarás a las ocho, ¿verdad? —confirma tontamente.

—Como siempre —asegura Melissa, antes de volver su atención hacia el cliente, que finalmente parece haber decidido qué libro llevar.

Faith se gira para marcharse cuando la voz de Melissa la detiene nuevamente.

—Por cierto, ¿es cierto que Ruby se muda a Nueva York?

La pregunta cae como un rayo en un cielo despejado. Faith se queda completamente inmóvil, con la mano congelada sobre el pomo de la puerta.

—¿Qué has dicho? —pregunta, girándose lentamente para mirar a su empleada.

Melissa, ajena al impacto que sus palabras han causado, señala su teléfono móvil que descansa sobre el mostrador.

—Estaba viendo el último vídeo que subió Ruby esta tarde, el de ese libro ucraniano que está de moda —explica—. Y en los comentarios hay gente preguntando si es verdad que una gran editorial de Nueva York le ha hecho una oferta para trabajar con ellos.

Faith siente cómo el suelo parece moverse bajo sus pies.

—¿Qué dice Ruby al respecto? —consigue preguntar, manteniendo un tono neutro que no refleja la tormenta que se ha desatado en su interior.

—Ese es el detalle —responde Melissa, frunciendo ligeramente el ceño mientras desliza el dedo por la pantalla—. No ha respondido a ninguno de esos comentarios, aunque normalmente contesta a todo el mundo. Hay bastantes personas mencionándolo, parece que el rumor está circulando.

Faith asiente de forma mecánica, procesando la información. La idea de Ruby mudándose a Nueva York, a más de trescientos kilómetros de distancia, justo cuando acaban de encontrarse, le provoca una sensación de vacío en el estómago.

—No lo sé —responde finalmente—. Seguramente son rumores.

Sin esperar respuesta, sale de la librería, necesitando urgentemente el aire fresco de la tarde para aclarar sus pensamientos caóticos. Camina con paso firme hacia la parada de taxi más cercana, mientras su mente trabaja de manera frenética.

¿Desde cuándo tiene Ruby esta oferta? ¿Por qué no se lo ha mencionado? Han pasado juntas momentos íntimos, han compartido confidencias, se han declarado sus sentimientos, ella se ha abierto en canal..., ¿y Ruby ha estado ocultándole algo tan importante todo este tiempo?

O quizás, y este pensamiento le duele aún más, quizá para Ruby no ha sido más que un entretenimiento pasajero, un romance local antes de dar el salto a las grandes ligas en Nueva York. Tal vez ni siquiera considere que deba informarle de sus planes, porque en realidad, ¿qué son ellas? ¿Unas cuantas citas, unos besos, una noche de pasión?

Para cuando llega al restaurante, sus pensamientos han construido escenarios cada vez más oscuros. Ve a Ruby esperándola en una mesa junto a la ventana, preciosa con un vestido verde esmeralda que realza su pelo cobrizo. Al verla, Ruby sonríe ampliamente y se levanta para recibirla con un beso que Faith acepta como si fuera un robot.

—Estás preciosa —elogia Ruby—. Me encanta verte con el pelo suelto.

—Gracias —responde Faith, sentándose y desplegando la servilleta sobre su regazo con movimientos precisos—. Tú también estás muy bien.

La cena transcurre en una especie de bruma para Faith. Ruby habla animada sobre su día, sobre la última edición de su vídeo, sobre su hermano James que finalmente ha sido dado de alta y está recuperándose en casa. Faith escucha y responde, sonríe en los momentos adecuados, hace las preguntas que se esperan de ella, pero una parte de su mente está constantemente alerta, esperando que Ruby mencione Nueva York, la oferta y sus planes de futuro.

Pero Ruby no dice nada al respecto. Habla de un festival literario en Cambridge el mes próximo, de una firma de libros a la que le gustaría asistir juntas, incluso menciona vagamente planes para las vacaciones de Navidad. Planes en Boston, planes que las incluyen a ambas. Como si no estuviera contemplando mudarse a cientos de kilómetros de distancia.

A medida que avanza la velada, Faith siente cómo sus defensas, esos muros que había bajado con tanta dificultad durante las últimas semanas, comienzan a erigirse de nuevo. Es un mecanismo de protección instintivo, una armadura contra el dolor que anticipa.

—Así que le dije que si quería hacer una reseña honesta, tenía que terminar el libro primero, no solo leer la sinopsis en internet —está diciendo Ruby, gesticulando mientras relata una anécdota sobre un colega booktuber.

—Lógico —responde Faith, más cortante de lo normal—. Aunque dudo que la honestidad sea una prioridad para alguien que pretende opinar sobre libros que no ha leído.

Ruby parpadea, sorprendida por la dureza del comentario.

—Bueno, está empezando —lo defiende—. Todos cometemos errores al principio.

—Supongo —concede Faith, tomando un sorbo de su vino—. Aunque hay errores que denotan falta de respeto por la profesión.

Se hace un silencio incómodo. Ruby estudia el rostro de Faith con atención, como intentando descifrar qué ha cambiado en las últimas horas.

—Faith, ¿estás bien? —pregunta finalmente—. Pareces distante.

Faith considera la pregunta. Podría confrontarla ahora mismo, preguntarle directamente sobre Nueva York, exigirle una explicación. Pero ¿con qué derecho? No son nada oficial, no tienen ningún compromiso formal. Y, además, una parte de ella teme la respuesta.

—Estoy bien —miente, esbozando una sonrisa que le sale forzada —. Solo un poco cansada. Ha sido una semana intensa en la librería.

Ruby no parece convencida, pero no insiste. La conversación continúa, ahora con un elemento de cautela por parte de ambas. Faith intenta suavizar su tono, ser la persona que era hace apenas unas horas, pero cada vez que está a punto de lograrlo, el pensamiento de Ruby marchándose sin explicación regresa como una ola helada.

Cuando finalmente pagan la cuenta y salen del restaurante, el aire nocturno de Boston las recibe con una brisa fresca. Ruby se acerca a Faith, entrelazando su brazo con el de ella en un gesto íntimo que ahora le parece dolorosamente dulce.

—¿Te gustaría venir a mi apartamento? —propone Ruby sin florituras.

Es exactamente lo que Faith ha estado deseando todo el día, lo que había planeado en su cabeza una y otra vez. Pero ahora, con la sombra de Nueva York cerniéndose sobre ella, la idea de compartir esa intimidad, de volverse aún más vulnerable, resulta insoportable.

—Creo que paso por esta noche —responde, evitando mirar directamente a Ruby—. No me encuentro muy bien. Quizás otro día.

La decepción en el rostro de Ruby es evidente, mezclada con una creciente preocupación.

—¿Segura? Podría prepararte un té, no tenemos que...

—Estoy segura —interrumpe Faith con más firmeza de la necesaria—. Ha sido un día largo. Necesito descansar.

Ruby asiente, cada vez más confundida por este cambio de actitud.

—Te acompaño a buscar un taxi entonces —se ofrece.

—No es necesario —responde Faith, ya retrocediendo un paso—. Hay una parada justo en la esquina.

Ruby se acerca para despedirse con un beso, dirigiéndose automáticamente a sus labios como han hecho docenas de veces en los últimos días. Faith, en un movimiento instintivo de autoprotección, gira ligeramente la cabeza, haciendo que el beso aterrice en su mejilla.

—Te llamaré mañana —dice, forzando una pequeña sonrisa antes de dar media vuelta y alejarse calle abajo.

Puede sentir la mirada de Ruby clavada en su espalda mientras se aleja, una mirada confundida y herida. Una parte de ella anhela darse la vuelta, correr hacia ella, confesarle sus miedos, preguntarle directamente sobre Nueva York. Pero el miedo a la confirmación, a que sus temores se hagan realidad, la mantiene caminando en dirección opuesta.

Ruby permanece inmóvil en la acera, observando cómo la figura de Faith se desvanece en la distancia. Su expresión refleja desconcierto y una creciente preocupación. Algo ha cambiado radicalmente desde la última vez que se vieron, algo ha alterado a Faith, pero no tiene ni la más remota idea de qué puede ser. Lo único que sabe es que la mujer que se aleja ahora no es la misma que la besaba apasionadamente en su apartamento hace apenas unos días.

—¿Qué demonios acaba de pasar? —murmura para sí misma, sintiendo cómo una inquietud profunda se instala en su pecho.

Capítulo 18

El otoño bostoniano se despliega en todo su esplendor mientras Faith avanza entre los pasillos del supermercado. Hojas secas se arremolinan en la entrada, traídas por el viento fresco que anuncia la proximidad del invierno. Su carrito contiene apenas lo esencial: té, galletas digestivas, una botella de vino tinto y algunos productos básicos para preparar cenas solitarias durante la semana.

Las últimas dos semanas han sido un ejercicio de evasión meticulosa. Ha reorganizado los horarios de la librería, inventado compromisos inexistentes y reducido su comunicación con Ruby a mensajes breves y asépticos. Incluso canceló la grabación del viernes pasado, algo impensable hace un mes, alegando una reunión urgente con su contable.

Mientras selecciona una manzana verde, examinándola con más atención de la necesaria, repasa mentalmente la última serie de mensajes entre ellas:

«¿Seguro que todo está bien? Hace días que apenas hablamos». Ruby, siempre directa, siempre percibiendo lo que otros intentan ocultar.

«Todo bien. Solo ocupada con la librería». Su respuesta, aunque no es una mentira, está muy lejos de ser la verdad.

El rumor sobre el traslado de Ruby a Nueva York ha crecido hasta convertirse en una certeza en las redes sociales. Faith, quien nunca antes había prestado atención a estos espacios digitales, ahora revisa compulsivamente los perfiles de Ruby, buscando confirmación de lo que ha escuchado. Según los comentarios más recientes, la oferta es para dirigir la estrategia de contenido de una de las editoriales más importantes del país.

Y Ruby sigue sin decir nada. Ni a sus seguidores, ni a ella.

Faith paga sus compras y sale del establecimiento, el peso de las bolsas en sus manos se parece al que siente en su pecho. Está tan absorta en sus pensamientos que al principio no registra la figura que se acerca a la entrada del supermercado. Cuando finalmente levanta la mirada, el corazón le da un vuelco. Ruby está allí, hermosa como siempre con una bufanda multicolor alrededor del cuello y el pelo con mechas cobrizas recogido en una coleta desenfadada.

Sus miradas se cruzan y es demasiado tarde para fingir que no la ha visto, para dar media vuelta y escapar hacia su coche. Ruby sonríe, esa sonrisa luminosa que hace que algo se derrita dentro de Faith, y se acerca con paso decidido.

—¡Faith! —exclama, entre sorprendida y complacida—. Qué casualidad.

—Hola, Ruby —responde Faith, seca como el desierto.

Ruby se inclina para darle un beso, un gesto que hasta hace poco habría sido natural entre ellas. Faith vuelve a girar un poco la cabeza, transformando lo que debería haber sido un saludo íntimo en uno distante, meramente social. No pasa desapercibido para Ruby, cuya expresión se ensombrece.

—¿Cómo estás? —pregunta la influencer, intentando mantener la compostura—. Hace días que apenas sé de ti.

—He estado ocupada —responde Faith, repitiendo la excusa ya desgastada—. Ya sabes, inventarios, contabilidad...

Ruby la mira directamente con una determinación que Faith no había visto antes.

—Tenemos que hablar —declara sin rodeos—. Y me da igual que estés ocupada.

Faith siente cómo su máscara de indiferencia comienza a resquebrajarse ante la intensidad de esa mirada.

—Tengo que llevar la compra a casa —se excusa aturdida.

—Después —responde Ruby—. Mete tus cosas en el coche y sígueme. Vivo a cinco minutos de aquí.

—No creo que...

—Por favor —la interrumpe Ruby—. Solo te pido media hora.

Faith suspira, sabiendo que esto era inevitable. Tarde o temprano tendrían que hablar.

—De acuerdo —concede—. Te sigo.

El apartamento de Ruby refleja perfectamente su personalidad: acogedor, colorido, ligeramente caótico pero con un orden subyacente que solo su dueña comprendería. Libros apilados en cada superficie disponible, una manta tejida a mano sobre el respaldo del sofá y plantas en macetas de colores junto a la ventana que sobreviven milagrosamente. Es la primera vez que Faith está aquí, a pesar de la intimidad que han compartido, y no puede evitar sentir que está conociendo otra faceta de Ruby, una todavía más personal.

Faith deja su bolso sobre un taburete y mira alrededor, buscando señales de lo que anticipa: cajas de mudanza, estanterías vacías, cualquier indicio de una vida a punto de cambiar de ubicación. No ve nada, lo que solo aumenta su frustración.

—¿Cómo es que no lo tienes todo empaquetado ya para marcharte? —suelta, sin poder contenerse más.

Ruby, que estaba colgando sus llaves en un gancho junto a la puerta, se gira con expresión de absoluta sorpresa.

—¿Perdona? —pregunta desconcertada—. ¿Marcharme a dónde?

Faith siente cómo la rabia contenida durante semanas emerge como una ola imparable.

—A Nueva York —responde, pronunciando el nombre de la ciudad como si fuera una palabra obscena—. Para tu nuevo trabajo en la editorial. ¿O tampoco ibas a decírmelo?

Ruby permanece inmóvil, procesando lo que acaba de escuchar. Luego, para consternación de Faith, una sonrisa socarrona comienza a dibujarse en sus labios.

—Así que era eso —murmura, más para sí misma que para Faith —. Por eso has estado tan distante.

—¿Te parece divertido? —espeta Faith, con su particular tono afilado—. ¿Pensabas mencionarlo en algún momento, o simplemente ibas a desaparecer un día con una nota en plan "ha sido divertido, cuídate"?

Ruby sacude la cabeza y su expresión se vuelve seria. Se acerca a Faith, coge su mano con una determinación sorprendente y la guía hacia el sofá.

—Siéntate —ordena con firmeza—. Por favor.

Faith obedece, sintiendo cómo su indignación comienza a mezclarse con confusión ante la reacción de Ruby.

—Es cierto que una editorial me ha ofrecido dirigir su estrategia de contenido digital —comienza Ruby, sentándose junto a ella, pero manteniendo una distancia prudente—. Y sí, pensaba contártelo cuando firmara el contrato.

Faith siente cómo su mandíbula se tensa.

—Al menos podrías haber tenido la decencia de preguntarme qué pensaba al respecto —dice mostrando su incomodidad—. O habérmelo dicho antes de dejar que me enamorara de ti.

Las palabras salen antes de que pueda filtrarlas, a modo de confesión envuelta en reproche. Ruby parpadea, sorprendida por lo que acaba de escuchar y, entonces, para más irritación de Faith, vuelve a sonreír.

—¿Por qué sonríes? —exige saber Faith—. ¿Te parece divertido?

—No, no es eso —responde Ruby—. Es solo que... nunca me habías dicho de forma tan directa que estás enamorada de mí.

Faith siente cómo el calor le sube por el cuello, pero su indignación sigue intacta.

—Esa no es la cuestión —replica—. La cuestión es que has estado ocultándome algo importante, algo que afecta directamente a lo que sea que estamos construyendo.

Ruby extiende su mano y roza la de Faith.

—Escúchame —dice con una seriedad poco habitual en ella—. No me voy a ninguna parte.

Faith parpadea, tratando de averiguar si ha escuchado bien.

—¿Qué?

—No me voy a Nueva York —aclara Ruby—. Nunca fue mi intención mudarme. Lo que estoy negociando con la editorial son las condiciones para poder trabajar desde Boston.

Faith la mira fijamente, procesando esta información que contradice todo lo que ha estado temiendo.

—Pero los comentarios en tus vídeos, el rumor... —balbucea.

—El rumor es solo eso, un rumor —responde Ruby con una leve sonrisa—. Sí, me ofrecieron el puesto, y sí, inicialmente implicaba mudarme a Nueva York. Pero desde el principio dejé claro que eso no era una opción para mí.

Faith siente cómo el alivio y la confusión batallan dentro de ella.

—¿Por qué no me lo dijiste? —pregunta desconcertada.

Ruby suspira, recostándose ligeramente en el sofá.

—Porque aún estamos negociando, y no quería hablar de ello hasta tener algo concreto que contar —explica—. Además... —duda un momento—. No pensé que te importaría tanto.

—¿Que no me importaría? —repite Faith horrorizada—. ¿Cómo no iba a importarme que te mudaras a trescientos kilómetros de distancia?

—No, no me refiero a eso —aclara Ruby con rapidez—. Quiero decir que no pensé que te afectaría tanto la posibilidad. Que te pondrías así de... —busca la palabra adecuada—. Intensa.

Faith se cruza de brazos, a la defensiva, y Ruby sonríe divertida.

—¿Por qué decidiste quedarte? —pregunta, intentando comprender—. ¿Es por mí?

Ruby inclina la cabeza, considerando la pregunta.

—En parte —admite con honestidad—. Lo nuestro, sea lo que sea, es importante para mí. Más de lo que probablemente te he dejado ver. Pero no es solo por ti. Me gusta Boston, es mi hogar. Aquí está James, mis amigos, mi vida. No quiero empezar de cero en otra ciudad, por muy prestigioso que sea el trabajo.

Faith asimila estas palabras, sintiendo cómo el nudo de ansiedad que ha llevado en el pecho durante semanas comienza a deshacerse.

—¿Por qué no me preguntaste directamente? —cuestiona Ruby —. Si estabas tan preocupada, ¿por qué no decírmelo?

Faith baja la mirada.

—No me sentía con derecho a intervenir en tu decisión profesional —responde en voz baja—. No hemos definido lo que somos. Pero no podía evitar que me doliera pensar que te marcharías sin tenerme en cuenta.

Ruby suelta una risa incrédula.

—Faith, eres la persona más contradictoria que he conocido —declara divertida, acercándose más a ella en el sofá—. Por supuesto que te tengo en cuenta. Estoy loca por ti. Pienso en ti cuando me despierto y cuando me acuesto. Has cambiado completamente mi forma de ver el mundo, de valorar las cosas.

Coge las manos de Faith entre las suyas, forzándola a mirarla directamente.

—Siento no habértelo comentado antes —continúa—. No imaginé que te afectaría tanto. Y sinceramente, nunca pensé que siguieras mis redes sociales —añade con una sonrisa traviesa—. La estirada y tecnófoba Faith Conner, curioseando mi cuenta. Qué gran revelación.

Faith intenta mantener su expresión seria, pero siente cómo una sonrisa lucha por emerger.

—No te sigo —protesta—. Melissa fue quién me habló de esos rumores.

—Ajá, claro —responde Ruby con tono burlón—. Y supongo que fue también Melissa quien te informó sobre todos los detalles de la oferta que aparecieron después.

Faith coge un cojín del sofá e intenta lanzárselo a Ruby, quien reacciona con rapidez, interceptándolo y aprovechando el movimiento para acercarse aún más. En un solo movimiento, Ruby se sienta a horcajadas sobre el regazo de Faith, dejándola sin palabras.

—Te he echado de menos —confiesa Ruby mientras sus manos enmarcan el rostro de Faith—. Estas dos semanas han sido una tortura.

Faith siente cómo su resistencia se desvanece por completo ante la cercanía de Ruby, ante el calor de su cuerpo, ante la sinceridad en sus ojos.

—Yo también te he echado de menos —admite en un susurro—. Me he comportado como una adolescente.

Ruby sonríe, acercando su rostro al de Faith.

—Sí, lo has hecho —confirma—. Pero te entiendo. Yo también tengo miedo, Faith. Miedo de lo intenso que es esto, de lo rápido que ha sucedido y de lo mucho que me importas.

Las bocas de Ruby y Faith vuelven a encontrarse con una urgencia cruda, como si todo el tiempo que han pasado separadas se comprimiera en ese instante. Las manos de Faith se deslizan con firmeza por la espalda de Ruby, empujándola contra su cuerpo, buscando y exigiendo más. Ruby gime contra sus labios, sintiendo cómo el deseo crece en oleadas, incontrolable. Las ropas estorban. Se deshacen de ellas con torpeza, entre risas contenidas y respiraciones aceleradas. Cuando sus pieles se rozan, hay una chispa que estalla. Es electricidad pura.

Ruby recorre el cuerpo de Faith con una mezcla de adoración y hambre. La suavidad de su piel, el ritmo de su respiración, los temblores que provoca cada caricia, todo se convierte en un mapa que Ruby explora con la devoción de alguien que ha esperado demasiado. Faith arquea la espalda ante el contacto, con los ojos cerrados y el labio inferior atrapado entre los dientes.

El ritmo entre ellas se intensifica. Ruby se deja guiar por el sonido de Faith, por la forma en que sus caderas buscan más, por la tensión en sus muslos, por cómo sus uñas se aferran a su piel. La sensación es abrumadora, un vértigo que las arrastra juntas. Y entonces llega, inevitable, como una ola que rompe con furia contra la orilla. El orgasmo de Faith es un grito ahogado, un estremecimiento que recorre su cuerpo entero mientras Ruby la sostiene, sintiendo cómo el mundo entero se reduce a ese momento. Ruby la sigue poco después, desbordada, con los ojos cerrados y el corazón latiendo con tanta fuerza que parece que va a romperse.

Quedan juntas, desnudas y enredadas, con el pecho subiendo y bajando al mismo ritmo, cubiertas de sudor y calma. Faith apoya la cabeza en el hueco del cuello de Ruby y deja escapar una risa suave, como si no pudiera creer lo que acaban de hacer o no lo hubieran hecho ya antes. Ruby le acaricia el pelo sin decir nada. No hace falta. Todo está dicho en el silencio, en la forma en que sus cuerpos se ajustan perfectamente, como si siempre hubieran pertenecido el uno al otro.

—Te prometo —murmura Ruby contra los labios de Faith cuando esta la busca de nuevo— que no iré a ninguna parte. No sin ti.

Y por primera vez en semanas, Faith se permite creer completamente en esa promesa, en ese futuro juntas que hasta hace una hora parecía impensable. Sus últimas defensas caen mientras se entrega plenamente al momento, a Ruby, a la posibilidad de amar sin reservas y ser amada de igual manera, asustada por lo que siente.

Capítulo 19

La luz matutina de Boston se filtra suavemente a través de las cortinas de la habitación de Ruby mientras Faith observa cómo esos rayos iluminan el pelo con mechas rojizas de la influencer, que duerme plácidamente a su lado, con un brazo extendido sobre la cintura de Faith en un gesto posesivo e inconsciente.

Es extraño, piensa Faith, lo natural que se siente al despertar en esta cama ajena, en este apartamento que apenas conoce desde ayer. Ella, que ha convertido su propio espacio en un santuario meticulosamente organizado, donde cada objeto tiene su lugar designado y cada rutina está cronometrada con precisión. Debería sentirse incómoda, fuera de lugar. Pero no es así.

En cambio, hay una sensación de calma, de pertenencia que nunca había experimentado, ni siquiera en sus años con Adriana. Como si aquí, junto a esta mujer que ha irrumpido en su vida con la fuerza de un huracán, hubiera encontrado un refugio que no sabía que buscaba.

Ruby se mueve ligeramente, con los ojos todavía cerrados pero sus labios curvándose en una sonrisa adormilada. Su mano se desliza por la cintura de Faith, atrayéndola más cerca.

—Buenos días —murmura, su voz la ronca por el sueño.

—Buenos días —responde Faith, permitiéndose el lujo de acariciar un mechón de pelo que cae sobre la frente de Ruby.

Ruby abre los ojos, con ese verde intenso que siempre desconcierta a Faith por su claridad, y la mira con una mezcla de somnolencia y deseo.

—¿Cuánto tiempo llevas despierta? —pregunta.

—No mucho —miente Faith, que en realidad ha estado observándola dormir durante casi media hora, fascinada por la paz que irradia su rostro en reposo.

Ruby se estira como un gato satisfecho, y luego, en un movimiento fluido que coge a Faith desprevenida, se coloca encima de ella entrelazando las piernas bajo las sábanas.

—¿Sabes en qué estoy pensando? —pregunta con tono travieso.

—En que deberíamos levantarnos y comenzar el día como adultas responsables —responde Faith, aunque sus manos ya han encontrado el camino hasta los costados de Ruby, contradiciendo sus palabras.

Ruby se ríe y su aliento resbala por el cuello de la librera.

—No exactamente —responde, inclinándose para depositar un beso en su barbilla—. Estaba pensando en algo mucho menos responsable y más divertido.

Sus labios trazan un camino descendente por la clavícula de Faith, quien siente cómo un calor familiar comienza a extenderse por su cuerpo. Debería protestar, mencionar la hora, la librería, las mil responsabilidades que la esperan. En cambio, sus dedos se enredan en el pelo de Ruby, guiándola sin palabras.

Es sorprendente la facilidad con que su cuerpo responde a Ruby, cómo su mente analítica se apaga, dejando espacio solo para sentir. Con Adriana, el sexo había sido agradable pero predecible, un guion que ambas seguían sin demasiadas variaciones. Con Ruby, cada encuentro es una exploración, un descubrimiento mutuo que la deja sin aliento.

Ruby conoce ya algunos de sus puntos sensibles, los lugares que la hacen suspirar, gemir y abandonarse. Sus manos y labios se mueven con una precisión que parece imposible en alguien que la conoce desde hace tan poco tiempo.

—Ruby —suspira Faith con tono ronco mientras nota el calor y la humedad de la lengua de la influencer entre sus pliegues.

—No puedo creer que te esté permitiendo secuestrarme así —comenta Faith, observando cómo Ruby se mueve por la pequeña cocina mientras prepara el desayuno.

Ha pasado una hora desde que se despertaron, y contra todo pronóstico, Faith sigue ahí, vistiendo únicamente una camiseta de Ruby que apenas le cubre los muslos. Su mirada se desliza

involuntariamente hacia el reloj de pared: 8:47 a.m. A estas alturas, normalmente ya llevaría dos horas en la librería, habría organizado el pedido semanal, revisado el inventario y preparado el mostrador.

Una punzada de ansiedad amenaza con instalarse en su pecho cuando piensa en que ha roto su rutina. Respira hondo, recordándose que el mundo no se detendrá porque ella se tome una mañana libre. Melissa es perfectamente capaz de abrir la librería sin su supervisión.

—¿Secuestrarte? —responde Ruby con una ceja arqueada, mientras voltea una tortilla francesa con destreza sorprendente—. Por lo que recuerdo, no he tenido que atarte para mantenerte en mi cama.

El rubor que asciende por el cuello de Faith es inmediato e imposible de ocultar. Todavía no se acostumbra a la franqueza de Ruby, a cómo expresa exactamente lo que piensa sin filtros.

—Sabes a qué me refiero —murmura, tomando un sorbo del café que Ruby le ha preparado.

Ruby sonríe, dejando la tortilla en un plato y añadiendo algunas frutas frescas al lado.

—Lo sé —concede, colocando el desayuno frente a Faith—. Y me encanta que por una vez estés rompiendo tus sagradas rutinas por mí.

Hay algo en su tono que hace que Faith sienta un calor diferente expandiéndose por su pecho. No es deseo, sino algo más profundo. Ruby se sienta frente a ella con su propio plato.

—Melissa puede encargarse perfectamente de abrir —comenta Faith, como si necesitara justificarse ante sí misma—. Y merecemos un desayuno tranquilo después de...

—¿De qué? —repite Ruby con una sonrisa socarrona—. ¿Te refieres a nuestro maratón nocturno o a nuestro sprint matutino?

Faith se queda sin aliento unos instantes.

—Me refiero a las últimas semanas —aclara Faith, aunque una pequeña sonrisa traiciona su intento de seriedad—. A los malentendidos.

Ruby asiente mientras corta un trozo de tostada.

—Siento no haberte hablado de la oferta de trabajo —repite sincera—. Debí mencionarlo en cuanto surgió, pero quería tener algo concreto que contarte.

Faith niega suavemente con la cabeza.

—Yo soy quien debe disculparse —responde—. Por no preguntarte directamente, por asumir lo peor, por distanciarme en lugar de enfrentar mis miedos.

Deja el tenedor junto al plato, buscando las palabras adecuadas para expresar lo que siente, esos pensamientos que ha mantenido encerrados durante tanto tiempo.

—No soy buena en esto, Ruby —confiesa finalmente—. En abrirme, en confiar, en dejar que alguien se acerque tanto. Durante años he mantenido estos muros altos, tan espesos que ni siquiera yo recordaba qué había del otro lado.

Ruby extiende su mano sobre la mesa. Faith la coge, agradeciendo el anclaje.

—Cuando pensé que te ibas a marchar —continúa—, sentí pánico. No solo por perderte, sino porque quizás me había equivocado al elegirte. Porque había bajado mis defensas y otra vez iba a quedarme expuesta y herida.

—Faith —murmura Ruby, apretando suavemente su mano—. Te entiendo. De verdad que sí. El miedo a la vulnerabilidad, a entregar poder sobre tu felicidad a otra persona, eso es aterrador.

Hay una sabiduría en sus palabras que sorprende a Faith. Por su carácter extrovertido y despreocupado, a veces olvida que Ruby también tiene sus propias experiencias que han moldeado su visión del mundo.

—Pero quiero que sepas algo —continúa Ruby—. No voy a fallarte. No puedo prometer que nunca discutiremos o que todo será perfecto, pero sí puedo prometerte que siempre seré honesta, que nunca te dejaré en la oscuridad, que tus sentimientos son importantes para mí.

Faith siente un nudo formándose en su garganta. ¿Cómo es posible que esta mujer, que ha entrado en su vida hace apenas unos meses, pueda ver a través de ella con tanta claridad?

—He estado pensando —dice Faith, sorprendiéndose a sí misma con su franqueza—. Sé que es un cliché, pero necesito ponerle nombre a lo que tenemos.

Ruby ladea la cabeza.

—¿Nombre? —repite.

—Una definición, llámalo como quieras —explica Faith, sintiendo cómo el calor asciende por sus mejillas—. Me genera inseguridad no saber exactamente qué somos, qué esperar, qué...

Se interrumpe, consciente de que está divagando, algo impropio de ella. Ruby sonríe, esa sonrisa traviesa que siempre hace que el estómago de Faith dé un vuelco.

—Faith, Faith, Faith —dice mirándola a los ojos—. ¿Quieres ser mi novia?

La simplicidad de la pregunta, tan directa y jovial, casi coge a Faith por sorpresa. Una carcajada escapa de sus labios antes de que pueda contenerla, una risa genuina, liberadora, que parece disolver la tensión acumulada durante semanas.

—¿Qué tenemos, quince años? —pregunta entre risas.

Ruby se une a su carcajada, pero mantiene la pregunta en su mirada.

—A veces las cosas más simples son las mejores —responde—. Y no has contestado mi pregunta.

Faith respira profundamente, sintiendo una ligereza en su pecho que no ha experimentado en años, quizás nunca.

—Sí —responde sonriente—. Sí quiero ser tu novia, Ruby Carter.

La sonrisa que ilumina el rostro de Ruby es como un amanecer. Se levanta de su silla, rodea la pequeña mesa de la cocina y, sin previo aviso, se sienta en el regazo de Faith rodeándole el cuello con los brazos.

—Bien —dice, depositando un beso en la punta de su nariz—. Porque ya había comenzado a redactar un comunicado de prensa para anunciarlo a mis seguidores.

Faith abre los ojos con alarma, hasta que registra la risa contenida en los ojos de Ruby.

—Estás bromeando —afirma, más que preguntar.

—Sí —admite Ruby—. Aunque debo advertirte que con el tiempo necesitarás acostumbrarte a cierto nivel de exposición. La gente ya especula sobre nosotras.

Faith siente un momento de pánico ante la idea de que su vida privada sea objeto de comentarios en internet, pero después, mirando a Ruby, a su expresión tan abierta y esperanzada, decide que es un precio que está dispuesta a pagar.

—Supongo que tendré que acostumbrarme —concede—. Aunque no esperes que empiece a hacer TikToks bailando entre las estanterías de la librería.

Ruby suelta una carcajada, echando la cabeza hacia atrás.

—Madre mía, eso sería un momento único e irrepetible —exclama—. La elegante Faith Conner haciendo una coreografía viral. Algún día te convenceré para hacerlo.

—Ni lo sueñes —responde Faith con firmeza, aunque no deja de sonreír.

Se quedan así un momento, disfrutando de la cercanía, de la nueva y frágil felicidad que han construido a partir de malentendidos y reconciliaciones.

Finalmente, Faith mira el reloj y suspira.

—Debería ir a la librería —dice, aunque sin hacer ningún movimiento para levantarse—. Al menos para la última parte de la mañana.

Ruby asiente y se levanta de su regazo.

—La vida real nos reclama —comenta, comenzando a recoger los platos—. Ve a ducharte y vestirte, puedo terminar aquí.

Faith se dirige al dormitorio, donde su ropa del día anterior está cuidadosamente doblada sobre una silla, cortesía de Ruby, que debe haberlo hecho mientras ella dormía. Una vez lista, vuelve a la cocina donde Ruby está terminando de lavar los platos. Se acerca por detrás y, en un impulso que la sorprende incluso a ella misma, rodea la cintura de Ruby con los brazos, depositando un beso en la curva de su cuello.

—Gracias por el desayuno —murmura contra su piel.

Ruby se gira entre sus brazos, dejando las manos suspendidas en el aire porque las tiene mojadas.

—De nada —responde Ruby con una sonrisa radiante.

Faith la besa, recoge su bolso y se dirige hacia la puerta, con Ruby siguiéndola de cerca. Antes de salir, se detiene y se gira.

—¿Te gustaría cenar conmigo esta noche? —pregunta—. En mi casa. Puedo cocinar algo.

—Me encantaría —responde con simpleza.

Faith asiente y, se inclina para darle un beso de despedida, pretendiendo que sea breve, pero Ruby lo profundiza deshaciendo parcialmente el peinado que tanto se ha esmerado en arreglar minutos antes.

Epílogo

Un año después.

Faith observa con una mezcla de orgullo y asombro cómo Ruby finaliza la grabación, dirigiéndose a la cámara con esa naturalidad que siempre la ha cautivado.

—Así que ya sabéis, si buscáis una novela que combine intriga psicológica con una prosa atmosférica, esta es, sin duda, vuestra próxima lectura obligada —concluye Ruby con una sonrisa radiante —. Podéis encontrarla en todas las librerías y, por supuesto, aquí en Conner Books, donde Faith probablemente os recomendará otras cinco novelas similares antes de que podías alcanzar la puerta.

Faith arquea una ceja, pero no puede evitar que una sonrisa se dibuje en su expresión. Después de un año, sigue maravillándose de cómo Ruby puede bromear sobre su obsesiva dedicación a los libros sin que se sienta ofendida.

—¡Corte! —exclama Ruby, apagando la cámara y girándose hacia Faith—. Creo que ha quedado bien.

Ha pasado un año desde que comenzaron oficialmente su relación, y el rincón de Faith, ese que le cedió durante tres meses a cambio de una reseña de la librería, se ha convertido en algo habitual donde Ruby graba sus vídeos todos los viernes.

—Fue una buena idea mantener las grabaciones aquí —comenta Faith, acercándose para ayudar a recoger el equipo—. Aunque nunca imaginé que terminaría apareciendo en algunos de tus vídeos.

Ruby se ríe mientras guarda la cámara en su estuche protector.

—Admítelo, en el fondo, disfrutas cuando te obligo a dar tus «cinco razones por las que este libro cambiará tu vida» —responde, imitando el tono serio que Faith adopta en sus apariciones ocasionales.

—Lo que disfruto es ver cómo los vídeos de las firmas de libros han aumentado la clientela —contesta Faith, aunque ambas saben que es solo parcialmente cierto.

Las firmas de libros fueron idea de Ruby, parte de su estrategia como directora de contenido digital para la gran editorial con la que firmó. Lo que comenzó como un experimento —traer autores a la pequeña librería en lugar de a las grandes cadenas— se convirtió en un éxito rotundo. Las grabaciones posteriores que Ruby compartía en su canal, mostrando no solo al autor sino la atmósfera íntima de la librería de Faith, atrajeron a lectores de toda la región.

—Admite que te encanta cuando el público pregunta por la librera del canal de Ruby —insiste la influencer, acercándose para rodear la cintura de Faith con sus brazos.

Faith pone los ojos en blanco, pero se inclina para dejar un breve beso en los labios de Ruby.

—Me encanta que tu creatividad haya ayudado a la librería —concede—. Y que hayas logrado equilibrar tu trabajo en la editorial con tus proyectos personales.

Ruby sonríe, recordando los meses de negociación para conseguir que la editorial respetara su deseo de permanecer en Boston y mantener su canal independiente. El acuerdo final ha resultado beneficioso para todos: ella dirige la estrategia de contenido digital desde Boston, viajando a Nueva York solo cuando es absolutamente necesario, y su canal ha crecido exponencialmente gracias a la conexión con autores de primera línea.

—Hablando de equilibrio —dice Ruby, consultando su reloj—. ¿No deberíamos estar ya de camino a la cafetería? Molly nos estará esperando.

Faith asiente, comprobando con un vistazo rápido que no puede evitar, que todo está como debe. Melissa, que ha estado atendiendo a los clientes durante la grabación, les hace un gesto afirmativo desde el mostrador, indicando que lo tiene todo bajo control.

—Volveremos en una hora —informa Faith—. Si surge cualquier cosa...

—Te llamaré inmediatamente —completa Melissa con una sonrisa indulgente, harta de escuchar esa frase.

Ruby no suele acompañar a Faith a sus desayunos con Molly, eso sigue siendo un ritual que solo comparten las dos amigas, pero hoy es un día diferente. Mientras caminan las pocas calles que separan la librería de la cafetería de Molly, Ruby entrelaza sus dedos con los de Faith. Es un gesto simple que al principio incomodaba a Faith, poco acostumbrada a las muestras públicas de afecto, pero que ahora encuentra reconfortante.

La cafetería está en su habitual bullicio matutino, pero Molly, vigilante como siempre, las divisa inmediatamente y les indica una mesa reservada en su rincón de siempre. Tras entregar unas órdenes a uno de sus empleados, se acerca para recibirlas.

—Mi pareja favorita—saluda, abrazando primero a Ruby y después a Faith, quien acepta el gesto con una sonrisa que habría sido impensable un año atrás—. Sentaos, enseguida vuelvo.

En cuestión de minutos, Molly regresa con tres tazas humeantes y un plato de roscos recién horneados que deposita en el centro de la mesa antes de sentarse con ellas.

—Entonces, ¿lo tenéis todo listo para el gran viaje? —pregunta mirando a Faith.

Ruby prácticamente rebota en su asiento, incapaz de contener su entusiasmo.

—¡Todo listo! —confirma—. Nuestro vuelo sale mañana a las diez. Cabañas en las Montañas Adirondack, allá vamos.

Faith toma un sorbo de su té, tratando de ignorar la sensación de nerviosismo que se intensifica cada vez que piensa en el viaje. Dos semanas completas fuera de la librería, la ausencia más larga en cuatro años. Ruby, mientras sonsacaba información a Molly para saber qué podía comprarle a Faith para su cumpleaños, descubrió horrorizada que su novia llevaba cuatro años sin tomarse un solo descanso en la librería. Por eso no tuvo que pensar más y le regaló los billetes de avión a este refugio natural en Nueva York, conocido por sus lagos cristalinos y bosques frondosos donde pretende hacer que desconecte.

—Faith sigue aterrorizada —comenta Ruby, lanzando una mirada cariñosa a su novia—. Está convencida de que la librería se derrumbará sin su presencia diaria.

Molly suelta una carcajada, sacudiendo la cabeza.

—¿Quién lo iba a decir? —comenta Molly con mofa—. No solo has sobrevivido a tener una relación seria, sino que ahora incluso te atreves a abandonar tu puesto de trabajo durante dos semanas completas.

Faith frunce el ceño.

—No es que piense que se derrumbará —se defiende—. Es solo que nunca he dejado la gestión completa en manos de otros durante tanto tiempo. Aunque esté cerrada, hay cosas que hacer.

—Melissa es perfectamente capaz —le recuerda Molly—. Y yo estaré pendiente también. Además, nadie espera que una librería independiente esté abierta todos los días del año. Tus lectores fieles comprenderán que incluso la guardiana de los libros necesita un descanso.

Ruby asiente, cogiendo la mano de Faith sobre la mesa.

—Eso mismo —corrobora—. Y piensa en todos los libros que podrás leer sin interrupciones. He reservado una cabaña con una terraza que da directamente al lago. Imagina: tú, una manta, un libro y el sonido del agua como único fondo.

La imagen evocada por Ruby es tan tentadora que Faith siente cómo su resistencia se debilita aún más.

—Supongo que sobreviviremos —concede finalmente—. Y la librería también.

—¡Por supuesto que sí! —exclama Molly.

La conversación fluye con facilidad durante la siguiente media hora, saltando desde anécdotas de la cafetería hasta los últimos lanzamientos literarios y los planes para la fiesta de Navidad que Molly organiza cada año. Faith observa la interacción entre Ruby y su amiga con una sensación de calidez en el pecho. Llegó a temer, en los primeros días, que su mundo ordenado y el caótico universo de Ruby no pudieran coexistir. En cambio, Ruby se ha integrado perfectamente, ganándose no solo a Molly sino también a Melissa y a los clientes habituales de la librería.

—Bueno, debo volver al trabajo —anuncia finalmente Molly, consultando su reloj—. El desayuno corre por cuenta de la casa, consideradlo mi regalo de buen viaje.

Se levanta y las abraza nuevamente.

—Disfrutad cada momento —les dice, con una seriedad poco habitual en ella—. Y tú —añade, señalando a Faith—, intenta no revisar el correo de la librería más de una vez al día.

Faith abre la boca para protestar, pero Ruby interviene.

—Prometo confiscar su teléfono si es necesario —asegura con una sonrisa traviesa.

Tras despedirse de Molly, emprenden el camino de vuelta a la librería. El aire fresco de octubre llena los pulmones de Faith, quien se encuentra, para su sorpresa, anticipando con emoción las próximas dos semanas.

—¿En qué piensas? —pregunta Ruby, al notar que se ha quedado absorta.

Faith considera la pregunta, buscando las palabras correctas.

—En cómo ha cambiado todo en un año —responde finalmente —. En cómo he cambiado yo.

Ruby sonríe, apretando suavemente su mano.

—¿Para mejor?

—Eso creo —confirma Faith—. Nunca imaginé que permitir un poco de caos en mi vida podría traer tanta felicidad.

La palabra surge con naturalidad, sin la incomodidad que antes habría sentido al expresar algo tan vulnerable y personal. Ruby se detiene, girándose para mirarla de frente.

—Me alegra ser tu caos personal —dice con una sonrisa radiante —. Y tú mi orden inesperado.

Al llegar a la librería, se detienen frente a la puerta.

—Te veo esta noche —dice Faith—. Trae lo que necesites para el viaje, así saldremos directamente desde mi apartamento hacia el aeropuerto.

Ruby asiente, inclinándose para darle un beso de despedida que dura un poco más de lo apropiado para una calle pública, pero a Faith ya no le importa.

—Hasta esta noche —se despide Ruby, alejándose con ese andar ligero.

Faith la observa marcharse antes de entrar a la librería, donde Melissa la recibe con una sonrisa. El familiar aroma a papel y cuero

la envuelve como un abrazo, pero ya no es su único refugio. Ahora tiene otros: los brazos de Ruby, la risa compartida al final de un largo día, la intimidad de confidencias susurradas en la oscuridad.

Mientras se dirige a su despacho, Faith reflexiona sobre el año transcurrido. Ha aprendido a confiar, a ceder control, a permitirse vulnerabilidades que antes habría considerado debilidades imperdonables. Su vida, tan estructurada, ha adquirido bordes más suaves, espacios para la espontaneidad, para el desorden ocasional que Ruby trae consigo como una fuerza de la naturaleza. Y lo más sorprendente es que, en lugar de sentirse amenazada por estos cambios, se siente expandida, como si Ruby hubiera abierto puertas a habitaciones dentro de ella que llevaban demasiado tiempo cerradas.

Faith sonríe para sí misma, una sonrisa plena, sin reservas. Las páginas de su vida, antes tan ordenadas y predecibles, ahora están llenas de anotaciones inesperadas, de giros sorprendentes, de una historia que jamás se habría atrevido a imaginar.

Y no cambiaría ni una sola palabra.